MARTINA LEIVA

Santa Claus.

¡QUIERO UN NOVIO!



MARTINA LEIVA

Santa Claus.

¡QUIERO UN NOVIO!

Primera edición.

Santa Claus, ¡quiero un novio!

©Martina Leiva

©noviembre, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Epílogo

Capítulo 1



Naima

—¿Hablaste con Carlos sobre tus sospechas? —me preguntó Alba, mi mejor amiga.

—No hizo falta, lo comprobé con estos ojitos que Dios me ha dado —le respondí, pero sin dramas.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? —me preguntó, atropelladamente.

—Esas preguntas te las voy a responder en el orden inverso. ¿Cuándo? Ayer por la mañana. ¿Dónde? En su despacho. ¿Cómo? Pues ya te lo puedes imaginar —le dije, sonriendo.

—Pues no, no me lo puedo imaginar. Necesito que me lo cuentes todo, lo que hiciste, lo que le dijiste, lo que te contestó… Absolutamente todo —todo esto lo hablábamos mientras íbamos sacando los adornos de Navidad.

—La verdad, no hablamos mucho, para que te voy a engañar. Fui a su despacho para entregarle una documentación que me tenía que firmar sobre la última campaña. Abrí sin llamar, como siempre, y me lo encontré follando con su secretaria encima de su escritorio. Ni se enteró de que yo estaba allí, por lo que, como llevaba el móvil en la mano, le hice una foto y

me volví por el mismo camino. Eso sí, dejando la puerta abierta, para que lo viera todo el que pasara —le conté, desenredando las luces del árbol.

—¿No te dijo nada? ¿Fuiste capaz de salir de allí sin ponerlo verde? —me preguntó extrañada, porque lo normal en mí, conociendo mi temperamento, era que le hubiera montado un pollo.

—Pues sí. ¿Sabes? Pensé que me merecía a alguien que me diera mi lugar, que me respetara como yo lo hacía con él, y Carlos no era el adecuado. Al poco tiempo, me envió un mensaje para que fuera a su despacho, como hacía cada día.

—¿Qué hiciste? Lo mandaste a la mierda, seguro —me dijo riendo, a la vez que separaba las bolas por colores.

—Para nada. Le envié la foto y lo bloqueé en mi teléfono personal. A partir de ahora, si me tiene que decir algo, se enterará todo el mundo, porque es una Intranet —le conté y soltamos una carcajada.

Alba y yo vivíamos juntas desde que nos independizamos. Pero será mejor que empiece por el principio, y eso implica que me presente en condiciones…

Como ya habéis comprobado, mi nombre es Naima, tengo veinticinco años y soy publicista. Me lie con mi jefe, bueno en realidad no era mi jefe, era el hijo del dueño de la empresa en la que trabajábamos los dos. Empezamos una relación, pero a espaldas de todo el mundo. Nadie en la empresa lo sabía y eran pocas las veces que no nos veíamos en un hotelito a las afueras de la ciudad en la que vivíamos. Jamás salimos a cenar, ni fuimos al cine, y en la fiesta de navidad de la empresa, hacía como que tan solo teníamos una relación laboral.

Siempre sospeché que había más mujeres en su vida, pero nunca me preocupé en averiguarlo, hasta que la cosa empezó a cansarme. No quería

ser el juguete de nadie, y estaba dispuesta a enfrentarlo, pero no me hizo falta.

Si os soy sincera, tampoco fue un trauma para mí. En la cama funcionábamos, y muy bien, por cierto, pero hasta ahí. Fuera de eso, no sabía nada de él, cuáles eran sus películas favoritas, o su comida preferida, ni siquiera sabía qué color era el que más le gustaba. Pasé página, y listo. Ya encontraría a mi príncipe azul.

Mis padres vivían en un pequeño pueblo de la sierra, pero ellos siempre estaban a su bola. Nunca se preocuparon por nada. Ellos, con poner cuatro regalos debajo del árbol, ya daban la Navidad por zanjada, mientras que ellos salían de viaje o se iba de crucero con sus amigos, dejándome a mí con la niñera. Por eso, nunca pasaba las fiestas allí, entre otras cosas porque no estaban. Los padres de mi amiga, se marcharon a vivir al extranjero en cuanto que ella cumplió la mayoría de edad, dejándoles las espaldas bien cubiertas. Una llamada o dos al año era todo el contacto que tenían con ella.

En cuanto que tuvimos la oportunidad, nos alquilamos un piso y nos marchamos a vivir juntas. Desde entonces, pasamos todas las fiestas juntas, en casa y como si fuera el stand de Navidad de unos grandes almacenes. Hasta el papel higiénico tenía motivos navideños. Nos encantaba esa época, y aún creíamos en la magia de la Navidad, por muy mayores que fuéramos.

—Ya sé lo que voy a pedir por Navidad —le dije a Alba, que terminaba de separar las bolitas y los adornos.

—Pues me vendría muy bien que me lo dijeras, porque no tengo ni idea de qué comprarte — dijo mi amiga.

—Lo siento, pero no creo que puedas comprarlo —le contesté, divertida.

—¿Tan caro es? Pues me lo podías haber dicho antes, y hubiera ido juntando el dinero. Pero tú no, tú como siempre, a última hora todo — contestó, algo enfadada, y solté una carcajada.

—No es el precio, amiga mía, es que no creo que encuentres una tienda en la que vendan novios. Oye, pero que, si la encuentras, me pasas la ubicación y vamos juntas a elegir —le dije, sin parar de reír.

—Desde luego. ¿Cómo vas a pedir un novio? Estás chalada —me respondió.

Abrí la ventana del salón, la que daba a nuestra preciosa terraza, puse las manos en alto, e hice lo que me salió en ese momento.

—Papá Noel… ¡Quiero un novio! —grité a pleno pulmón, mientras Alba se doblaba de la risa.

—Si te valgo yo, subo ahora mismo —me dijo un señor mayor que pasaba por la calle, y que reía ante mi improvisada petición.

—Me parece que lo quiero un poquito más joven. Pero si no lo encuentro en cinco años, pásate por aquí de nuevo —le contesté, asomándome a la barandilla, y haciendo que soltara una carcajada.

—A saber, dónde estará el pobre hombre dentro de cinco años —murmuró mi amiga a mi espalda, haciéndome reír.

Volvimos al salón, donde nos pusimos a preparar la mesa para comer, antes de ponernos a adornar todo el piso, tal y como acostumbrábamos a hacer. Lo poníamos el día ocho de diciembre, era una tradición para nosotras. Ese día no hacíamos planes, lo dedicábamos a eso, con un chocolate caliente para paliar el frío y en pijama. Al terminar, nos dábamos una ducha, nos sentábamos en el sofá y nos poníamos púas de chucherías mientras que en la televisión estaba puesta una película navideña, cada vez más antigua.

—He preparado una sopita de picadillo calentita y una tortilla de patatas —dijo Alba, que era la encargada de la cocina.

No es que a mí se me diera mal, pero es que no me gustaba nada. Yo prefería limpiar, poner lavadoras y demás, y así nos distribuimos el trabajo desde el primer momento en el que nos fuimos a vivir juntas.

—Tiene una pinta estupenda, amiga, sobre todo la tortilla, que me está llamando y la escucho desde aquí — contesté, y era cierto.

Alba tenía la habilidad de hacer la tortilla doradita por fuera y jugosita por dentro, pero sin que se viera el huevo al cortarla, la dejaba en su punto justo, y por eso estaba deseando probarla.

Capítulo 2



Naima

El día anterior habíamos dejado toda la casa adornada, hasta en la terraza, en el aluminio de la barandilla, pusimos un reno de luces led que habíamos pillado en una de estas tiendas de *low cost* la semana anterior. Siempre eran los mismos adornos, pero, cada año, intentábamos añadir uno nuevo y quitar uno que ya estuviera más estropeado.

—Menos mal que hoy es domingo y no tengo que ir a trabajar, porque con el tiempo que hace, dan ganas de todo menos de salir — dije, y es que afuera llovía a mares.

—Ni que lo digas. Además, hoy empieza un programa nuevo de esos de preguntas y respuestas de los que tantos nos gustan, lo ponen después de comer, así que nos tiramos en el sofá con una manta, chuches y en pijama. El plan perfecto — dijo Alba, frotándose las manos.

Nos sentamos a comer, hoy había hecho carne guisada a la jardinera con patatas fritas, y un consomé al Jerez que estaba para cantarle una saeta, de lo bueno que estaba.

Terminamos y nos fuimos al salón con un cuenco de palomitas, que era otra cosa que nos encantaba a las dos, y pusimos el programa que había

dicho, y nada más empezar a verlo, enfocaron a uno de los concursantes y el corazón me dio un vuelco.

—Me acabo de enamorar, que lo sepas —le dije, sin poder cerrar la boca.

—¿Otra vez? Venga ya, si no sabes ni su nombre. Lo han enfocado una sola vez y la muchacha ya se ha enamorado —dijo Alba, sin parar de reír.

—Calla, calla, a ver si lo eligen y me entero de cómo se llama y de dónde es —le dije, dándole con la mano.

—Claro que sí, y te va a enviar un mensaje para que vayas anotando su número de teléfono — dijo, negando con la cabeza.

—Hija, que antigua eres. Estamos en la era digital, y si sabes su nombre, puedes averiguar todo lo demás, que para eso está Instagram y Facebook —contesté, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Llevábamos ya medio programa y todavía no lo habían elegido, ni siquiera lo habían enfocado ni una sola vez más, y eso estaba minando mi paciencia. Sí, soy una persona de lo más impulsiva, y cuando me gusta algo, lo quiero para antes de ayer, porque también era impaciente.

Cuando ya casi había desistido, lo enfocaron de nuevo, eligiéndolo un nuevo concursante, y empecé a saltar y a aplaudir como si fuera yo la ganadora del mayor premio que ofrecían.

—Hola, me llamo Jorge y soy de aquí, de Madrid. Profesor de inglés, aunque ahora mismo estoy en paro y aprovecho cualquier trabajito que me salga, como dar clases particulares y demás —dijo él, a través de la pantalla.

—¡Toma ya! ¿Cómo no nos hemos cruzado con él siendo del mismo lugar que nosotros? —le pregunté a mi amiga, extrañada.

—Claro, porque Madrid es como el pueblo en el que viven tus padres, que son cuatro calles cagadas y cuando uno se tira un pedo, todo el pueblo es partícipe de ello — contestó ella, y ambas soltamos una carcajada.

Cogí el móvil y me puse a buscar a todos los Jorge de Madrid en las redes sociales. Decir que había miles era quedarme, no corta, sino cortísima. Dar con él me iba a llevar más tiempo del que pensaba, porque no había dicho el apellido, pero que lo conseguiría, eso lo daba por hecho, aunque me dejara las pestañas en ello.

Lunes de nuevo, y otra vez vuelta al trabajo. Nada más llegar, me encontré con Carlos, que estaba apoyado en mi mesa, esperándome.

—Naima, te quiero en mi despacho en diez minutos —me dijo, bastante serio.

—Está bien. Dejo todo, enciendo el ordenador, y ahora voy —le contesté, en el mismo tono.

—No me has entendido. Cuando te he dicho diez minutos, son diez minutos, de los cuales, ya han pasado dos. Si el ordenador no está encendido, lo haces cuando vuelvas. Si no te da tiempo de quitarte el abrigo, pues vas con él. ¿Te ha quedado claro? —me dijo, bastante borde, por cierto.

No le contesté, sabía que estaba buscando una excusa para despedirme, pero no se lo iba a poner fácil. Si me quería despedir, que lo hiciera, pero con todas las de la ley, no porque me acusara de algo falso.

—¿Puedo pasar? —le pregunté, tras llamar a su puerta, mientras su secretaria me miraba como si supiera algo de lo que yo era ajena.

—Adelante. Siéntate —me contestó, una vez estuve dentro.

—Tú dirás —le dije, esperando a lo que me tuviera que decir.

—Para empezar, el tutearme se terminó. A partir de ahora no soy ni siquiera Carlos, te dirigirás a mí, como señor Fuentes. En segundo lugar, has cometido un delito contra la intimidad, tomándonos esa foto sin nuestro permiso, por lo que vas a presentar tu dimisión en un plazo de quince días, que será el tiempo que tengas para terminar el trabajo que tienes pendiente. Harás eso si no quieres que te denuncie —me dijo, y me quedé con la boca abierta, soltando lo primero que se me pasó por la cabeza.

—No te lo crees ni tú. Si piensas que voy a hacer lo que te dé la gana por una cosa de la que no he tenido la culpa, lo llevas claro. Teníamos una relación, y has sido tú el que me fallaste…

—¿Una relación? ¿Cuándo han salido de mi boca esas palabras? Follábamos cuando a ambos nos apetecía, y nada más. ¿He salido a cenar contigo alguna vez? ¿Hemos ido al cine? Eras una más de todas con las que me acostaba, ni más ni menos.

Os juro que esas palabras me dolieron como si me atravesaran el corazón con un hierro ardiendo, pero disimulé todo lo que pude para que no se diera cuenta, y creo que lo conseguí.

—Pues deberías de habérmelo aclarado, para poder acostarme yo también con otros tíos —le reproché.

—A la única que le debo explicaciones, en caso de que me cogiera, que no ha sido el caso, es a mi pareja, a mi prometida…

—Pues entonces, deja todo tal y como está en el tema laboral, o esa foto llegará a manos de tu amada prometida —le dije con rabia.

—¿Me estás amenazando? Manda huevos, otro delito más que sumarte, el chantaje —me contestó.

—No te estoy amenazando, estoy defendiendo lo mío, ni más ni menos. Me iré en cuanto que encuentre otro trabajo, no lo dudes. Mientras, haz lo que te dé la gana, porque no me pienso marchar. Si me denuncias, la relación con tu secretaria saldrá a la luz, y eso te conviene a ti menos que a mí. Ahora, si no tienes nada más que decirme, tengo mucho trabajo pendiente —le dije, me levanté y salí de allí con la cabeza muy alta.

Pasé junto a la secretaria, pero esta vez la que lo hizo con orgullo y altivez fui yo. Si pensaba que era especial para el capullo ese que tenía como jefe, que siguiera soñando.

Capítulo 3



Jorge

—Desde luego, es que no sé cómo te hago caso, eres de lo peor que hay —le dije a mi amigo Mario, que me miraba con una sonrisa.

—Me dirás que no te ha gustado la iniciativa. Si te eligen como concursante, podrás ganar algo de dinero que te alivie un poco la situación —me contestó, y en cierto modo, tenía razón.

—No te digo lo contrario, pero la próxima vez, procura avisarme antes de hacer algo por tu cuenta, por favor —le respondí, porque no había nada que me diera más coraje que el hecho de que los demás decidieran por mí.

Yo soy Jorge, tengo veintisiete años y soy licenciado en Filología Inglesa. Como la gran mayoría de las personas que han estudiado eso, estoy en paro. Me estaba preparando las oposiciones, otra vez. Había aprobado en años anteriores, pero como no hay plazas suficientes, volvía a quedarme en la calle.

En alguna que otra ocasión, me llamaban para hacer alguna sustitución, y durante esos meses, procuraba ahorrar todo lo que podía y más. También daba clases particulares a domicilio, y aprovechaba todos y cada uno de los trabajos que me salían, daba igual de lo que fuera.

Vivía solo desde casi que cumplí la mayoría de edad. La relación con mis padres no era demasiado buena, por ello, salí de su casa y me vine a Madrid a buscarme la vida. Pude estudiar gracias a una beca que me dieron por mis buenas notas, ya que siempre he sido muy buen estudiante. Compaginé mis estudios con un trabajo de camarero en una discoteca durante los fines de semana, con el que me pagaba una habitación y podía comer.

Según mis padres, estudiar era cosa de ricos, y yo, lo que tenía que hacer era ponerme a trabajar en el campo, como mi padre había hecho durante toda su vida. A ver, que entiendo que lo haga la persona que le guste, pero no era mi caso, por muy honroso que fuera ese trabajo, yo prefería estudiar.

Mi casa estaba en el barrio de Lavapiés, y era un pequeño apartamento de una sola habitación, en el que, tanto la cocina como el dormitorio estaban separados del salón por una puerta corredera. Vamos, para que me entendáis, era como si ambas estancias estuvieran metidas dentro de un armario.

Para algunos podía resultar claustrofóbico, pero para mí era un palacio, porque era mi refugio, donde podía hacer lo que me viniera en gana, sin tener que darle explicaciones a nadie.

Mario y Sergio eran hermanos gemelos, pero completamente opuestos en lo que a manera de ser se refiere. Mientras que Mario era un descarado y un impulsivo, Sergio era de lo más introvertido y tímido, pero, en conjunto, no podía haber encontrado amigos mejores.

Nos conocimos en la universidad, aunque no estábamos estudiando lo mismo, puesto que ellos cursaban Farmacia, para seguir con el legado familiar, donde ambos trabajaban. Sus padres, Lola y Manuel, me acogieron como un hijo más, y tenían muchísimos detalles conmigo, esos que mis padres no tenían, ya que se limitaban a llamar una vez al mes, y la llamada no duraba más de dos minutos. Era típicamente protocolaria, no porque me echaran de menos.

La conversación que estaba teniendo con Mario era debida a que me había apuntado a la audición de un programa de preguntas y respuestas de la televisión privada, sin mi consentimiento, por supuesto, y me habían llamado para grabar el primer programa.

Tenía que estar en el plató a la una del mediodía, porque era en directo, y empezaban a emitirlo a las cuatro, después de las noticias. Por supuestísimo, Mario me acompañó, decía que no me iba a dejar solo ante el peligro. Los había con cara y poca vergüenza, y luego estaba mi amigo, que era el que los lideraba.

Después de varias rondas, fui el elegido. En realidad, fui el único que contestó a la pregunta que hicieron, por lo que me tocó bajar a concursar. Lo peor de todo fue el momento de presentarme a todos, porque no me gustaba ser el centro de atención de ninguna de las situaciones, me ponía nervioso.

Soy consciente de que mi físico no me ayuda, y no era la primera vez que me pasaba que, al entrar en una clase, se escuchaba algún que otro suspiro, sobre todo cuando me tocaba darlas en los cursos de los más mayores. También me había ocurrido que, en alguna que otra ocasión, me habían llamado para dar clases particulares a algún niño y la mamá me esperaba, digamos que ligerita de ropa o se me había insinuado sin ningún pudor al poco tiempo de empezar a hacer mi trabajo.

—¿Qué son los nombres sin género? —me preguntó el presentador.

—Son aquellos que se dicen igual en masculino que en femenino, y que para identificar si es femenino o masculino tenemos que añadir macho o hembra detrás —le dije, muy seguro.

Me habían dado sesenta segundos, pero me sobraron cincuenta. Me encantaba aprender, por eso siempre estaba ampliando mi conocimiento con cosas como esas, porque algunas veces me preguntaban mis alumnos si podía ayudarlos con otras asignaturas.

—¡Correcto! Ya tienes dos mil euros, al haber contestado antes de los treinta segundos —me dijo, y una sonrisa acudió a mi cara.

Así fuimos pasando ronda tras ronda, y me encontraba en el duelo final con otro de los concursantes. Ya tenía ganados ocho mil euros, que se podían convertir en el doble si le ganaba a mi contrincante, aunque esos ya eran míos, y me facilitarían la vida durante unos meses.

—Te lo dije, sabía que lo conseguirías —me dijo Mario, en cuanto que terminó el programa y bajó para abrazarme.

—Pues yo no lo tenía tan seguro, ha sido duro el cabrón. Ha lanzado las preguntas con una mala leche, que para qué —le contesté, sonriente.

—Era su misión, ponerte las cosas duras y así llevarse él todo el dinero posible, aunque has sido un hueso duro de roer —me comentó Mario.

—El caso es que, con quince mil euros, tengo casi para todo el año. Junto con el dinero de las clases particulares y el trabajo en el bar de los fines de semana, podré respirar tranquilo y estudiar sin presión —le dije, haciendo cálculos mentalmente.

—¿Vas a coger el trabajo del centro comercial? —me preguntó.

—Por supuesto que lo voy a coger, y ya no es por tema de dinero, que también me viene muy bien, sino por verle la carita a los niños, escuchar lo que piden y demás, me lo paso pipa con ellos.

Todos los años, desde que llegué a Madrid, hacía de Papá Noel para los niños en un centro comercial. Mi trabajo empezaba el diez de diciembre y estaba hasta el día veinticuatro. Me pagaban cien euros diarios, pero lo más importante no era eso, mi principal motivación era lo bien que me lo pasaba con los niños. Lo hacía en dos turnos, de lunes a domingo, desde las once

de la mañana hasta las dos de la tarde y, luego, desde las cinco hasta el cierre. El día siguiente empezaba con ese trabajo, y estaba deseando que llegara.

Capítulo 4



Naima

Llevaba toda la tarde pegada al portátil, pero no había manera de dar con el tal Jorge por ninguna parte, y empezaba a desesperarme.

—¿Has pensado que puede no tener redes sociales? —me preguntó Alba, que me traía una taza de café en la mano.

—No digas tonterías, Alba. ¿Quién en su sano juicio, en la época en la que vivimos, no tendría redes sociales? Y mucho menos a su edad, que dijo que tenía veintisiete años. Ni que fuera un monje —le respondí, indignada.

—Pues yo conozco a mucha gente que no la tiene, te lo aseguro. Lo mismo y solo tiene Tinder de ese —me contestó, lo que ella no sabía era que eso fue lo primero que comprobé.

—Nooo, eso ha sido lo primero que he comprobado, todas las aplicaciones de ligoteo que hay en el mercado —le dije, sonriente.

—¿En serio? No me puedo creer hasta dónde llega tu obsesión por ese hombre, te lo prometo.

—¡Qué no es obsesión, chica! Ha sido un flechazo —me defendí, indignada.

—No puede ser amor. Me puedo creer que sea atracción, que te ha llamado la atención su físico, pero no me puedes decir que estás enamorada porque no lo conoces de nada en absoluto. No sabes si es atento, cariñoso, antipático o romántico —alegó ella, muy seria.

Si lo pensaba bien, tenía razón, pero como yo era una cabezona de manual, no quería dar mi brazo a torcer, y por nada del mundo le diría que la tenía, así me torturaran por ello.

Seguí con mi labor, infructuosa, dicho sea de paso, hasta que me cansé y empecé a plantearme otra cosa. ¿Y si no tenía su nombre real en las redes sociales? ¿Y si utilizada un pseudónimo o un mote con el que le conocían sus amigos? Si era así, no lo encontraría en la vida.

—He pensado llamar al programa para ver si me facilitan su nombre completo, o su número de teléfono —le dije a mi amiga, que escupió el buche de café como si fuera un aspersor, poniéndome perdida.

—Ya, de paso, pide también su número de la seguridad social, que lo mismo así es más fácil de localizarlo. También puedes ir a la policía, y decir que lo busquen y te lo traigan —me dijo, asombrada.

—Yo voy a dar con ese hombre así me deje la vida en ello, eso lo juro por lo más sagrado —le contesté, haciendo una cruz con los dedos y dándome un beso en ellos, como gesto de promesa.

—Mira, haz lo que quieras. Total, siempre lo haces — respondió ella, y yo decidí cambiar de tema.

—Oye, me vas a acompañar a la cena de Navidad de la empresa, ¿no? — pregunté, poniendo carita de cachorro abandonado.

—Por supuesto, no me perdería la cara de Carlos cuando nos vea entrar, ni muerta. Por cierto, ¿has empezado ya a buscar otra cosa? —me dijo, algo apurada.

—Sí, y tengo una entrevista la semana que viene. Tengo claro que, con mi currículo, trabajo no me va a faltar. Ahora tan solo tengo que ver si las condiciones me interesan. Si no lo hacen, pues seguiré allí hasta encontrar lo que busco.

—Pero Carlos te hará la vida imposible, y lo sabes. Te va a asignar las peores campañas, y va a estar buscándote fallos donde no los hay. Si yo fuera tú, le decía que te despidiera y cobraba el paro mientras no te sale nada que te interese.

—No puedo decirle que me despida, sería una mancha en mi expediente que no pienso permitir. Me iré yo, y por la puerta grande, como los toreros —le respondí, con mucho orgullo, y ella soltó una carcajada.

—Eres única, de verdad. A todo le encuentras un símil.

—Como si no me conocieras… Venga, vamos al centro comercial, que me tengo que comprar un vestido de esos que hacen que los hombres se giren por la calle al verte, pero que no diga soy un putón verbenero. Ponte el abrigo, que nos vamos.

Eran las siete de la tarde cuando entramos por el centro comercial y, ¿qué me encontré? Pues ni más ni menos que con Papá Noel, aguantando a un montón de niños que les estaban pidiendo sus deseos. Yo no iba a ser menos, así que me puse en la cola, ante la atenta mirada de mi amiga, que no sabía dónde meterse.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, loca? —me preguntó, en un susurro, como si le diera vergüenza.

—Es obvio, ¿no? Ponerme en la cola para pedirle mi deseo a Papá Noel, yo solo tengo uno, así que no le será difícil que me lo conceda —le contesté, guiñándole un ojo.

Alba continuaba a mi lado, pero con la cabeza agachada y mirando el móvil. Procuraba ponerse siempre cerca de un niño, para que la gente pensara que iba con ella, cuando en realidad era a mí a quién estaba acompañando.

—No veas lo que está tardando el niño este. ¿Qué ha pedido, todo el catálogo? Como tarde cinco minutos más, me subo y se lo doy a la mamá en volandas, te lo juro —le dije a Alba, empezando a impacientarme.

—Desde luego, Naima, eres de lo que no hay. Esto es para los niños, no para ti, que tienes más pelos en las patas que Chewbacca — dijo ella, completamente avergonzada.

—De eso nada, bonita, que yo tengo hecha la depilación laser desde que tenía dieciséis años, fue el regalo de Navidad de mis padres de ese año. Para una cosa que hicieron bien, no vengas ahora a quitarles el mérito —le contesté, cuando vi que el niño se bajaba de las piernas de Papá Noel.

—Anda, que ya te toca —me dijo Alba, quedándose en la parte en la que lo hacían los padres, y ante las risas de todos los adultos que estaban allí presenciando mi hazaña.

—¡Ole! —exclamé, tocando las palmas mientras subía las escaleritas que había para llegar a él.

—¿No te parece que eres un poquito mayor para esto? —me preguntó Papá Noel, divertido.

—Nunca se es lo suficientemente mayor como para dejar de creer en la magia de la Navidad —le contesté muy segura, y él soltó una carcajada.

—Pues nada, tú me dirás. ¿Cuál es tu deseo? —preguntó, curioso.

—Lo lógico es que te dijera que la paz en el mundo, o que nadie pasara necesidades, pero eso ya lo pide mucha gente. Yo voy a ir al grano. ¡Quiero un novio! —le dije, y me miró asombrado.

—¿Perdona?

—Lo que has oído, pero no uno cualquiera, eh. Quiero a uno que se llama Jorge, y que estuvo el día ocho de diciembre en el programa nuevo de preguntas y respuestas. El que ganó, en concreto. Ha sido un flechazo, chico, en mi vida me había pasado eso, te lo prometo —le dije, y vi como sus ojos cambiaban. Fue algo casi imperceptible, pero yo lo noté.

—Pues nada, se hará lo que se pueda. Lo mismo y tengo línea directa con él, y te puedo ayudar, será cuestión de pensarlo — contestó, algo cortado.

—¿Te dejo mi número de teléfono?

Capítulo 5



Jorge

Cuando vi a esa mujer esperando en la cola junto a los niños, pensé que venía a traer a algún sobrino o hijo de algún amigo, o incluso al suyo, pero cuando vi que era ella la que se iba a sentar en mi regazo, ya sí que me quedé completamente descolocado.

Si eso me descolocó, lo que me dijo a continuación me dejó sin palabras. Según ella, me había visto en la televisión y había tenido un flechazo, y no sé por qué, pero la creí.

Su físico era impresionante, eso era indudable, pero lo que más me llamó la atención de ella es que no sentía vergüenza ninguna, y cuando ya me preguntó si me dejaba su teléfono, ya me terminó de matar.

—Creo que no hará falta —le dije, completamente cortado.

—Entonces, si tu amigo te dice que sí, ¿cómo lo sabré? —me preguntó, y supe que no dejaría la cosa ahí, que hablaba completamente en serio.

—¿No dices que crees en la magia de la Navidad? Pues deja que ella sea la encargada de ese encuentro. Si antes del veinticuatro no ha surgido ese encuentro, vuelve aquí y yo lo facilitaré —le dije, sabiendo que me encantaría volver a verla y conocerla un poco más.

—Gracias, Papá Noel, sabía que no me fallarías —me dijo, dándome un beso en la mejilla, en el único hueco que la barba no tapaba.

Estuve el resto de la tarde pendiente por si la volvía a ver, deseoso de que se acercara de nuevo. Al final, cuando se fue, pensé que había actuado tontamente, perdiendo la oportunidad de quedar con ella a la salida del trabajo. Pero luego, pensando en frío, yo también creía en la magia de la Navidad, por lo que estaba completamente seguro de que nos volveríamos a ver… aunque también estaba la opción de que no ocurriera y volviera a mí el día veinticuatro, tal y como le había dicho.

Terminé mi jornada laboral, y me fui al bar donde había quedado con mis amigos, pensándome si contárselo o no, aunque apostaba todos mis ahorros a que al final lo haría, como siempre.

—Macho, vaya cara que me traes. ¿Mucho por culo te han dado los niños hoy? —me preguntó Mario, en cuanto que llegué, no me dio tiempo ni a sentarme y pedir una cerveza.

—Sabes que no es por eso. En este trabajo, lo más gratificante es ver sus caritas y escucharlos ilusionados, pero me ha pasado algo que me ha dejado desconcertado —le contesté. Ya sabía yo que, al final, terminaría contándoselo.

—¿Y qué ha sido? ¿Alguno te ha pedido un juguetito sexual para sus padres? —me preguntó Mario, con una sonrisa.

—Ojalá hubiera sido eso, te aseguro que me hubiera impactado menos.

—Chico, habla ya, que nos tienes en ascuas —me dijo Sergio, activando el modo curioso.

—Pues veréis, en la cola había una mujer… —le conté todo, mientras que los gestos de uno y de otro no podían ser más diferentes.

Lo único que tuvieron en común fue que ninguno de los dos abrió la boca hasta que yo no terminé de hablar, escuchándome atentamente. Mario me miraba como diciendo: eres gilipollas, has perdido la oportunidad de echar un polvo. Por el contrario, Sergio, me decía con sus ojos que podía haber tenido delante al amor de mi vida y haberlo desperdiciado.

—¿Tan fea era como para no decirle que eras tú? Porque chico, no lo entiendo. Te lo ponen en bandeja y no reaccionas —me dijo Mario, como era habitual en él.

—No todos pensamos con la cabeza de abajo, hermanito. A veces, te topas con hombres que ven más allá de unas tetas y un culo, te lo aseguro —le respondió Sergio, con indignación.

—Pues, que quieres que te diga, o son gilipollas o son gais —respondió el otro.

—Lo siento por ti, Mario, pero ni lo uno ni lo otro. Si tiene que ser, será, y no para echar un simple polvo. Esa mujer tenía algo que enganchaba, era su manera de moverse, su forma de expresarse, el desparpajo con el que se sentó en mi regazo… —le explicaba.

—¿Encima se sentó en tus rodillas? Porque si es como dices, y me pasa a mí, te aseguro que el siguiente niño me tiene que decir sus deseos de pie, o mandándome un WhatsApp —soltó, y nos provocó una carcajada a los dos.

—Eres más simple que el mecanismo de un botijo, amigo —le contesté, negando con la cabeza.

Seguimos allí hasta la hora de cenar, que fue cuando cada uno siguió su camino. Ellos vivían en Serrano, se notaba que eran pudientes, mientras que

yo tenía que coger el metro y andar un buen trecho hasta llegar a mi casa. No quería que se me hiciera demasiado tarde, puesto que al día siguiente tenía una clase a las ocho y luego entraba de nuevo en el centro comercial, y quería dejar la comida lista para llevármela.

Podría comer allí, en cualquiera de sus cafeterías, pero era un desembolso que no me podía permitir. Cuanto más ahorrara, más desahogado me vería en los siguientes meses. Estaba deseoso de tener un trabajo estable, a ser posible de lo mío, de lo que había estudiado, y así poder darles a mis padres en las narices, pero la vida me lo estaba poniendo difícil.

Muchas noches, mientras que no conseguía coger el sueño, me ponía a pensar en si había hecho bien en salir del pueblo, en no dedicarme a las tierras, como mi padre y mi abuelo, pues habría tenido estabilidad económica. Pero luego, lo analizaba bien y, sí, tendría eso, pero a costa de mi felicidad, y eso no estaba dispuesto a sacrificarlo.

Desde que llegué a Madrid no me había faltado un techo y un plato de comida, más grande o pequeño, con más o menos lujos, pero lo tenía, al igual que una cerveza con mis amigos cuando me apetecía, y eso era algo de lo que sentirse orgulloso, porque era el fruto de mi esfuerzo y mi sacrificio.

Llegué a casa y me preparé una tortilla a la francesa y una ensalada, ya que, casi siempre, cenaba algo ligero, o me costaba la misma vida dormir luego, con la pesadez del estómago. Mientras que lo hacía, no se me quitaba de la cabeza esa mujer, de la que no sabía ni su nombre.

¿Volvería a verla? Esperaba que sí, y que se acercara a mí como supuse que haría. Quería ver hasta donde era capaz de llegar. Con ese pensamiento, me fui a la cama. Antes, dejé preparado un táper con filetes en salsa para el día siguiente. Así, en mi hora de descanso, tan solo tenía que calentarlo en el microondas que había en la sala para el personal, y donde la mayoría nos reuníamos para comer.

Me costó coger el sueño, pero al final, lo conseguí, aunque a mis sueños llegó cierta morena descarada que me decía que le gustaba, y que se lanzaba a comerme la boca. Me desperté a media noche, completamente excitado por el sueño que había tenido, y me tuve que meter en la ducha, o no volvería a dormirme en un buen rato.

Capítulo 6



Naima

Después de mi momento Papá Noel, Alba y yo nos fuimos a buscar el vestido perfecto, ante el estupor y la vergüenza de mi amiga, que no se podía quitar de la cabeza lo que había hecho.

—De verdad, cada vez que haces algo de esto, me pienso el volver a salir contigo —me dijo, después de digerirlo.

—Como si no te lo pasaras pipa conmigo, vamos — respondí, riendo.

—Sí, pero también me haces pasar muchos momentos de vergüenza.

—Bueno, ¿me vas a preguntar de una vez que me ha dicho Papá Noel o no? —le dije, como loca por contárselo.

—Venga, va. Cuéntame que milongas te ha contado —me dijo, como si fuera un sacrificio para ella escucharme hablar, pero me dio igual, lo hice de la misma manera.

Le conté todo, haciendo hincapié en lo que me dijo que podía tener línea directa con Jorge, y nuestro acuerdo de volver a vernos el día veinticuatro si no se llevaba a cabo ese encuentro.

—Pero el caso es que, al mirarlo a los ojos, me resultó familiar, no sé como explicarlo —le dije a mi amiga, porque esa mirada la había visto yo en otro lado.

—Pues será el que trabaja en el súper de cajero, que quieres que te diga —me contestó.

Preferí no seguir dándole vueltas al tema y centrarme en encontrar el vestido ideal. Habíamos entrado ya en varias tiendas, sin encontrar nada que me gustara. Había vestidos bonitos, sí, pero nada lo suficientemente espectacular para lo que yo lo quería. Hasta que lo vi, puesto en el escaparate, y me enamoré de inmediato.

Se trataba de un vestido rojo, sin mangas y con la espalda al descubierto. En la parte delantera tenía un escote que llegaba hasta el ombligo, pero que estaba tapado con una tela transparente que unía las dos partes que separaba el escote.

—Ese es mi vestido —le dije, señalándolo y corriendo al interior de la tienda antes de que me lo quitaran.

—Pero… no corras, mujer, que no se va a mover de ahí —me dijo Alba, riendo.

—No pienso dejar que me lo quiten —le grité, desde el interior.

Le dije a la chica que atendía allí el vestido que quería, y resultó que era un diseño único, y que, casualmente, era de mi talla. Me lo quitó del maniquí y me lo llevó hasta el probador, junto a unos zapatos de tacón del mismo color, forrados con el mismo tejido y que también resultaron impresionantes.

—¿Qué tal me queda? —le pregunté a mi amiga, saliendo del probador.

—¡Estás espectacular! Ahora, me veré obligada a comprarme algo que esté a la altura, o me veré como la hermana fea de la Cenicienta en el baile —me dijo, y hasta la dependienta reía.

—Espere un momento aquí, que le traigo uno que le quedará ideal —le respondió la dependienta, entrando en el almacén.

—Esta va a hacer el agosto con nosotras dos. Menuda comisión la que se va a llevar —le dije a Alba, que se quedó horrorizada al ver el precio del vestido que yo había elegido.

—Yo no me puedo permitir pagar tanto por un vestido —me susurró, algo agobiada.

—No te preocupes por eso. Me vas a acompañar a mí, es justo que yo corra con todos los gastos —le dije, intentando tranquilizarla.

—Pero es que…

—Es que, nada, Alba. Y no hay nada más que hablar —zanjé la conversación.

Ella optó por un vestido azul noche, de escote en V y falda vaporosa, que le quedaba ideal. No me lo pensé, ni le di opción a ella para que lo hiciera, simplemente, se lo quité de las manos y me dirigí a la caja con los dos y los zapatos.

No os voy a decir la cantidad indecente de dinero que gasté, pero sí que íbamos a ir preciosas y que seríamos el punto de mira de toda la empresa. Ni siquiera a Alba le dije el precio de su vestido, ya que le indiqué a la chica que le quitara la etiqueta antes de dárselo, o hubiera dicho que no le gustaba para que no gastara tanto.

De vuelta a casa, paramos en nuestra pizzería favorita, fue ella la que insistió en pagar la cena, y no le llevé la contraria, porque tampoco es que mi economía fuera a resentirse mucho más de lo que lo había hecho.

—Estoy deseando llegar a casa y darme una ducha para revolearme en el sofá, con el pijama calentito y comer pizza —me dijo Alba, con cara de cansada y mientras esperábamos a que nos dieran las pizzas para llevar.

—Menos mal que mañana no tenemos que madrugar, porque la cita con la peluquería es a las doce y media — contesté.

—¿También tenemos cita en la peluquería? Pero si podemos arreglarnos nosotras mismas, es gana de tirar el dinero.

—De eso nada. No podemos llegar con unos vestidos espectaculares y los pelos como si fuéramos al súper, en vaqueros. Tenemos cita para peluquería, en la manicura y en el maquillaje. Vamos a salir de allí como dos estrellas de cine.

Nos trajeron las pizzas y subimos a casa rápidamente, metiéndonos cada una en nuestro baño para estar con el pijama calentito lo antes posible y poder ver un episodio de nuestra serie preferida, como solíamos hacer los días que no salíamos.

En nuestra empresa era tradición hacer la cena en viernes, y ese día no se trabajaba, por eso al día siguiente, aun siendo lectivo, para nosotros no lo era.

Nos pusimos camino al centro de belleza, donde nos dejaríamos mimar un rato, a pesar de todas las reticencias que puso Alba. Carmen, nuestra otra amiga estaba fuera por viaje de trabajo, y estábamos deseando que volviera para ponerla al día de todo, pero, para eso, aún quedaban unos días.

A Carmen la conocimos por casualidad. Nos la encontramos un día llorando en los baños de una discoteca porque había pillado a su chico morreándose con otra. Ellos llevaban varios años juntos, e incluso habían pensado en irse a vivir juntos, pero todo aquello se derrumbó tras el trágico acontecimiento.

A partir de ese momento, la ayudamos a volver a coger las riendas de su vida, y se volvió una más de nosotras. Dejó a aquel gilipollas, aunque juraba y perjuraba que no volvería a pasar, que había sido un error, ella no le creyó, pues encontró evidencias de que no había sido la única, antes de ella hubo muchas más, cada vez que ella salía de viaje, otra la sustituía en la cama.

Se alquiló un piso justo arriba del nuestro, se cortó el pelo, y perdió bastante peso, convirtiéndose en la mujer empoderada que era ahora, una nueva Carmen que arrasaba por donde iba. No había contado con ella para acompañarme porque, por su trabajo, este mes siempre lo pasaba fuera de la ciudad, y no volvía hasta el día antes de Nochebuena, que también pasaba con nosotras.

—Venga, Albita, mona, que al final se nos pasa la cita e iremos hechas un adefesio —le dije, pues iba que se le caía el alma mientras andaba.

—Un adefesio no podremos ser en la vida, porque no veas el lujo de nuestros vestidos. Me da miedo pensar que alguien me pueda tirar una copa o algo encima — contestó, sonriente.

Capítulo 7



Jorge

Esa noche me llamaron del local de copas donde trabajaba de vez en cuando. Había un evento de una empresa que se celebraría después de la cena, que tendría lugar en el hotel que había justo en frente.

Cuando había esa clase de eventos, nos exigían que lleváramos puesto el uniforme, que consistía en un pantalón negro tipo chino, una camisa blanca con el logo del local, unos tirantes negros y una pajarita. Me gustaba más cuando trabajábamos de normal, en los días en los que nos poníamos un pantalón vaquero y una camiseta negra con el emblema de la discoteca, pero no podía negarme, era un dinero que me vendría muy bien para seguir ahorrando.

—Tío, de verdad, no sé para qué tienes que ir a trabajar hoy. Con el dinero que ganaste en el concurso, podrías dejar este tipo de trabajo por un tiempo —me dijo Mario, que lo veía todo demasiado fácil.

—No lo entiendes ni lo entenderás en la vida. Tú tienes las espaldas cubiertas, tanto con el trabajo como con tus padres. Pero yo, si fracaso, lo que me toca es volver al pueblo y encargarme de las tierras, y eso sería lo último que yo hiciera, tener que ir, encima, con el rabo entre las piernas y darles la razón a mis padres — contesté, algo frustrado.

—Eso que has dicho es una tontería, porque nosotros no te íbamos a dejar tirado, te lo aseguro —me dijo Sergio, que llegaba ahora mismo al salón de su casa, donde estábamos sentados su hermano y yo, antes de irme a trabajar.

—Y yo os lo agradezco, pero no es lo que quiero. Me gustaría poder aprobar las oposiciones, o entrar en algún colegio concertado a trabajar, labrarme el futuro que quiero y me merezco. Pero, mucho me temo que, o cambian las cosas, o al final les tendré que dar la razón a mis padres —contesté, algo derrotado.

Cenamos algo rápido, porque me tendría que ir en breve. Normalmente entrábamos a las once de la noche, excepto cuando había eventos de este tipo, que entonces nos hacían estar allí a la diez como muy tarde, para preparar todo y que no hubiera ningún error.

—Buenas noches, compañeros —les dije a los chicos al entrar en el local.

—Hola, Jorge. Estamos preparando el hielo y dejando todas las bebidas a mano, por si tenemos que reponer —me dijo Aitana, una de mis compañeras.

—Pues entonces, voy al almacén a traer copas y vasos nuevos. Ya sabes que el jefe, cuando hay eventos así, no quiere que pongamos los de siempre, los quiere a estrenar —le contesté, saliendo de detrás de la barra.

—¿Quieres que te acompañe? —me dijo, muy pícaramente, pero negué con la cabeza.

—Será mejor que no, tenemos mucho que hacer —la rechacé de la manera más diplomática que encontré.

Os explico el por qué. Para Aitana y para mí, no sería la primera vez que nos liáramos en el almacén antes de abrir, o después de cerrar, o en el baño,

o en uno de los reservados mientras hacíamos el repaso de todo el local. No sucedía muy a menudo, pero sí que, cuando nos apetecía a los dos, no nos reprimíamos, hasta hoy.

No me quitaba a esa mujer de la cabeza, y empezaba a pensar que mis amigos tenían razón, que debí pedirle el número de teléfono o darle el mío, para poder provocar ese encuentro. Mi vena romántica, que era bastante grande, no me lo permitió, pero no estábamos en una de esas películas de Navidad de sobremesa en las que los dos enamorados se encontraban entre una multitud en el encendido navideño de Nueva York, o que tropezaban en un parque cuando ambos salían a correr. Estábamos en la vida real, y eso, por mucho que me doliera, sería prácticamente imposible que sucediera. Tan solo me quedaba la esperanza de que volviera al centro comercial el día veinticuatro, o me arrepentiría toda mi vida.

—Ya está todo repuesto y los vasos y copas nuevos sacados de sus cajas y colocados en las estanterías —les dije a los dos, justo cuando entraba el jefe.

—Vamos a ver, hoy tendremos una disposición nueva en las barras. Jorge y Aitana, estarán en la de la pista, que será la más concurrida y los que más experiencia tienen en esto. Mike y Julia, estarán en la de fuera, que también tendrá bastante ajetreo, y Zaida y Mateo se ocuparán de los reservados. Mientras que los reservados no tengan comanda, estaréis cada uno en una barra, ayudando —nos dijo nuestro jefe.

—Jefe, ¿me podría cambiar con Julia, por favor? —dijo Aitana, que me miraba por encima del hombro, como enfadada.

—No —le contestó, tajante, para darle luego una explicación —. Si os he distribuido de esa manera es porque es lo mejor para la noche que nos espera. Nunca has tenido ningún problema en trabajar con tu compañero, no entiendo que ahora lo tengas.

—Y no lo tengo, solo que me duele un poco la cabeza y allí la música se escucha demasiado fuerte —le dijo ella, dándole una excusa bastante absurda, porque la música se escuchaba igual en cualquier parte del local, quizás un poco menos en los reservados, pero solo en el interior.

Mi jefe la miró con mala cara y ella cerró la boquita. Lo que tenía era que se había sentido rechazada por primera vez y sabía que Mike estaba loquito por sus huesos. Si pretendía darme celos con él, lo llevaba claro, porque yo por ella lo único que sentía era atracción sexual, nada más.

—No entiendo por qué me has dicho que no antes, siempre nos lo hemos pasado de miedo, sin compromisos —me dijo, de camino al vestuario, donde nos pondríamos el uniforme.

—Tú misma lo has dicho, sin compromisos. No me apetece, y creo que no me va a apetecer más —le contesté, sin que ella se lo esperara.

—¿Estás con alguien? Porque no era eso lo que tenía entendido que querías —me reprochó, como si ella pudiera mandar en mi corazón.

—No tengo por qué darte explicaciones, pero no, no estoy con nadie, al menos de momento. Pero sí que he conocido a alguien que me causa interés, y mientras eso ocurre, no quiero acostarme con nadie más. Quiero centrar mi vida en todos los aspectos, tengo ya una edad en la que no me apetece ir dando tumbos de una cama a otra.

—Me parece muy hipócrita eso que me estás contando, Jorge. No puedes decir hoy una cosa y mañana otra. Pero vamos, que me da igual. Como comprenderás, con esta cara y este cuerpo, no me faltarán candidatos para echar un polvo. A lo mejor le cumplo el deseo de Navidad a Mike, y me acuesto esta noche con él —me respondió, y eso me encendió por dentro, pero no de la manera que podéis pensar.

—No le hagas daño, sabes lo que él siente por ti —contesté, entrando en mi vestuario para cambiarme.

Capítulo 8



Naima

Decir que íbamos guapas, era quedarnos demasiado cortas, aunque esté feo que yo lo diga, pero una tiene ojos en la cara y sabe cuándo está hecha una piltrafa humana y cuando va divina de la muerte, y hoy, era este segundo caso.

Me había recogido el cabello en un lateral, y la peluquera me había hecho ondas surferas que, junto con el maquillaje con los ojos ahumados y los labios del color del vestido, me hacían parecer una artista de cine, aunque mi amiga no se quedaba atrás, ni mucho menos.

—Venga, que está el coche esperando en la puerta —le dije, mientras me ponía el abrigo y cogía el bolso de mano que llevaba.

—Ya voy, ansias, que eres muy impaciente. Como si el hotel se fuera a mover de donde está —me contestó ella.

—No, pero ya vamos con los diez minutos tarde que quería, no quiero que, al llegar, Carlos no se dé cuenta de mi presencia. Hoy va a acudir con la prometida, o al menos eso he escuchado.

—Sí, claro. Tendría que caer un meteorito para que alguien no se diera cuenta de tu presencia. Si vamos que parecemos que estamos invitadas a la

entrega de los Óscar — contestó, negando con la cabeza.

—No es el primer año que me acompañas, y sabes que, en mi empresa, todo el mundo se viste así para ir a esta cena. No desentonaremos con el resto de mis compañeros, me apuesto contigo lo que quieras —respondí.

—Si eso ya lo sé, que, en vez de la cena de Navidad, parece una recepción con la familia real. No he visto más tonterías por metro cuadrado que en esta noche — dijo, riendo.

Alba hizo lo mismo que yo, poniéndose su abrigo y cogiendo su bolso de encima de la mesa, donde lo había dejado preparado antes de entrar a ducharse y vestirse.

El trayecto lo hicimos entre bromas y risas, hasta el conductor soltó alguna que otra carcajada con mis ocurrencias, como cuando le dije que si podía abrirnos la puerta cuando llegáramos, para que todo el mundo pensara que éramos dos estrellas, que para eso habíamos elegido la opción de lujo y confort.

—No se preocupe, señorita, que yo me bajo y le abro la puerta. Incluso le doy la mano para pueda bajar, a las dos, por supuesto —nos contestó él, riendo.

—Ya solo falta que te llames Atanasio, o algo así, que suele ser el nombre que usan todos los chóferes de la gente de dinero —le dije, y soltó otra carcajada.

—Casi, porque me llamo Ambrosio —me dijo, y entonces la que reí fui yo.

—Ay, que tengo una idea. Tú sígueme el rollo, por favor, Ambrosio. Te prometo que te lo compensaré con una buena propina luego —le dije, y es que se me había ocurrido algo magníficamente divertido.

—No tiene que compensarme con nada, señorita. Con las risas que me está proporcionando, me siento completamente pagado —me respondió, sin poder parar de reír.

En mi empresa se tenía la costumbre de que, mientras que no estuvieran todos los empleados, no se pasaba al interior del hotel para comenzar con la celebración, por eso sabía que estarían todos en la puerta, esperando mi llegada.

Efectivamente, allí estaban todos, Carlos y su prometida incluidos, con una cara de vinagre que no podían con ella ninguno de los dos. Miraba el reloj cuando yo llegué, porque siempre esperaban esos diez minutos de cortesía después de la hora indicada, los mismos que yo me había asegurado de tardar.

—Ambrosio, ¿listo para representar el papel de tu vida? —le pregunté, ante la atenta mirada de Alba, a la que tampoco le había contado nada.

—Nací listo y preparado —me contestó él, con una sonrisa.

—Pues vamos allá —le dije.

En cuanto que estacionó el coche en la puerta del hotel, y ante la atenta mirada de todos los presentes, Ambrosio abandonó su sitio en el coche, y fue directo a la puerta, la cual abrió y me tendió la mano para que bajara, haciendo lo mismo con mi amiga.

—Ambrosio, ya le llamaré para que nos recoja, y dígales a los señores que no me esperen, que no sé a la hora que volveré. Ya sabe como son mis padres de protectores, si casi les da un infarto cuando les dije que quería trabajar —le dije, mientras Alba me miraba aguantando la risa.

—No se preocupe, señorita, de Dueñas, que yo me encargaré de avisarlos. Y no se los tenga en cuenta, para ellos es muy chocante que su hija quiera ganarse la vida por sus propios medios, sobre todo cuando el dinero le salen por las orejas, si la señorita me permite el comentario —me respondió él, y ahí la que tuve que aguantar la risa fui yo.

Nunca habíamos pasado dificultades económicas, pero de ahí a que les saliera el dinero por las orejas, iba un mundo. Si ellos, desde que me independicé y como mucho, me ingresaban en la cuenta doscientos euros por Navidad o cumpleaños, y dos llamadas al año, y a eso se limitaba todo nuestro contacto. Lo que les importaba a ellos donde iba a dormir o que iba a hacer el resto de mi vida…

—Por supuesto que le permito el comentario, Ambrosio. Nadie mejor que tú para conocernos a todos, que llevas toda la vida con nosotros —le seguí el juego, al igual que él a mí.

—Me retiro, señorita. En cuanto decida que venga por usted, no dude en llamarme, sea la hora que sea, que para eso es mi trabajo —me contestó, sonriente.

—Le vas a tener que dar una paga extra a este hombre, porque no lo hay más servicial —me dijo Alba, que había entendido mi juego.

Carlos era un interesado de cuidado, y si estaba con su prometida era porque era la hija de un importante empresario de la ciudad, al que sí que le salía el dinero por las orejas, y que iba a regalarles una preciosa casa en una de las urbanizaciones más lujosas de la ciudad. En cuanto se enterase de esa conversación, querría volver conmigo, no porque me quisiera o estuviera enamorado de mí, porque la gente así solo está enamorada del dinero y de sí mismo. No me equivoqué.

—Nunca me habías dicho que venías de una alta cuna, Naima —me dijo, acercándose a darme dos besos que fueron políticamente incorrectos, por la cercanía de su boca a la comisura de mis labios.

—No tenía por qué hacerlo, solo era una más, no lo olvides. Además, no te acerques tanto que tu prometida se puede enfadar —le dije, sonriendo como nunca.

—Ella sabe cómo soy, y está de acuerdo. Digamos que, ambos, llevamos una vida aparte de nuestra relación, y es algo consensuado por los dos —me respondió, cuando yo sabía que era mentira.

—¿Sabes lo que más odio en esta vida? Pues te lo voy a decir, la mentira. Y tú, eres un mentiroso de manual. Lo que había entre nosotros se acabó, y no te preocupes que muy pronto dejaré también la empresa —le dije, y me marché de su lado para volver a hablar con mi amiga.

Capítulo 9



Naima

La cena transcurrió tal y como había pensado, mi amiga y yo con guasa y risas, y el resto como si estuviera en un velatorio, con caras largas y en completo silencio. La cara de Carlos era un auténtico poema, y la de su prometida mucho peor, y ya si hablamos de la de la secretaria, esa ya era para partirse.

Se pensaría ella que era la única, que me había robado a la joya de la corona, cuando en realidad se había llevado un abalorio de los chinos, de esos que te ponías y se te caía el dedo a pedazos.

—Chicos, por favor, que estamos celebrando una cena de Navidad, no el entierro del Conde Orgaz —les dije a los de mi mesa.

—Es que no me atrevo ni a respirar —me dijo Eva, una de mis compañeras.

—Eso lo soluciono yo rápido y veloz —le dije, y cogí una botella que había encima de la mesa junto a uno de los cubiertos, y me puse a cantar.

"San José tiene una moto,
y la Virgen una Lambreta,
y al niño como es más chico

le han comprado una bicicleta.
Ande, ande, ande, la marimorena,
Ande, ande, ande, que es la Nochebuena”

Como os podéis imaginar, la que se lio fue chica, porque yo di el pistoletazo de salida, pero tanto Eva, como varios de mis compañeros, me siguieron, y allí se formó un concierto de villancicos improvisado que ni en una zambomba flamenca.

—El jefe acaba de decir que las copas y el baile no son aquí, sino en la discoteca que hay en la acera de enfrente —me dijo Eva, que no se había separado de nosotras.

—Pues nada, crucemos la calle para mover el esqueleto —le dije sonriente, cuando Carlos me tomó de nuevo por el brazo y me frenó.

—¿Podemos hablar un momento? —me dijo, poniendo los mismos ojitos que ponía cuando quería echar un polvo conmigo, porque, básicamente, eso era lo que hacíamos cuando nos veíamos fuera del trabajo.

—Mira, si es por el numerito ese que he montado a mi llegada, déjame que te aclare que todo ha sido una broma. Ni soy millonaria ni ese era el chófer de mi familia. Tan solo era el conductor de un Uber que me ha seguido el rollo, nada más —le dije, intentando quitármelo de encima lo más pronto posible.

—A mí no puedes engañarme, he estado buscando en Google y tu apellido está unido a una familia de alto poder en el país —me soltó, y lo que solté yo fue una carcajada de estas que resuenan en toda la calle.

—No me jodas, hombre. El único poder que tienen mis padres es el de sacarme de quicio cada vez que me llaman. Deja el vino, Carlos, que esta noche no te está sentando muy bien, y si lo que quieres es echar un polvo, tienes dos candidatas, tu prometida y tu secretaria, a mí, déjame en paz —le

contesté, soltándome de su agarre para cruzar con Alba y mi compañera, que me estaban esperando en la puerta de la discoteca.

—¿Qué quería el energúmeno ese? —me preguntó Alba, ante la atenta y sorprendida mirada de Eva.

—Que se ha creído todo el numerito que he montado en la entrada, y ahora quiere declararme amor eterno. Pues no va y me dice que ha buscado mi apellido en Internet y que viene que somos de una familia de alto poder. No se puede ser más imbécil que este tío —le respondí, soltando otra de mis carcajadas.

—Perdona que te pregunte, pero es que no entiendo nada. ¿Te has acostado con el jefe? —me preguntó Eva, algo avergonzada.

—No me he acostado con él, hemos tenido una relación, o al menos, eso pensaba yo, hasta que me di de bruces con la realidad. Pero no me importa, no me ha dolido terminar con él, lo que sí lo ha hecho ha sido ver lo gilipollas que puede llegar a ser una persona…

—Sí, pero todo eso lo dejó atrás, ahora dice que está enamorada de un participante de un concurso de televisión —le dijo Alba, muy simpática.

—Eso me lo tienes que contar al detalle —me dijo, cogiéndome del brazo y entrando así conmigo en el famoso local.

Le conté todo mientras íbamos entrando, y ella se partía de la risa, diciendo que estaba loca si pensaba que lo iba a encontrar. Su teoría era que el Papá Noel del centro comercial se había burlado de mí, que seguro que ni lo conocía ni nada por el estilo.

—No me seas ingenua, Naima. No puede ser que, precisamente, ese tipo fuera su amigo. Sería como encontrar una aguja en un pajar —me dijo, pero yo seguía convencida de que lo iba a conseguir.

—Bueno, ustedes pensad lo que queráis, estáis en vuestro derecho. Yo lo único que digo es que, el año que viene por estas mismas fechas, estaremos celebrando la Navidad juntos —les dije, y ellas estallaron en carcajadas por el convencimiento con el que se lo estaba contando.

Una vez dentro, nos quitamos el abrigo, que lo dejamos en el guardarropa y como no teníamos que pagar nada, puesto que todo iba a cargo de la empresa, dejé también el bolso, al igual que mi amiga y casi todas mis compañeras.

En ese momento sonaba una canción que nos encantaba, La Morocha, de BM y Luck Ra, y nos lanzamos a la pista como locas, a cantar y a bailar como si no hubiera un mañana.

"Que alguien saque a bailar a la morocha
Que se muere de ganas
No puede hacer todo el campeón
Quiero que juegue en la banda".

Fue justo ahí, en la pista, bailando, cuando noté que alguien me miraba. ¿Sabes esa sensación que tienes en el momento en el que una persona te observa sin apartar la mirada de ti? Pues así me sentía, y pensé que era Carlos desde la barra, pero la sorpresa fue enorme cuando, al girarme con disimulo mientras bailaba, cuando descubrí quién era esa persona que tenía una sonrisa en sus labios.

—A ver, incrédulas, ¿no decíais que era como encontrar una aguja en un pajar? Pues me acabo de pinchar en el culo con ella —les dije, señalando la barra, y ambas giraron la cabeza en el sentido en el que les estaba señalando.

—¡La madre qué me parió! —exclamó Alba, sin terminar de creérselo.

—¿Alguien me lo puede explicar? Porque, por más que miro en esa dirección, solo veo a un camarero, que está buenísimo, por cierto, y a una camarera que no lo está menos —dijo Eva, que se declaraba bisexual.

—Pues, la camarera toda para ti, al otro, ni mirarlo, que es mi futuro marido —le dije, y soltaron una carcajada.

No me lo pensé y, en cuanto terminó la canción, me puse rumbo a la barra, situándome en una esquinita donde parecía que se escuchaba la música algo más baja, esperando a que me atendiera Jorge.

Capítulo 10



Jorge

No me podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Por una puñetera vez en mi vida, la suerte se había puesto de mi lado. Si el día que estuvo en el centro comercial estaba guapísima, hoy partía todos los moldes.

Ese vestido rojo le quedaba como un guante, haciéndola resaltar entre toda la decoración de Navidad. Era como una Mamá Noel sexy, y eso me encendió por dentro. No sabía si acercarme o no, pero mientras dudaba, la vi como se daba cuenta de que la estaba mirando, y noté la sorpresa en sus ojos, así como la ilusión que transmitían.

No me dio tiempo a nada más, pues encaminó sus pasos hasta la barra, después de hablar algo con sus amigas o compañeras de trabajo, ya que no sabía que relación les unía a las tres. Se situó en una esquina, como esperando algo, y yo sabía lo que era.

—A la de rojo la atiendo yo —le dije a Aitana, que me miró con furia.

—Veo que ya has localizado a tu próxima víctima. Que ingenua, y yo que había llegado a creerme lo de que estabas conociendo a alguien… —me dijo, dejándome allí con la palabra en la boca.

Me daba exactamente igual lo que pensara ella, porque, ahora que tenía a mi objetivo cerca, no la iba a dejar escapar. Hice malabares para poder llegar a ella, ya que todo el que me veía intentaba pararme para que le sirviera una copa, sobre todo las mujeres, pero no tenía ojos nada más que para ella.

—Hombre, pero si está aquí mi admiradora secreta —le dije, sonriendo —. Mi amigo se quedó corto al describirte.

—¿Cómo sabes que soy tu admiradora secreta? Aunque de secreta tengo bien poco, la verdad, porque lo sabe media ciudad ya —me contestó, y me di cuenta de que había metido la pata.

—Digamos que yo estaba demasiado cerca cuando se lo dijiste —intenté justificarme —¿Qué te pongo?

—Si te digo que cachonda quedaría muy mal, así que ponme un ron con cola, por favor —me soltó, y a mí se me escapó una carcajada.

—Tengo que decirte que hoy estás impresionante con ese vestido. Si te ven los del centro comercial, te ponen a ti en otro sillón, pero esta vez los que se sentarían serían los padres, pareces una Mamá Noel sexy —le dije, guiñándole un ojo mientras preparaba su copa.

—Si te vas a sentar tú en mi regazo, voy ahora mismo a buscarlos —me contestó, sonriendo.

—Por cierto, no estamos en igualdad de condiciones. Tú sabes mi nombre, mientras que yo el tuyo no lo sé —dije, esperando a que me lo dijera.

—Soy Naima —cuando dijo su nombre, me incliné en la barra y le di dos besos, muy cerquita de la comisura de sus labios, esos que me moría por probar desde el otro día.

—Un nombre tan precioso como la persona que lo lleva. Termino mi turno a las tres, ¿te viene bien esperarme o lo dejamos para mañana? —pregunté, directo al grano.

—Te espero, te espero…

—Vale, pero será mejor que me des tu número de teléfono. Toma, anótalo tú misma mientras le sirvo su copa a aquel tipo de allí, que tiene cara de Rottweiler —me dijo, señalando a Carlos.

—Échale unas gotitas extras de bromuro, a ver si así se le quitan las ganas de joder a todo el mundo —me soltó, y me reí a carcajadas.

—Deduzco que es tu jefe.

—Y algo más también fue, pero eso te lo cuento otro día, así me aseguro de que me llames, aunque solo sea por la curiosidad de conocer la historia —me devolvió el móvil, y lo guardé en el bolsillo de mi pantalón, no sin antes hacerle una llamada perdida al número que me había dado.

—Listo, ahí tienes también el mío. Nos vemos luego, preciosa. Procura no beber mucho, que te quiero bien lúcida para poder hablar —le respondí, para que supiera que no tenía otras intenciones, aunque ella, por lo visto, sí.

—Hablar dice… eso será por el camino —dijo, dándose la vuelta para marcharse.

Me fijé en la cara de Aitana mientras me dirigía hasta donde estaba el tipo ese para ponerle la copa, y me llevaba una cara de cabreo que para qué.

—Buenas noches, señor. ¿Qué le apetece? —le dije, de la manera más educada posible.

—Para empezar, me apetecería que trabajaras y dejaras de ligar con mis empleadas. Estás aquí para servirnos, no para coquetear. Y no dudes que, como soy el que pago todo esto esta noche, le daré las quejas a tu jefe en cuanto lo tenga delante —me dijo, con mucha prepotencia, como si yo fuera un mojón a su lado, y no lo iba a permitir.

—Un momento, que enseguida se lo traigo —le dije, y me di la vuelta para ir a buscarlo.

—Ni se te ocurra dejarme sola en estos momentos. Esa tía puede esperar a que termines tu turno —me dijo la otra, que se moría de celos o de envidia, todavía no lo tenía claro.

—Vete a la mierda, Aitana —le dije, marchándome igualmente.

Subí los escalones de tres en tres, hasta llegar al despacho de Pedro, nuestro jefe, y llamé a la puerta con los nudillos, esperando hasta que me dio paso.

—Pedro, abajo hay un prepotente que parece ser el dueño de la empresa que hace el evento, protestando y diciendo que quiere hablar contigo.

—¿Qué ha sucedido? —me preguntó él.

Le conté lo que había pasado y, mientras bajábamos de nuevo al local, me dijo que no me preocupara por nada, que él sabía como era yo, y si esa chica me había llamado la atención, que no la dejara escapar, que podía estar ante el amor de mi vida.

Como habéis comprobado, Pedro era uno de esos hombres románticos que había encontrado el amor con veinte años en la figura de una compañera de carrera, con la que se había casado y tenido tres hijos. No era mayor, porque rondaba los cuarenta y pocos años, y era bastante guapo,

pero jamás lo vi coquetear ni serle infiel a su mujer, y ocasiones no le habían faltado.

—Mira, es esa, la del vestido rojo, y se llama Naima —le dije, señalándola en la pista.

—Te doy media hora de descanso, ve y baila con ella, y hazle saber que estás interesado en conocerla. No seas tonto, yo te cubro en la barra —me dijo, y me salió una sonrisa.

—Gracias, jefe —le contesté, guiñándole un ojo.

No me lo pensé, me situé detrás de ella, que estaba bailando La Bachata, de Manuel Turizo, situé mis manos en sus caderas, y me puse a bailarla con ella de la manera más sensual. Me encantaban los bailes latinos, y una vez a la semana, me permitía el lujo de acudir a clases junto a Mario, que decía que a las mujeres las ponía muy cachondas ver a un tío que bailara bien.

Terminó la canción y ambos estábamos frente a frente, mirándonos a los ojos, y no me pude resistir. Le puse la mano en su nuca, y la besé con dulzura. Lo que, al principio fue un tímido beso, se convirtió en uno sensual y apasionado, del que nos costó muchísimo separarnos.

Capítulo 11



Naima

Ese beso fue… ¡Guau! En mi vida me habían dado un beso de esa intensidad. No solo era deseo lo que me transmitió, sino que también noté una sensación que no había notado en mi vida. Era un "te quiero conocer", pero también un "eres irresistible" que me hizo sentir empoderada como nunca.

—Te veo en un ratito, ahora me toca volver al trabajo —me susurró en el oído. Bueno, en realidad, no fue un susurro, aunque con el volumen de la música sonaba así.

—Te esperaré hasta que salgas —le respondí.

Me quedé mirándolo hasta que llegó a su puesto de trabajo. Lo hizo con una sonrisa y el hombre que lo estaba sustituyendo, le dio un tremendo abrazo. Me di cuenta de que, la chica que estaba con él en la barra me miraba mal, y que se tomaba ciertas libertades con Jorge que no me gustaron nada, pero no iba a montar una escenita de celos, no cuando todavía no nos conocíamos lo suficiente.

—Esa tía no me gusta nada —me dijo Eva, que también se había dado cuenta.

—Ni a mí, pero no sé si entre ellos ha habido algo o no, y hasta que no me entere no voy a decir nada. ¿Te imaginas que se joda todo por una tontería? No lo pienso permitir —le respondí.

—Venga, pasémoslo lo mejor que podamos, que tan solo te quedan un par de horas para estar con él de nuevo —me dijo Eva, riendo.

Seguimos en la pista, bailando y cantando todo lo que estaban poniendo, hasta que vi como Carlos discutía con Jorge, y no me pude reprimir, me fui hasta la barra para ver que estaba sucediendo.

—¿Se puede saber qué es lo que está pasando aquí? —le pregunté a los dos, esperando a que alguno me diera una respuesta coherente.

—Tu jefe, que se cree por encima de los demás por tener dinero —me dijo Jorge, sin quitarle la mirada a Carlos.

—Por encima de los demás, no, pero por encima de ti, por supuesto que lo estoy. Y que te quede claro que no soy su jefe, soy su chico —le dijo el otro, y Jorge me miró con los ojos como platos.

—Mira, imbécil, tú no has sido mi chico ni cuando estábamos juntos, así que no digas más idioteces. Jorge, te prometo que luego te lo cuento todo, no le hagas caso a este meapilas.

—¿No te das cuenta de que lo único que quiere este mequetrefe es tu dinero? —me dijo Carlos, y me llevé las manos a la cabeza.

—¿Qué dinero, gilipollas? Ya te he dicho antes que no tengo un céntimo, que todo fue una farsa. Pero, si lo tuviera, preferiría mil veces dárselo a él, que, a ti, que eres un interesado de mierda —le respondí, y salí corriendo.

No me podía pasar esto a mí. Por primera vez, había conocido a un hombre que me llamaba la atención, con el que pensaba que podría

construir algo sólido, y viene el gilipollas de Carlitos, que se había acostado con todo lo que llevara falda, y me lo jodía todo.

Salí de aquel local medio llorando, seguida por Alba y Eva, que no me dejaron sola en ningún momento. Ese gilipollas se iba a encargar de fastidiarme en todos los sentidos. Al final, me había salido el tiro por la culata y lo que pensé que sería una broma graciosa, se había convertido en un arma de doble filo que se había vuelto en mi contra.

—Tienes que terminar con todo eso, Naima. Ya conoces la insistencia de Carlos de primera mano y de lo que es capaz —me dijo Alba, que había sido testigo de toda nuestra "no relación".

—Se lo he dicho ya de todas las maneras posibles, por activa y por pasiva, y sigue creyendo que soy millonaria. Él sí que estaría conmigo por interés, no Jorge —dije, sin poder parar de llorar.

—Chicas, ¿os importa dejarnos a solas un momento, por favor? —les dijo Jorge a mis amigas.

—Por supuesto, tenéis mucho de lo que hablar. Naima, si te marchas, envíanos un mensaje para quedarnos tranquilas, no te olvides —me dijo Eva, y asentí con la cabeza.

Una vez que nos quedamos a solas, Jorge me miró a los ojos mientras que sostenía mis manos, respiró hondo y empezó a hablar.

—Naima, en ningún momento me he fijado en ti por tu dinero, te lo prometo…

—No tengo un céntimo, Jorge. Soy una superviviente que trabaja a diario para pagar las facturas. Todo lo que ha pasado antes ha sido una broma…

Empecé a contarle lo que se me había ocurrido mientras íbamos de camino al hotel de la cena, y él se doblaba de la risa conforme lo iba relatando.

—¿En serio? Eres única, te lo prometo —me dijo, sin parar de reír.

—Ahora es mi turno. Cuéntame lo que hay entre esa camarera y tú. Porque, deja que te diga una cosa, se ha tomado muchas libertades contigo cuando sabía que yo estaba mirando —le dije, esperando una respuesta convincente.

—Pues forma parte de mi pasado, al igual que Carlos lo es del tuyo. No te voy a negar que me he acostado con ella varias veces, incluso en el curro, pero eso se terminó, Naima. Al menos, mientras que estemos conociéndonos —me respondió.

—¿No tendrías que estar trabajando? —le pregunté, pues miré el reloj y faltaba al menos una hora para que terminara su jornada.

—Tengo un jefe de lo más comprensivo que, en el momento en el que te ha visto salir, me ha dicho, corre tras ella y no la dejes escapar. Además, tienes el fin de semana libre —me contestó, y solté una carcajada.

—Venga, te espero a que vayas a cambiarte —le contesté, mientras que le hacía aspavientos con la mano.

Jorge entró de nuevo al local, de donde salió diez minutos después, vestido y con el abrigo puesto.

—Vamos dando un paseo, la cuestión es, ¿a dónde vamos? —me preguntó cuando llegó a mi lado.

—Hace un frío que pela. ¿Qué te parece si nos vamos a mi casa? Ahora le envío un mensaje a Alba para que pase la noche con Eva, o que se suba a

casa de Carmen…

—Para, para. Si no te importa, yo vivo solo. No es el palacio de Buckingham, pero cabemos los dos sin problemas en el salón —me dijo, y yo solté una carcajada.

—Me lo pintas como si vivieras en una cajita de zapatos, hijo —le hablé.

—Casi, yo creo que la cajita de zapatos es hasta un poquito más grande, la verdad. ¿Qué opinarías si te digo que el salón, el baño y la cocina están en el mismo espacio? —me preguntó.

—Pues, que es muy práctico, porque podrás ver tu serie favorita mientras estás meando, y si te entra hambre, puedes alargar la mano y cogerte una manzana —le respondí, muy seria, mientras ambos nos reíamos a carcajadas.

Capítulo 12



Jorge

Que viera el lado positivo de cada cosa era lo que más me gustaba de ella. Nos fuimos dando un paseo hasta mi casa, que no se encontraba lejos de la discoteca, pero con la única intención de hablar y conocernos mejor, pero no fue eso lo que sucedió.

—Pasa a mi humilde palacio —le dije, haciendo una reverencia al abrir la puerta.

—Guau, esto sí que es tener espacio personal y lo demás es un cuento. Chico, cuando me dijiste que tenías todo a mano, no pensé que fuera al pie de la letra. Pero tiene su encanto, oye. Así te ahorras tener que limpiar metros y metros de casa que luego no sirve nada más que para acumular pelusas —me dijo, ironizando su comentario.

—¿Tú sabes lo cómodo qué es que, mientras estoy viendo la televisión, si me apetece una cerveza, solo tengo que estirar la mano para cogerla? —respondí, siguiendo con la ironía.

Estuvimos un rato riéndonos de tonterías, hasta que pasamos a otro tema, un poco peliagudo, la verdad, a qué nos dedicábamos. Le expliqué mis motivos para trabajar en la noche, así como el resto de mis trabajos. Ella

me contó que era publicista, pero que estaba buscando otra empresa, porque Carlos la tenía un tanto amargada.

—Somos dos desastres, no lo niegues — dije, sonriendo.

—Habla por ti, chico, que yo estoy buenísima y me desenvuelvo bien. Por cierto, quién ese amigo que se viste de Papá Noel, porque me tiene de lo más intrigada —siguió bromeando, o al menos, eso pensaba yo.

—¿Me vas a decir que no te diste cuenta de que era yo? —le pregunté, asombrado, porque no me lo podía creer, sobre todo por la cara que puso.

—¿En serio me estás diciendo que eras tú? No me lo puedo creer, y yo sentada en tu regazo. Pues, ¿sabes lo que te digo? Que, si llego a saberlo en ese instante, te habría comido la boca allí mismo, delante de todos — contestó, muy seria.

—Pues habríamos dado un numerito bueno, porque no veas como me pusiste estando sentada allí. Con decirte que al siguiente niño lo tuve que recibir de pie…

—Ah, ¿sí? Eso tengo que comprobarlo —me dijo, y se levantó del sofá para sentarse en la misma posición que en el centro comercial.

Pero no hizo lo mismo que en el centro comercial, sino que empezó a darme besitos en el cuello, a susurrarme cosas en el oído, y eso me fue encendiendo, al igual que a ella. Intenté resistirme por todos los medios, pero no lo conseguí.

Metí las manos por debajo de ese vestido que me traía loco desde el momento en el que la vi con él puesto, y lamí su cuello mientras mis dedos buscaban sin descanso su entrepierna.

—Será mejor que nos deshagamos de esto —le dije, abriendo la cremallera de su vestido, mientras que ella se deshacía de mi jersey.

—Sí, la calefacción está un poco fuerte —me susurró jadeante, porque mi boca había ido a parar a uno de sus pechos.

Nos pusimos de pie un segundo, el tiempo justo para deshacernos de todo lo que nos estorbaba, que no era otra cosa que la ropa que llevábamos puesta, y volvimos al sofá, pero esta vez no se sentó con las piernas a un lado, sino que lo hizo a horcajadas sobre mí, notando mi miembro en todo su esplendor.

Ese tanga que llevaba me estaba volviendo loco, y no dudé en meter mis dedos por él, hasta llegar a su sexo, ese que acaricié de arriba abajo, provocándole el mayor de los placeres, a juzgar por su cara y sus gemidos.

No me conformé con eso, la levanté y puse su sexo a la altura de mi boca, aparté su tanga a un lado y lo lamí, no me hicieron falta muchas caricias para que alcanzara un brutal orgasmo, que me bebí hasta la última gota.

Saqué un preservativo de mi cartera, me lo puse y la puse en posición para que fuera ella misma la que se penetrara, dejándose caer sobre mi miembro, que estaba deseoso de entrar en ella. Verla cabalgar sobre mí era una delicia, y así se lo hice saber.

—Joder, Naima, eres un puñetero manjar. Jamás me había sentido así con nadie, y no creo que pueda aguantar mucho más —le dije, jadeante por el placer que estaba sintiendo.

—Me voy a correr, Jorge, no aguanto más —me contestó, y noté como su cuerpo empezaba a temblar por el orgasmo que la estaba atravesando.

No me hizo falta más, pues su vagina aprisionaba mi miembro de una manera que me arrastró con ella. Si su orgasmo fue intenso, el mío fue

brutal, hasta el punto de que no pude reprimir un grito, que ahogué en su boca, besándola de una manera para que no tuviera duda de lo que me había hecho sentir.

—Te pudo jurar que esto no era lo que tenía pensado —le dije, para que no pensara que la había llevado a mi casa para eso.

—Pues yo sí, desde el mismo momento en el que vi tus ojos en la pantalla de la televisión, me dije a mí misma: "Naima, ese hombre tiene que ser tu marido" — contestó, y solté una carcajada.

—Me parece que estás corriendo mucho, ¿no crees? —le dije, y me miró de una manera que me indicó que le había molestado mi comentario.

—No estoy diciendo que vaya a ser mañana mismo, pero no te preocupes, que ya me ha quedado claro que tus intenciones no son las mismas que las mías —me dijo, levantándose y cogiendo su vestido del suelo.

—No pongas en mi boca palabras que yo no he dicho. En ningún momento te he transmitido mis intenciones contigo, pero digo yo que antes habrá que conocerse. No se puede empezar la casa por el tejado —le dije, algo enfadado por su forma de reaccionar.

—Será mejor que me vaya. Si quieres conocerme, ya tienes mi teléfono. Yo he sido la que te ha buscado, la que me he acercado, y la que te he dicho lo que espero de lo nuestro, no pienso dar un paso más — contestó, cogiendo su abrigo y saliendo de mi casa.

¿Por qué todas las locas me tocaban a mí? ¿Cómo podía decir una persona, sin apenas conocernos, que sería su marido? Esto era de locos. Me levanté del sofá, cogí mi ropa y me metí en la ducha. El día había sido agotador, en todos los sentidos, y lo que me faltaba ya era que, después del momento que habíamos vivido tan bonito y especial, me soltara eso por la boca.

Me acosté con sentimientos cruzados, por un lado, me encantaba su forma tan descarada de ver la vida, de luchar por lo que quería, pero por otro… no me sentía cómodo con la presión que estaba ejerciendo sobre mí, pues deberíamos dejar que la cosa fluyera, como todo el mundo.

Tenía la impresión de que las Navidades iban a ser tela de movidas, porque no creía ni una palabra de lo que me había dicho sobre de que no me buscaría más.

Capítulo 13



Naima

Salí de allí como los toros cuando le abren los toriles, tan solo me faltó echar la arena hacia atrás, porque hasta humo me salieron de las orejas. ¿Qué se pensaba el imbécil este? Si creía que yo iba a ir detrás de él como si fuera su perrito faldero, lo llevaba claro. Yo había dado el paso inicial, y no pensaba mover más un dedo para que estuviera a mi lado, ahora era su turno, si es que realmente quería conocerme, como había dicho.

Entré en mi casa y todavía no había llegado Alba, por lo que, antes de meterme en la ducha, le envié un mensaje de WhatsApp, no fuera a ser que llegara mientras yo me duchaba y se diera un susto de muerte.

Naima: *Cariño, ya estoy en casa. Me doy una ducha y me meto en la cama, es una larga historia que mañana te contaré delante de un buen café y unos croissants recién hechos.*

Su respuesta me llegó casi de inmediato, no me había dado tiempo ni de encender el calentador del agua, cuando escuché mi móvil sonar.

Alba: *No te preocupes, yo no creo que vaya a dormir. Yo me subo los croissants y hablamos de todo, que yo también tengo mucho que contarte. Que descanses, un besazo.*

Esas palabras me indicaron que mi amiga había ligado, y me alegré por ella, puesto que llevaba mucho tiempo sin darle una alegría al cuerpo. Tanto que no dudo que el hombre con el que estaba hubiera pensado que era virgen.

Entré en la ducha y dejé que el agua cayera por mi cuerpo, arrastrando con ella, no solo cualquier vestigio de sexo que quedara en mí, sino también toda la pesadumbre que sentía por la manera tan mala en la que había terminado la noche.

Tardé en conciliar el sueño, porque ciertos ojos color miel no se me iban de la cabeza, por mucho que intentaba pensar en otra cosa, siempre terminaba en ellos. En la forma en la que me había mirado mientras estábamos juntos, como el deseo se había reflejado en sus pupilas dilatadas, y como gritó cuando alcanzó el orgasmo.

Algo en todo eso no me cuadraba. ¿Tendría miedo al compromiso? ¿Serían otras sus prioridades? Fuera lo que fuera no me debió decir lo que me dijo en ese tono, como si yo estuviera loca o algo parecido, porque no lo estaba. Lo único que podía destacar de mí era que tenía muy claras las cosas que quería y que, cuando eso ocurría, iba a por ello con toda la artillería. No era mi problema que los hombres no tuvieran los mismos cojones que tenía yo.

Finalmente, el sueño me venció y cuando más a gustito estaba, escuché como me llamaban sin descanso. No de una manera dulce, que sería lo adecuado para despertar a alguien, no, mi nombre resonaba en la estancia, pero iba acompañado de un zarandeo de hombros.

—¿Hay un terremoto o se está quemando algo? —pregunté cuando logré abrir un ojo.

—Idiota, me has dado un susto de muerte. Llevo más de diez minutos intentando despertarte y no había manera. Lo he intentado todo, si no reaccionabas a esto, lo siguiente que tenía pensado era echarte un vaso de

agua en la cara —me dijo Alba, cuyo rostro reflejaba la preocupación que decía sentir.

—Pero si ya me conoces, Albita. Cuando duermo de manera profunda, como ahora, ya puede caer una bomba a mi lado que ni me entero —le respondí, intentando abrir el otro ojo, que se me había quedado pegado.

—Venga, que he traído esos croissants que tanto te gustan. Aunque dudo que estén calentitos tal y como los traje. Eso tiene que estar más frío que un muerto.

Me levanté como pude, me puse las zapatillas y fui arrastrando los pies hasta llegar hasta la cocina, donde me senté en uno de los taburetes, apoyando los brazos cruzados y poniendo mi cabeza encima.

—No te muevas, señora, que ya hago yo los cafés —me dijo, negando con la cabeza.

—No soy señora, y no creo que lo sea nunca. Sírveme un café bien cargado, solo y con dos de azúcar, que en cuanto vuelva a ser persona de nuevo, te cuento todo —le dije, y es que era verdad, no me podía mover.

Alba sacó dos tazas y sirvió el café, poniendo la bolsa con los croissants encima de la barra de la cocina, que era el lugar donde solíamos desayunar los fines de semana.

—Listo, ahora cuéntame eso tan espantoso que te ha pasado —me dijo, expectante por escucharme.

Le conté como se me había dado la noche, y el comentario que lo jodió todo, y ella soltó una carcajada.

—¿Qué esperabas, que te sacara el anillo? —dijo, poniéndose de su parte.

—Tan solo le hice partícipe de lo que yo tenía muy claro, que íbamos a terminar en boda —le contesté, indignada.

—Claro, es que eso es lo más normal. Un tío conoce a una mujer, se la lleva a su casa para follar, y esta le dice que, en cuanto que lo vio, supo que sería su marido, y tú pretendes que no salga corriendo. Si hubiera sido yo la que estuviera en su lugar, habría corrido más que Usain Bolt —me respondió, sin parar de reír.

—Pues no sé dónde le ves la gracia, la verdad.

—Naima, eres intensa hasta decir basta y eso, a algunos hombres, les asusta, y Jorge ha sido uno de ellos. Tienes que ir más despacio, no puedes querer que todo ocurra en cuestión de días, las cosas fluyen poco a poco —me aconsejó.

—Joder, ni que le hubiera dicho que me quería casar la semana siguiente. Le dejé claro que era un plan de futuro —dije, medio enfadada porque no me entendía —Pero bueno, déjalo y cuéntame lo tuyo. ¿Con quién ligaste?

—Ay, amiga, con un tipo espectacular, de esos que rompen cuellos por la calle, y con una labia que para qué. Con decirte que yo, que casi nunca hago eso, terminé con él en una habitación del hotel donde se celebró la cena, creo que ya te lo he dicho todo —me dijo, con carita de ilusión.

—Os faltó tiempo. Si no llega a estar ahí ese hotel, seguro que te lo hubieras tirado en el baño de la discoteca —le respondí, riendo.

—¿Y quién dice que no lo hice? Esa fue la primera vez y, como nos supo a poco, me cogió de la mano y me llevó hasta allí. Eso sí, esta mañana cuando me he levantado, no había ni rastro. Menos mal que tuvo el detalle de pagar la habitación antes de irse, porque lo que me hubiera faltado es que el polvo me costara más que si hubiese sido con un gigoló —me dijo, algo apenada.

—Deduzco que no te ha dejado su número de teléfono ni te ha pedido el tuyo, por lo que noto en tu cara —reflexioné en alto.

—Ahora dudo hasta que se llamara, Mario, como me dijo, fíjate.

—Venga, vamos a comernos estos croissants tan deliciosos y nos vamos al centro comercial, que tengo ganas de marcha —le dije, y ella me miró algo asombrada.

Capítulo 14



Jorge

Esa mañana tenía que ir al centro comercial para seguir con mi trabajo de Papá Noel, pero me levanté algo destemplado. Seguro que había cogido frío durante el tiempo que estuve fuera de la discoteca hablando con Naima, por lo que llamé a la agencia y dije que no podría asistir hoy.

—Buenas, Santi, soy Jorge. Sé que es muy precipitado pedirte esto, pero es que he estado apurando hasta el último momento, para ver si me ponía un poco mejor, pero no ha sido así. Creo que tendrás que sustituirme en el día de hoy —le dije a mi jefe de la agencia.

—No te preocupes, Jorge. Te conozco lo suficiente como para saber que, si te encontraras bien, ya estarías allí sentado. No tengo a nadie, pero creo que por un día no pasará nada, así que yo mismo te sustituiré. Si ves que la cosa es para más días, te agradecería que me lo hicieras saber lo antes posible, para poder buscarte un sustituto, que tampoco me hace especial ilusión vestirme de Papá Noel a diario —me contestó, con un poco de guasa, tal y como él era.

—No creo que sea para más días. Anoche, al salir de trabajar, debí coger algo de frío, pero enseguida me tomo algo y me pongo a sudar como un loco, y mañana me tienes allí —le respondí.

—Espero que sudes de la manera más agradable que hay, porque esa compañera tuya de la discoteca estoy seguro de que no dudaría en ayudarte.

—Quita, quita, cuanto más lejos mejor. Ya te contaré la próxima vez que nos veamos. Y mil gracias de nuevo, Santi. Es un honor trabajar para ti.

—No me seas pelota, Jorge, que, conmigo, el puesto lo tienes asegurado —me respondió, antes de cortar la llamada.

Me di una ducha calentita, me cambié el pijama por un pantalón de algodón y una sudadera, y encendí la calefacción al mínimo, para poder taparme con una mantita en el sofá y estar a gusto. Estaba preparando mi desayuno cuando llamaron al telefonillo, por la manera de hacerlo, supe que era Mario, porque no había otro que se llamara así. Le abrí sin preguntar, y dejé la puerta entornada, mientras me servía un café.

—Cualquier día te roban todo lo que tienes, con esa manía de no preguntar antes de abrir la puerta —me dijo, en cuanto entró.

—Pues el que viniera a robar, saldría robado, te lo aseguro. Además, ni que viviera en un piso de quinientos metros cuadrados. Si estiro la mano y le puedo dar un cachetazo al que intente entrar a robar sin moverme del sitio — contesté, y soltó una carcajada.

—Es verdad, si le quitas dos metros al piso, lo puedes vender como trastero —me contestó, el muy cabronazo.

—No seas más cabrón. Sabes que es lo que puedo pagar y no, no me pienso ir a vivir con ninguno de vosotros, necesito soledad e independencia.

—Pues aquí, independencia poca. Si traes a una churri, procura no comer legumbres antes, porque como te tires un pedo, va a pensar que hay un terremoto —me dijo, y ahora el que reí fui yo.

—Bueno, ¿a qué has venido? Porque tú en el mundo, tan temprano y después de una noche de juerga, tiene que ser porque tengas algo importante que decirme —le pregunté.

—Como me conoces, ladrón —me dijo, riendo —Pues la verdad es que, anoche, me pasó algo desconcertante. Fui a la discoteca en la que trabajas, y conocí a una churri de esas que quitan el hipo. Estuvimos bailando, tonteando, y terminamos follando en el baño del pasillo sur.

—¿Qué tiene eso de raro y desconcertante en ti? Porque yo lo veo de lo más normal —le respondí.

—Lo raro es que me quedé con ganas de más, y me la llevé al hotel de enfrente, donde cogí una habitación. Pasamos toda la noche juntos, incluso dormimos abrazados, hasta que me desperté en esa postura, y me entró el canguelo. Me levanté en completo silencio y salí de allí a hurtadillas —me dijo, y algo se me pasó por la cabeza.

—No me vayas a decir que tuvo que pagar la habitación ella, porque me caigo muerto —le dije, asombrado.

—Hombre, como voy a dejarla que pagara la habitación, no soy tan cabrón como me piensas. Lo que me dio miedo es que me sentí bien a su lado, como si me completara, y salí huyendo de allí. No le dejé ni el número de teléfono —me contó, llevándose las manos a la cabeza.

—Si de algo estoy seguro es de que, si está para ti, ni, aunque te quites, y si no está, ni, aunque te pongas. Yo también tuve anoche una visita un tanto peculiar, como la manera en la que terminamos la noche, que tampoco fue nada convencional —empecé a contarle a Mario.

Le conté todo lo que me había pasado con Naima, desde que nos vimos en la discoteca, y lo que me había dicho después de acostarnos, mientras que él me escuchaba atentamente.

—Joder, Jorge, ahora sí que no sé qué decirte. Porque si, tal y como me cuentas, es una tía que tiene las cosas muy claras y está centrada, no pienso que ese comentario lo hiciera en serio. Quizás deberías hablar con ella antes de tomar decisiones precipitadas —me dijo.

—Tienes razón, voy a enviarle un mensaje ahora mismo y quedaré con ella mañana, porque hoy no tengo cuerpo para nada, estoy como destemplado —le conté, mientras iba en busca de mi teléfono.

Entré en el cuarto, cogí mi cazadora, que era donde normalmente lo guardaba, pero no lo encontré. El siguiente lugar que en el que fui a buscarlo fue en mis pantalones, pero tampoco. No lo encontraba por ninguna parte, y eso no me estaba gustando nada.

—He perdido el móvil —le dije a mi amigo, al llegar al salón.

—¿Cuándo lo viste por última vez y dónde? —me preguntó.

—Anoche, en el vestuario. Pero estoy seguro de que lo guardé en el bolsillo de la chaqueta —le dije, mirando por todos los sitios, de nuevo.

—¿Puede ser que alguno de tus compañeros te lo haya birlado?

—No creo, a no ser que lo haya hecho para joder, entonces me apuesto lo que sea a que ha sido cosa de Aitana. Espera, en la barra lo tenía, porque Naima me grabó su número de teléfono y yo le di un toque para que guardara el mío —recordé.

—Si quieres, esta noche me acerco a ver si lo tiene por allí. No seamos mal pensados, que lo mismo te lo dejaste encima y alguien se lo ha podido llevar sin que te dieras cuenta.

—Sea como sea, voy a llamar a la compañía para que suspenda la línea temporalmente, hasta que me llegue la tarjeta nueva. Pero para eso, necesito

tu teléfono, porque, hasta ahora, no puedo hacer como Mortadelo y llamar desde mi zapato —le dije, y mi amigo soltó una carcajada, tendiéndome su teléfono.

Capítulo 15



Naima

Entramos en el centro comercial, al ritmo de los villancicos que sonaban a través de los altavoces, y que yo fui cantando como si de un concierto se tratara.

—*Felicidad, lo puedes sentir, lo puedes notar. Este es el momento y el lugar. Estamos aquí para disfrutar, llorar y reír. Todo es posible en Navidad, que todo es posible en Navidad. Oh, que todo es posible en Navidad* —me puse a cantar por David Bisbal.

—Te ruego que no empieces, Naima. El cupo de ridículo para todas las fiestas ya lo tengo cubierto contigo —me dijo Alba, que no sabía dónde meterse.

—Pero… ¿qué dices, chavala? En estas fiestas, el cantar y el bailar tiene que ser algo obligatorio por decreto. Pídeme lo que quieras, pero no me digas que no haga esto —le respondí, con carita de pena, y ella me miró negando con la cabeza.

Estábamos buscando dos pijamas navideños para la cena de Nochebuena, luego nos pondríamos divinas de la muerte para salir. Ese día también estaría Carmen con nosotras, aunque no en la cena, ya que ella lo pasaba

con sus padres, no así el día de Navidad, que sí que comía abajo, con lo cual serían tres pijamas los que nos tendríamos que llevar.

Desde lejos, lo vi. Allí estaba el cabrito de Jorge, ese que me había enviado un mensaje esa mañana, mientras Alba se duchaba, y que todavía lo tenía en mi cabeza dando vueltas. No le había dicho nada a mi amiga, y me pareció el momento ideal para contárselo, antes de hacer lo que tenía pensado.

Jorge: *Naima, me parece que entre nosotros no va a pasar nada más de lo que ha pasado ya. Sigue tu vida y no me busques. Felices Fiestas.*

Ese era el mensaje que me había enviado el cabronazo que tenía a pocos metros de mí, y que mi amiga estaba leyendo en estos momentos.

—No vayas a hacer algo de lo que luego te arrepientas, Naima. Lo has encontrado, has pasado un buen rato con él, sigue tu vida, tal y como te dice en el mensaje —me aconsejó.

—Oh, no, de eso nada. Ahora mismo me pongo en la cola y le voy a decir cuatro cositas bien dichas —le dije a mi amiga, mientras la dejaba atrás, aprovechando que no había niños esperando en ese momento.

Decir que corrí era quedarme muy corta, porque casi volé, ante la atenta mirada de todos los que estaban en ese pasillo del centro comercial, y casi salté los escalones que llevaban hasta Papá Noel.

—Vaya, que sorpresa, una chica que todavía cree en mí —me dijo, con la voz algo cambiada, pero estaba segura de que era Jorge, porque tenía el mismo color de ojos y similar porte.

—No te vayas a pensar eso, porque cada vez estoy más decepcionada. Creía que Papá Noel era un tío que se vestía por los pies, y que no se escudaba en un mensaje para decir las cosas. Aunque, sabiendo que te pedí

un novio, que no has sido capaz de cumplir mis expectativas, tengo que decirte que sigo queriendo un novio, pero no el que te pedí. Quiero uno que sea capaz de valorarme, de no salir corriendo cuando una mujer le dice claramente lo que quiere y, por supuesto, que no sea un cobarde —le dije, levantándome de su regazo y dejándolo allí con toda la cara partida.

—Chica, no sé qué le habrás dicho, pero estaba entre sorprendido y divertido. Si le hubieras visto la cara, estoy completamente segura de que, en estos momentos, Papá Noel tendría, al menos, una muela menos, del guantazo que le habrías dado —me dijo Alba, riendo y cuando ya estábamos demasiado lejos como para que lo viera.

Seguimos dando una vuelta por el centro comercial y además de comprar los pijamas, también me hice con unas pulseras muy bonitas de una firma muy conocida, una para cada una de mis amigas, al igual que para Eva, que serían mi regalo de Navidad, y que dejaría debajo del árbol antes de salir de fiesta.

Me había costado darle esquinazo a mi amiga, pero aproveché que tenía una llamada del trabajo, para entrar y comprarlas. A ella le dije que iba a echar un vistazo, y las guardé en mi bolso, que era *oversize,* y en el que no lo encontrarían ninguna de las dos.

Al salir, vimos que empezaba a llover, y en vez de comer en la calle, como teníamos pensado, hicimos un pedido a domicilio, que nos entregaron dos minutos después de que entráramos por la puerta de casa.

Tuvimos suerte, porque si tardamos un poco más en las compras, nos hubiéramos puesto chorreando, porque no veas la que estaba cayendo en estos momentos. El chico nos dijo que él no repartía en moto, sino que su jefe le había comprado un coche de esos sin carné, pequeño, y que le daba mucha más seguridad, sobre todo en días como este.

Nos sentamos a la mesa a comer, puesto que, mientras yo sacaba todo de los envoltorios, ella ponía los cubiertos y los platos en la pequeña que

teníamos en el salón, donde nos encantaba comer sentadas en el suelo.

—¿Vemos una película? Porque está la tarde para quedarse en casa, en el sofá y con una mantita —me dijo Alba.

—Mejor, hacemos una maratón de series, elige una que nos guste a las dos, y nos ponemos a verla entera. Tengo la sensación de que estará así durante toda la noche, y no me apetece nada salir —le dije, entre otras cosas porque estaba segura de que me haría ir a la discoteca a ver si veía al chico con el que se había liado.

—Sí, a mí tampoco me apetece salir. Vamos a hacer una cosa, terminamos de comer, nos damos una ducha calentita, nos ponemos el pijama y nos hacemos un acopio de chuches y porquerías varias para no tener que levantarnos del sofá —me dijo, y me pareció una idea fantástica.

Estábamos terminando de comer, cuando llamaron a la puerta. No habíamos quedado con nadie, así que pensamos que sería algún vecino pidiendo algo que necesitara, por lo que me levanté para abrir.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? —le dije a Carlos, que era el que estaba justo detrás de la puerta.

—Vengo a hablar contigo. Estoy dispuesto a dejar a mi prometida si tú me das otra oportunidad —me dijo el tío, con toda la poca vergüenza del mundo.

—Desde luego, que, si me pinchan, no echo una gota de sangre. Te he dicho, por activa y por pasiva, que no soy millonaria, que no tengo donde caerme muerta…

—No es eso, anoche me di cuenta de que me ponía celoso cuando ese muerto de hambre se acercaba a ti. Si no llega a ser un camarero del local, le hubiera partido la cara cuando te besó —me dijo, y no me lo podía creer.

—Mira, Carlos, no te creo nada. Nuestro tiempo ya pasó, y ahora necesito que me dejes en paz. Sigue con tu maravillosa prometida, cásate con ella, y hazle muchos niños, que así la tendrás entretenida y no se enterará de que la estás convirtiendo en la prima de la madre de Bambi —le dije, y le cerré la puerta en las narices, no tenía ganas de seguir hablando tonterías, y mucho menos, con él.

Capítulo 16



Jorge

Me levanté muchísimo mejor, por lo que decidí pasarme por la agencia para hablar con Santi y ver que tal había ido el día en el centro comercial. Mi jefe y yo éramos muy parecidos, tanto en estatura como en complexión, además de que ambos teníamos el mismo color de ojos. Lo único que nos diferenciaba era el color de pelo, que yo lo tenía moreno y él era castaño claro. Quien nos viera desde fuera, podría pensar que éramos hermanos.

—¿Qué tal te fue ayer, Santi? ¿Mucho niño nervioso pidiendo juguetes? —le pregunté, en cuanto llegué a su oficina.

—Fue un día de lo más interesante, pero será mejor que nos tomemos un café mientras te lo cuento. ¿Tienes prisa? —me preguntó.

—Para nada, hoy tengo toda la mañana libre, hasta la hora en la que tengo que entrar en el centro comercial. Menos mal que, entre semana es a partir de las doce, y puedo dar mis clases antes de empezar —le dije, mientras salíamos del despacho.

Fuimos al bar de enfrente, donde nos sentamos en una mesa junto a una de esas estufas de exterior, en la que se estaba estupendamente. Nos pedimos dos desayunos completos, pues, según Santi, lo que me tenía que contar era algo que necesitaba de altas dosis de energía.

—Bueno, qué, ¿empiezas ya? —le dije, arqueando una ceja.

—Ayer me sucedió una cosa que no sé cómo calificarla… —me dijo.

Me estuvo contando toda su experiencia, hasta llegar a una mujer que se le sentó en el regazo y empezó a decir un montón de incoherencias sobre no sé qué deseo de un novio. Supe al instante de quién se trataba, que no era otra que Naima, como también me di cuenta de que lo había confundido conmigo, y así se lo hice saber, contándole yo mi experiencia con ella.

—¡No me jodas! —me dijo, y soltó una carcajada.

—La jodí, pero con ella. Y ahora, he perdido el móvil o me lo han quitado, porque, según lo que me has contado, le han tenido que enviar algo en mi nombre que no le ha sentado muy bien —le contesté, mientras que él se partía de la risa.

—Pues ve a buscarla.

—Si supiera donde encontrarla, no dudes que ya estaría allí para hablar con ella, pero lo único que tengo es su número de teléfono, y ahora ya, ni eso —respondí.

—Mira a ver si te lo has dejado en el local de copas. Lo mismo y tienes suerte y lo encuentras —me aconsejó.

—O lo mismo vuelve a ir por el centro comercial y puedo hablar con ella —le dije.

—Si te digo la verdad, y según lo que me había contado ella, no creo que te sea tan fácil. Se ve que es una mujer de armas tomar, de las que, cuando quiere algo, no para hasta conseguirlo, tanto para lo bueno como para lo malo.

Dejé a Santi de nuevo en la oficina, y me dispuse a ir al centro comercial, donde esperaba que pudiera verla de nuevo, si bien sabía que por la mañana era prácticamente imposible, porque estaba trabajando, por la tarde podía tener la oportunidad de que volviera. Antes, decidí pasar por el local, donde estarían las limpiadoras y les preguntaría por mi móvil, por si alguna lo había encontrado.

Yo trabajaba en el local, jueves, viernes y sábado, aunque abría durante toda la semana, esos eran los días más fuertes, en los que había más afluencia de público, por lo que era cuando estábamos la plantilla al completo.

—Buenos días, Marcia —le dije a la chica de la limpieza que estaba allí, en la puerta.

—Buenos días, Jorge. El jefe me ha dicho que subas a su despacho, estaba seguro de que hoy vendrías por aquí —me contestó.

—Entonces, subiré ahora mismo, gracias —le respondí, con una sonrisa.

Entré en el local y subí las escaleras que me llevaban hasta el despacho de mi jefe, donde estaría revisando las cuentas y las facturas, me apostaba el cuello a qué sería así.

—Buenos días, Pedro, me ha dicho Marcia que querías hablar conmigo —le dije, después de llamar a la puerta, aunque estuviera abierta, siempre me gustaba hacerlo.

—Hola Jorge, sí. Desde ayer tengo en mi poder algo que te pertenece. Lo encontró Mario en el almacén, junto a unas cajas de refrescos —me dijo, sacando mi móvil del cajón de su escritorio.

—Pues es raro que estuviera allí, porque yo solo estuve en el almacén antes de abrir, y te aseguro que después, en la barra, tuve el móvil entre mis manos —le dije, sospechando de la situación.

—Si es así, no sé qué decirte, la verdad. De todos modos, supongo que lo querrás tener tú, entre otras cosas porque tendrás ahí los números de tus alumnos y tus cosas. Toma.

—Sí, claro. Además de que venía precisamente a preguntar si alguien lo había encontrado. Ahora, te dejo, que tengo diez minutos para llegar hasta el centro comercial. Menos mal que traigo la moto —le dije, saliendo de su despacho.

—Nos vemos el jueves, que te sea leve el día —me contestó, con una sonrisa.

Las Navidades del año anterior, los padres de Mario y Sergio me regalaron un scooter, para que pudiera moverme por la ciudad con más celeridad, y la verdad es que había sido todo un acierto. Con ella podía llegar antes a los sitios, y sin tener que preocuparme de encontrar aparcamiento o no, o de si mi coche arrancaba, que esa era otra, porque tenía más años que un bosque.

En el vestuario, y como todavía tenía unos minutos para incorporarme a mi puesto, además de que por la mañana pocos niños podían venir, ya que se encontraban en el colegio, eché un vistazo a mi móvil.

De lo primero que me di cuenta fue de que el teléfono de Naima no estaba, había desaparecido, así como de que alguien le había enviado un mensaje a otra persona en mi nombre, pero ni sabía a quién había sido, porque el número no lo conocía, ni lo que contenía, ya que lo habían borrado.

Lo guardé en mi taquilla, junto al resto de mis cosas, y me fui a mostrar mi mejor sonrisa a esos pequeños que venían a visitarme con toda la ilusión

del mundo, esos que vertían en mí toda su confianza para que sus deseos se vieran cumplidos. No había sido la primera vez que unos padres vinieran a buscarme luego para que les contara lo que me había dicho el niño, porque decía que ya Papá Noel estaba enterado de lo que había pedido, y que no hacía falta que escribiera la carta.

Por eso, cuando el niño se marchaba, lo primero que le decía era que lo escribiera en una carta y se la dieran a sus padres para que me llegara a mí, pues eran muchos niños y no me podía acordar de todo, que uno ya tenía una edad.

Capítulo 17



Naima

Otro día más que empezaba de trabajo, y mi jefe dispuesto a seguir insistiendo. Al llegar a mi mesa me encontré con un enorme ramo de flores de varios tipos y colores, junto a una nota, así que me apresuré a leerla, pensando que sería de Jorge, pidiendo disculpas, que ilusa de mí.

"Unas cuantas flores para la flor más bella. Dame otra oportunidad y no te arrepentirás. Te espero en mi despacho, Carlos".

Cogí el ramo y puse rumbo a su despacho, pero antes me crucé con Eva, mi compañera, que ya se había vuelto una más de la pandilla, y que me miró sorprendida.

—¿Tenemos un admirador secreto? —me preguntó, sonriendo.

—Más bien tenemos un jefe porculero que no sabe lo que está haciendo. Voy a devolvérselas y a decirle cuatro cositas bien dichas —le contesté, siguiendo mi camino.

—¡Así se habla! —exclamó ella, desde el otro lado del pasillo.

Entré sin llamar, a pesar de que la secretaria intentó impedírmelo, pero se quedó en eso, en el intento, porque lo hice, y por la puerta grande, ya que, al

entrar, me di de bruces con el gran jefe, o sea, con su padre.

—Pero bueno, Naima, que alegría verte por aquí —me dijo, mirando a su hijo de una manera que no me gustó nada.

—No tardaré mucho, Don Carlos, venía a devolverle esto a su hijo, y a decirle que me dejara en paz —le respondí, dándole a su hijo con el ramo en el pecho.

—Naima, por favor. Me he equivocado contigo, ahora lo sé, y eso mismo estaba hablando con mi padre. Anoche rompí mi compromiso con Ana, me he dado cuenta de que estoy enamorado de ti —me dijo, el tío idiota, y la furia se apoderó de mí.

—¿Qué estás hablando, imbécil? Tú no estás enamorado ni de mí, ni de nadie, lo único que buscas es ampliar tu cuenta bancaria, y ya no sé la manera en la que decirte que no tengo un céntimo. ¡Maldita la hora en la que se me ocurrió gastarte esa broma! —exclamé, exasperada.

—No te quiero por tu dinero, así que no tienes que seguir fingiendo, te lo prometo. Casémonos en régimen de separación de bienes —me dijo, y solté una carcajada que se escuchó en toda la empresa.

—Que me case con él, dice el gilipollas…

—Naima, me parece que te estás pasando con mi hijo, y no debes olvidar que, a pesar de que está enamorado de ti, sigue siendo tu jefe —me dijo el padre. Otro que mejor bailaba.

—Por poco tiempo. Desde ahora mismo, presento mi dimisión, no te aguanto más, y si quieres que no haya otra cosa más rota que tu compromiso, me vas a firmar ahora mismo toda la documentación para que pueda salir de aquí lo más pronto posible —le dije, completamente desesperada.

—No pienso hacerlo, y si te vas, te denunciaré por incumplimiento de contrato y te sacaré hasta la cera de los oídos —me dijo, muy serio, mientras yo lo miraba sonriente.

—Hazlo, y seré yo la que te denuncie por acoso sexual en el trabajo. Tengo guardado todos los mensajes en los que me citabas en los moteles, la nota del ramo de flores, y alguna que otra cosa más — contesté, sabiéndome vencedora.

—¿Es eso cierto, Carlos? —le preguntó su padre.

—Papá, yo…

—Desde luego, no se puede ser más gilipollas que tú, en eso tengo que darle la razón a la chica. Creo haberte dicho desde siempre que, si no es tu pareja oficial, cuando vayas a quedar con una mujer, sea todo de palabra y nunca dejar pruebas de esa infidelidad. Como llegue a oídos de Ana, date por muerto, porque no va a querer seguir adelante con la boda —le dijo, sin darse cuenta de que yo todavía no me había marchado.

—¿No se suponía que la boda y el compromiso se habían roto? —les pregunté, y vi como la cara de Carlos mudaba de color.

—Que mi hijo sea imbécil y no tenga cabeza, no significa que su padre también lo sea. Mientras que no tenía nada sellado contigo, no podíamos soltar la otra baza, esta empresa se va a pique, y tenemos que salvarla como sea —me dijo su padre, orgulloso de lo que estaba diciendo.

—No me lo puedo creer… Después de escuchar lo que he escuchado, me queda clarísimo lo que pienso hacer. Quiero toda mi documentación preparada antes de que vuelva de recoger mis cosas.

—No puedes hacernos esto, te necesitamos. Si bien está claro que no podré contar con tu dinero, al menos necesito contar con tus ideas. Eres la mejor publicista, los clientes acuden porque saben que, contigo, sus campañas están aseguradas —me suplicaba Carlos, mientras su padre lo miraba ceñudo.

—Y seguirán contando con ellas, pero en mi propia empresa. Además, que sepas que voy a intentar llevarme a Eva conmigo, y no dudo que acepte mi propuesta…

—¿Crees que los clientes se marcharán de una empresa como la nuestra para irse con una completa desconocida? —me interrumpió su padre.

—Él mismo lo ha dicho, no vienen buscando la empresa, me buscan a mí, y yo me encargaré de avisarlos de que ya no estoy trabajando para vosotros.

—Si haces eso, te denunciaré por competencia desleal. Tienes firmado un contrato en el que se te prohíbe que saques nada de la empresa, mucho menos en beneficio propio —me dijo don Carlos, como si fuera el poseedor de la verdad absoluta.

—¿Quién ha dicho que voy a sacar nada? Es más, le invito a que me acompañe a mi despacho y supervise usted mismo lo que sale de él, así podremos dejar a un lado las especulaciones —le dije, y no dudó en hacerlo.

No me hacía falta llevarme nada porque me sabía de memoria los nombres de todas las personas encargadas de la publicidad de las distintas empresas, así como de los CEO de estas, e iría a visitarlos uno por uno. Estaba segura de que, en cuanto supieran que me iba a establecer por mi cuenta, no dudarían en seguirme.

¿De dónde iba a sacar el dinero? No tenía ni idea, pero ya se me ocurriría algo. Como ya he dicho anteriormente, soy una persona de lo más

impulsiva, y cuando se me metía algo entre ceja y ceja, iba a por todas hasta conseguirlo, y este era mi próximo objetivo.

Busqué una caja por toda la oficina, hasta que encontré una que me podía valer, donde metí todas mis cosas, y por eso entendemos, mi planta, mis marcos de fotos en las que estaba con las chicas, y todo el material de oficina que había comprado y llevado yo.

No toqué una agenda, ni el portátil que me dieron ellos, ni siquiera la Tablet, que era de esas que te regalan las marcas para promocionar, y que podría habérmela llevado si hubiera querido.

—Listo, ahora pasemos por contabilidad para que me den mi finiquito y mi documentación, porque no será renuncia, sino despido acordado —le dije, y vi la rabia en sus ojos, los tenía cogidos por los huevos.

Capítulo 18



Naima

En cuanto que tuve todo en mi poder, y como yo había querido, me marché a la oficina del paro más cercana, donde entregué todo y me dieron varias opciones para cobrar. También me informaron de las diferentes opciones que tenía para el tema de la financiación de la empresa que quería montar, y los lugares donde debía ir para solicitarla.

—Muchísimas gracias por todo, señorita —le dije a la chica tan simpática que me había atendido.

—Para nada, estoy aquí para informarte en todo lo que me sea posible. Y, recuerda, cobrarás la prestación de manera mensual hasta que vengas a decirnos que lo tienes todo, y entonces te lo haremos llegar en una cuota única, que te servirá para poner en marcha tu proyecto, si finalmente te decides —me informó.

Salí de allí con una sonrisa. Había quedado con Eva y Alba en el centro comercial a la hora de comer, y así les contaría a las dos mi proyecto, así como le haría a mi compañera la oferta de trabajo que tenía pensada.

Justo cuando salía, en una inmobiliaria, vi un pequeño local que me vendría muy bien para lo que tenía pensado, y entré a preguntarle al chico que atendía dentro.

—Buenos días, estaba interesada en conocer las condiciones del local que estáis ofertando. Ese de ahí, el que está en el centro —le dije.

—Buenos días, mi nombre es Nando. Ese local de ahí está específicamente indicado para una tienda o algo parecido. ¿Qué es lo que viene buscando realmente? Para mí, sería de gran ayuda saber a qué se dedicará su negocio para ofrecerle algo que sea de su interés — dijo el chico.

Le conté lo que tenía pensado, y no dudó en enseñarme las fotos de un espacio de oficinas en el que coexistían varías empresas. Tuve que reconocer que me parecieron ideales, y el chico se ofreció a acompañarme para verlas. El precio estaba muy bien y si estaba en tan buen estado como había visto, no dudaría en dejar firmado el contrato de alquiler en ese mismo momento, antes de que se me adelantara nadie.

Quedamos allí en veinte minutos, ya que Nando tenía que avisar a su compañero para que se hiciera cargo de la oficina mientras él estaba fuera. Cuando llegué, la zona me gustó muchísimo, ya que, aún sin estar en el centro, tenía buenas comunicaciones de transporte, puesto que la parada de bus y de metro estaban a escasos minutos desde donde se encontraba el edificio, y eso fue un punto a su favor.

Por dentro estaba completamente independiente de las demás. Se trataba de una oficina con tres despachos, una recepción y un baño al público, porque en los despachos también había un pequeño aseo. Se encontraba completamente amueblada, y tan solo sería el desembolso del material electrónico, y para eso también me había dicho la chica de la oficina del paro que había subvenciones.

—Me lo quedo. ¿Qué tendría que darte para firmar el contrato? —le dije a Nando, que me miraba satisfecho.

—En cuanto que te vi entrar, supe que esto era lo que estabas buscando. Me haría falta el DNI… —me dijo toda la documentación que, casualmente, llevaba encima.

Volvimos a su oficina, donde dejé la señal y firmamos el contrato de alquiler. Salí de allí con la satisfacción de las cosas bien hechas. Ahora, tan solo me quedaba contactar con las diferentes empresas que contaban conmigo para el diseño de su publicidad. No eran productos que necesitaran anuncios ni nada por el estilo, lo nuestro, era algo más etéreo. Me explico, yo me encargaba del diseño de la publicidad, del slogan y cosas así, que se les entregaba a ellos, y lo realizaban en su propia agencia de *marketing*, por lo que no necesitaba buscar modelos ni nada por el estilo.

Cuando me quise dar cuenta, era casi la hora de la comida, así que tomé un taxi y me fui directamente hasta el centro comercial, a la zona de restauración, que era donde había quedado con mis amigas.

Mis ojos no pudieron evitar irse hasta donde tendría que estar Papá Noel esperando a los niños, pero su sillón estaba vacío. Podría darse dos opciones, la primera, que no hubiera venido a trabajar hoy, y que era la menos probable, y la segunda, que estuviera en su descanso para comer. Entonces, le pedía al cielo que no tuviera que encontrármelo.

A pesar de estar liada con todo el tema de mi nuevo trabajo, ese que había empezado a montar casi sin pensar, no se me quitaban esos ojos de la cabeza. Pero lo iba a conseguir, iba a terminar pidiéndome perdón de rodillas, si hacía falta, pero yo no lo iba a buscar más. ¿No era eso lo que me había pedido? Pues indiferencia era lo que iba a tener por mi parte.

Sumida estaba en esos pensamientos, cuando escuché a mis amigas llegar, porque no es que fueran precisamente silenciosas las dos.

—No veas la que se ha liado en la empresa cuando te has marchado —me dijo Eva, frotándose las manos.

—¿Cómo qué te has marchado? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Con quién? —Alba en su línea, preguntaba casi sin respirar.

—Esta mañana, sola, a la oficina del paro —le respondí, riendo.

—¿Qué me estás contando? —me preguntaba, completamente incrédula.

Les conté a las dos lo que había pasado, como lo había gestionado todo y los pasos que me quedaban por seguir, mientras me escuchaban atentamente, casi sin pestañear.

—Pues yo me voy contigo, aunque al principio no me puedas pagar lo mismo que estoy cobrando. Tengo ahorros que me permitirán subsistir hasta entonces. Además, como no tengo hipoteca ni gastos de alquiler, porque el piso es una herencia de mi abuela… —me dijo Eva sin pensarlo.

—Y yo también, me encargaré del tema administrativo, de los contratos y demás, así como de la recepción y de la organización de la empresa… Es más, tengo una idea. ¡Hagámonos socias! —exclamó, y me pareció una idea fantástica.

—¿Me lo dices en serio? —pregunté, y ella asintió con la cabeza —Pues entonces, tienes que venir conmigo, bueno, tenéis que venir conmigo, porque ya he firmado el contrato de las oficinas…

Les conté todo, y decidimos que, después de comer, y como ya tenía las llaves en mi poder, iríamos las tres juntas para verlo, y empezar a montar aquello. Con ella como socia, sería más fácil echar a andar antes, y me encontré de lo más emocionada.

—Eva, si es cierto que te vienes con nosotras, en cuanto puedas, lo dices en la empresa. Ya sabes que lo tienes que avisar con quince días de antelación, para que no tengamos problemas con ellos —le dije a mi amiga.

—No lo dudes, mañana mismo presento mi carta de dimisión y, si la cosa va bien, a primeros de año estaremos funcionando en la nueva empresa —me dijo ella, sonriente.

—Espera, mujer, que tenemos que montar todo y hay muchas fiestas de por medio —le dijo Alba, sin quitarse la sonrisa de la cara.

—Conociendo a Naima como la conozco, el día dos de enero, estamos todas allí a pleno rendimiento —le contestó ella, y todas soltamos una carcajada.

Capítulo 19



Jorge

La mañana había transcurrido un tanto lenta y tediosa, ya que fueron pocos los niños que pasaron por el stand donde me habían situado, aun así, no me podía mover de allí hasta que no llegara mi hora para comer.

Normalmente me llevaba la comida desde casa, y lo hacía con el resto de los empleados, pero ese día había quedado con Sergio y con Santi para hacerlo en uno de los restaurantes del centro comercial, porque también tenía derecho a darme un caprichito de vez en cuando.

—Menos mal, chico, pensábamos que tendríamos que sentarnos en tu regazo para que nos hicieras un poquito de caso — dijo Santi, con su guasa de siempre.

—He ido a cambiarme, ¿no pretenderías que los niños me vieran sin barba y se acabara la magia? —le pregunté, terminando de ponerme el jersey encima de la camiseta.

—¿Yo? Por favor… sería arruinarme a mí mismo —me contestó.

Estábamos llegando a la zona de restauración, cuando la vi, junto a sus dos amigas, y no dudé en decírselo a los chicos.

—Chicos, mirad allí —les dije, y ambos miraron sin saber lo que tenían que buscar.

—¿Qué es lo que tenemos que ver, concretamente? — preguntó Santi.

—A Naima con sus amigas. Son ellas, las que están sentadas en la mesa junto a la ventana —les dije, señalándoles la mesa.

—Joder, no sé cuál está más buena de las tres, aunque yo me decanto por la rubia, menudo cuerpazo —dijo Santi, mientras Sergio y yo lo miramos asombrados.

—Esa creo que se llama Eva, la otra estoy seguro de que es Alba —le respondí.

—¿A qué estamos esperando para acercarnos? Venga, machote, échale valor y plántale cara a la muchacha —me dijo, metiendo el dedo en la llaga.

—Nunca he sido un cobarde, y no voy a empezar ahora —respondí, encaminando mis pasos hacia donde estaban ellas.

Alba les dijo algo, y las tres miraron en mi dirección. Sus reacciones fueron muy diversas, desde la incredulidad de la mejor amiga de Naima, hasta la boca abierta de su compañera.

—Buenas tardes, chicas. Naima, ¿podemos hablar un momento? —le pregunté, esperando que me contestara afirmativamente.

—Claro que sí, cuando las ranas aprendan a bailar flamenco. ¿Sabes? Si tienes algo que decirme, mejor me envías un mensaje de WhatsApp —me contestó, y supe que el mensaje se lo habían enviado a ella.

—Ese mensaje no lo envié yo, perdí o me quitaron el teléfono después de que anotaras tu número, que por cierto han borrado de la agenda —intenté

explicarme.

—Mira que he escuchado excusas irreverentes en mi vida, pero esta se lleva la palma, chico. Ten los huevos de decirme la verdad, que no estás preparado para una mujer como yo, con las cosas tan claras —me dijo, y me quedé alucinando, pero eso no fue nada con lo que dijo su amiga cuando abrió la boca.

—¿Y tú? ¿No tienes nada que decirme? —le dijo Alba a Sergio.

—¿Yo? ¿Qué tendría que decirte? ¿Nos conocemos de algo? —le preguntó mi amigo, sin saber a lo que se refería.

—Hay que tener poca vergüenza para decir eso después de acostarte conmigo el otro día. Pero vamos, que después de la forma en la que te largaste de la habitación del hotel, no sé de qué me extraño —le respondió ella, ante la cara de sorpresa e incredulidad de Sergio, y entonces lo entendí todo.

—No te acostaste con él, Alba, sino con su hermano gemelo. Son dos gotas de agua, es fácil confundirse —le dije, echándole un capote a mi amigo, que no sirvió de nada, por cierto.

—Vámonos, Naima, que está visto que Dios los cría y ellos se juntan, como dice el refrán —le dijo, intentando salir del restaurante, pero Santi se lo impidió.

—Calmémonos que todo se puede demostrar —le dijo Santi, haciendo un gesto con la mano para que tomaran asiento de nuevo.

—Claro, por eso, cuando ayer me acerqué a él y le dije todo lo que le dije, no fue capaz de responderme ni esta boca es mía —le contestó Naima, visiblemente enfadada.

—No te pude contestar nada porque yo ayer no vine a trabajar, estaba enfermo, y por eso tampoco pude ir a recoger el móvil, que apareció en el suelo del almacén, misteriosamente —le dije.

—Y en el regazo del que te sentaste ayer fue el mío, que lo sustituí porque no tenía más efectivos disponibles. Por cierto, yo soy Santi, y él es Sergio, el gemelo de Mario, mira —le dijo a Alba, mostrándole una foto en la que salíamos todos en su último cumpleaños.

—Sea lo que sea, no me creo nada. Y ahora, si nos disculpáis, tenemos cosas que hacer —dijo Naima, cogiendo su abrigo y su bolso.

Salieron ante la expectación de todos nosotros, pero no la dejé ir muy lejos, pues la detuve tomándola del brazo.

—¿Te piensas marchar así, sin darme siquiera tu número de teléfono de nuevo? ¿Dónde está esa seguridad de la que tanto presumes? Pensaba que eras de las mujeres que luchaban por lo que querían —le dije, intentando provocarla.

—Tú me dejaste bien clarito en ese mensaje que no te buscara más, que siguiera con mi vida, y eso estoy haciendo. Si algo me caracteriza también, es que, si alguien no me quiere en su vida, no insisto, no soy de las que van detrás de nadie como un perrito faldero —me respondió, dejándome sin palabras.

—Yo no he escrito ese mensaje, y te lo repetiré todas las veces que sean necesarias hasta que se te quede grabado.

—El mensaje venía de tu número de teléfono y, por consiguiente, es tuyo. Si me quieres demostrar lo contrario, pues ya sabes lo que tienes que hacer —me dijo.

—No puedo insistir si no me das las herramientas necesarias.

—Pues entonces, tendremos que confiar en la magia de la Navidad, como tú me dijiste, y si no se produce el encuentro de nuevo, nos veremos aquí el día veinticuatro —me contestó, con toda la cara del mundo, saliendo del restaurante.

—Te lo dije, amigo, que no sería fácil convencer a esta mujer. Ahora, que no veas como está la amiga, de ella no te digo nada que eres capaz de partirme la cara —me dijo Santi.

—La suerte que ha tenido mi hermano, y el muy gilipollas, se larga sin decir ni adiós. Desde luego, la vida le da pan a quien no tiene dientes — contestó Sergio.

—No te creas, que si se marchó así no fue porque quería escapar, sino más bien todo lo contrario. Con ella no se conformó con un polvo nada más, quiso más y hasta durmieron juntos. Me lo contó ayer cuando vino a verme —les dije, pero en especial a Santi, que era el que estaba rajando del hermano.

—Vamos, que lo tiene cogido por los huevos… Y tú, ¿qué vas a hacer con Naima? — preguntó Sergio, sin parar de reír.

—No tengo ni la más remota idea, lo único que tengo claro es que no pienso dejarla escapar, eso te lo aseguro —contesté, maquinando un plan de reconquista.

Capítulo 20



Naima

—Lo que me faltaba por oír, que había perdido el teléfono o se lo habían quitado, cuando bien que lo llevaba en el bolsillo —le dije a mis amigas.

—Sí, pues anda que yo, la excusita del hermano gemelo, como si eso no estuviera visto ni nada —me replicó Alba.

—Pues a mí no me importaría conocer al otro, digamos que más… a fondo, por decirlo de una manera suave —dijo Eva, riendo.

—Venga ya, Eva. ¿No había otro en el que fijarse? —le habló Alba, a la vez que resoplaba.

—Sé ve a leguas que son los tres iguales, cortados por el mismo patrón. Tres picaflores que van alternando las camas en las que llevan a las mujeres —les dije a las dos.

—Completamente de acuerdo contigo, amiga. De los que tienen una lista y dicen: "por orden, nenas, que tengo para todas" —habló Alba, imitando la voz masculina y provocándonos una carcajada a las demás.

Nos pusimos rumbo a la oficina, esa que, tanto mi socia como nuestra empleada, quería que vieran. Por supuesto esto lo he dicho en tono de

broma, que para mí éramos las tres iguales, tres locas que estaban decididas a emprender una aventura empresarial que no sabíamos por donde nos iba a salir.

—Tenemos que llamar a las empresas que trabajan contigo, Naima, antes de que el cabrón de Carlos se te adelante —me dijo Eva.

—Lo sé, pero el problema es que tendré que buscar sus números de teléfono personales, porque he llamado a varias empresas y me dicen que no me pueden pasar con los responsables, que lo intente la semana que viene, y no puedo esperar tanto —le contesté.

—Estaban en tu agenda, ¿verdad? —me preguntó, y no supe por qué.

—Sí, claro, pero ya sabes que, por contrato, no puedo sacar nada de allí. Si hasta me han anulado las claves para que no pueda acceder desde mi casa, que no lo iba a hacer, por supuesto —respondí, orgullosa.

—Tú no, pero yo no he firmado nada de ese tipo. Dame un minuto que compruebe una cosa —me dijo, y se sentó en una de las mesas con su móvil en la mano.

Pasaron como unos quince minutos en los que, mientras que ella comprobaba no sé qué cosa, Alba y yo preparamos un listado con las cosas que debíamos comprar. No se me había pasado por alto lo que me dijo la chica de la oficina del paro y, tan pronto como firmé el contrato de alquiler, le envié un correo electrónico para cambiar el modo de pago de la prestación, solicitando que me lo hicieran en un solo pago.

—Listo, ve tomando nota de todo lo que te voy a decir… —dijo Eva, y corrí a pedirle un cuaderno y un bolígrafo a una chica de otra de las oficinas.

Por lo visto, ella, debido a su puesto, tenía acceso a todas las agendas de los responsables de cada departamento, por lo que no le costó nada conseguir los números de teléfono. Lo mejor de todo, que no sabrían quién lo había hecho, pues las claves eran todas las mismas para todo el departamento en el que trabajaba Eva. Eso si se daban cuenta, que lo mismo ni lo notaban, porque las visitas tampoco se quedaban registradas.

—A partir de mañana me vendré aquí, e iré llamando uno por uno a todos, y concertaré una cita con ellos para explicarles todo lo de mi marcha y el descuento que le podemos ofrecer —le dije a Alba.

—Entonces, deberíamos volver al centro comercial y hacernos, al menos, con tres portátiles y una línea de teléfono fija en donde nos puedan contactar —dijo mi amiga.

—Yo me encargo de la promoción en redes, pero antes debo tener el logo y el nombre de la empresa, así como todos los datos de contacto y fecha de apertura, o nos comeremos un mojón —nos dijo Eva, con toda la razón del mundo.

Y otra vez de vuelta al centro comercial, con las poquitas ganas que tenía de ir de nuevo, ya que estábamos dando más vueltas que el caballo del tiovivo de la feria. Encima, la tienda de informática y electrónica estaba justo enfrente de donde estaba Jorge vestido de Papá Noel, lo que no me hacía ni puta gracia.

—He pensado que deberíamos tener un traductor, porque varias de las empresas que tú atendías no son españolas —dijo Eva, y en eso no había caído.

—Vamos a empezar por las españolas, y según nos vaya, tocaremos las otras. Yo me defiendo con el idioma, pero si vemos que necesitamos ayuda, pues pondremos un anuncio —le dije, mientras nos bajábamos del taxi.

Al llegar a la planta indicada, la cola de niños era especialmente larga. Normal, pues la Nochebuena estaba ya a la vuelta de la esquina. Con suerte, podríamos entrar sin que nos viera, pero como últimamente la tenía vuelta de espaldas, nos dimos con los amigos de frente antes de entrar.

—Hombre, pero si están aquí las pequeñas desertoras —dijo el que se llamaba Santi.

—¿Desertoras, nosotras? Que poco nos conoces, chaval —le dijo Eva, con mucha chulería, cuando escuchamos una voz que llamaba a Alba por detrás.

—¿Alba? ¿De qué conocéis a mi hermano y a mi amigo? —le dijo, y juro que si no me caí de culo fue porque me dio tiempo de agarrarme a Eva.

—Joder, si son igualitos —dijo mi amiga en un susurro que resultó no ser tal, y lo escucharon todos.

—Te lo dije, Alba. No te acostaste conmigo, sino con mi hermano. ¿Ya lo has entendido o piensas que es un avatar? —le dijo Sergio, algo enfadado por haber dudado de su palabra.

—Eso lo tiene claro, hermanito, lo que no me habéis contestado es de qué coño os conocéis —le dijo el otro, que se llamaba Mario.

—Ella es Naima —le dijo Santi, y vi como a Mario se le abrían los ojos de par en par.

—¡No me jodas! —exclamó, y soltó una carcajada.

—Si nos perdonáis, tenemos que entrar a comprar unos portátiles, y nos estáis entreteniendo —les dije, tomando a mis amigas cada una de un brazo.

—Espera, espera. Decís que no sois desertoras… pues bien, os invitamos a cenar, en mi casa, para que estemos cómodos y podamos hablar con tranquilidad. Sin mayor pretensión que dejar las cosas claras. ¿Aceptáis o tengo que seguir pensando lo mismo? —dijo Santi, y no me dio tiempo a negarme, cuando mi amiga ya había contestado.

—Por supuesto que aceptamos. Toma, este es mi teléfono, pásame la hora y la ubicación y allí estaremos —le dijo Eva, que estaba deseando conocer a Santi más en la intimidad, por decirlo de una manera fina.

—No, venga, os esperamos a que hagáis las compras que necesitáis, y nos vamos todos juntos. A Jorge le quedan veinte minutos para terminar su jornada…

—Claro, con todos los niños que hay, y va a estar listo en ese tiempo. Si lo consigue, yo hago un *Tik Tok* bailando la Macarena —le dije, pensando que no lo conseguiría.

—Pues espero que te sepas los pasos de baile, porque yo seré el encargado de grabarlo —me dijo Santi, dirigiendo sus pasos hasta donde estaba Jorge.

Capítulo 21



Jorge

Ese era uno de los días en los que más ganas tenía de quitarme el disfraz e irme a casa y, precisamente, era en el que más niños habían venido por la tarde, porque la mañana había sido demasiado tranquila.

Terminé con un niño, dándole un caramelo, cuando me fijé que Santi venía corriendo hacia mi stand.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué vienes con tanta prisa? —le pregunté a mi jefe.

—En veinte minutos tienes que tener despachados a todos los niños, te va tu futuro en ello —me dijo, hablando apresuradamente.

—¿Estás loco? No te preocupes que no te pienso pedir las horas extras que vaya a trabajar de más —le dije, sabiendo que no iban por ahí los tiros.

—No van por ahí los tiros, pedazo de capullo. Solo te voy a decir, Naima, cena y mi casa —me dijo, y fue suficiente.

Si os digo que despaché a los niños en menos de quince minutos, es quedarme corto, porque creo que, salvo que me dieran la carta, y darles el

caramelo, poco hablé con ellos. Justo en mi hora de salida, ya estaba abandonando el stand y sin ningún niño en la cola esperando.

Volé hasta el vestuario, me di una ducha rápida y me puse mi ropa a la velocidad del rayo. Cuando Santi me avisó que estaban con las chicas, ya me encontraba subiendo las escaleras mecánicas para llegar hasta donde estaban ellos.

—Hemos pensado llevarnos la cena de aquí, así no perderemos tiempo en cocinar nada —me dijo Santi, en cuanto me vio llegar.

—Por mí, bien. ¿Habéis decidido ya? —pregunté.

—No, tenemos dos opciones, comida italiana o sushi, y estamos empatados —me dijo Mario.

—A mí, personalmente, me apetece más la comida italiana, pero me adapto a lo que decidáis —respondí, y vi como Naima sonreía.

—Pues nada, decidido, la decisión de Jorge ha terminado con el empate —dijo ella, sin mirarme directamente.

Al final, decidimos que la pediríamos cuando llegáramos a casa de Santi, que estaba en pleno centro de la ciudad. Lo cierto es que le iba muy bien en los negocios, porque no solo tenía la agencia de trabajo temporal, sino que también tenía una inmobiliaria. Había escalado desde cero, pues se vio completamente arruinado por culpa de un socio que invirtió a sus espaldas y lo perdió todo.

Se había reinventado, pues ni tenía estudios ni nada parecido, lo dejó cuando terminó el Bachillerato, pero lo que sí tenía era un don de gentes que se llevaba a todo el mundo de calle tan solo con abrir la boca.

—Yo traigo la moto, una persona se puede venir conmigo, y así el resto puede irse contigo en el coche —le dije a Santi, porque tanto Sergio, como Mario, habían venido en transporte público.

—No os preocupéis, que nosotras tres cogemos un taxi —dijo Naima, pero se vio rebatida por sus amigas.

—Lo siento, chica, pero yo no me pienso mover del lado de los muchachos, que luego no sabré llegar y me perderé la cena, con el hambre que tengo —dijo Eva.

—Además, vamos cargadas con los portátiles y con todo lo demás —dijo Alba, que tenía claro que lo que quería era irse con Mario e indagar como estaba la cosa.

—Está bien, yo me voy con Jorge y tú puedes ocupar mi lugar en el coche —dijo Sergio, y casi lo mata su hermano con la mirada.

—Gracias, Sergio. Las motos me gustan tanto como me asustan —respondió ella, dejando claro que daba igual quien la llevara que no se montaría, y eso, en cierto modo, me tranquilizó.

Cada uno cogió para un sitio, porque yo tenía mi moto aparcada fuera, mientras Santi lo había dejado en el aparcamiento del centro comercial, quedando en vernos en su casa. Sabía que las chicas alucinarían con el ático, porque no solo era la zona en la que estaba situado, sino la distribución que tenía.

La terraza hacía las delicias de todo el que lo visitaba, porque en ella podrías encontrar un pequeño oasis dentro de la ciudad, con una zona de barbacoa y unas hamacas, así como un jacuzzi en el que relajarse.

Nosotros llegamos los primeros, y esperamos a que entrara el resto, que venían de dejar el coche en el aparcamiento del edificio. Esperé el último,

hasta que Naima llegó a mi altura, y la tomé del brazo para hablar con ella.

—Subid vosotros, que Naima y yo esperaremos al siguiente ascensor —le dije a Santi, que me miró sonriente.

—Eso os iba a decir, que todos no cabemos. Os esperamos arriba —nos dijo, y cerró la puerta antes de que Naima pudiera decir nada.

—Esto —dijo señalándonos a nosotros dos —es una encerrona en toda regla. Pero no te vayas a pensar que con un lo siento tendrás todo arreglado, porque no te lo…

No la dejé terminar, la cogí por la cintura y, de una sola vez, la pegué a mí y la besé como estaba deseando desde que la tuve delante este mediodía en el restaurante del centro comercial.

Pensé que me iba a rechazar, pero no lo hizo, y me correspondió al beso con la misma pasión con la que lo hacía yo. Entramos en el ascensor sin separarnos, y la pegué a la pared de fondo, pero sin separarla de mi cuerpo.

—¿Piensas que actuaría así si quisiera que te mantuvieras alejada de mí? —le pregunté.

—No lo sé. Después de que me dijeras esas palabras aquella noche, no sé si estamos en el mismo punto o si queremos cosas diferentes —me respondió, aún aturdida por el beso que nos habíamos dado.

—Dejemos que la cosa fluya, Naima. No hace falta etiquetar todas las relaciones. Vamos a conocernos y el tiempo dirá hacia donde nos lleva todo esto —le respondí.

Me miró y no dijo absolutamente nada más, sino que salió del ascensor como si entre nosotros no hubiera pasado nada, y eso me dolió tremendamente, pues no sabía a qué atenerme con ella. Tan solo esperaba

que, a lo largo de la noche, pudiéramos hablarlo con tranquilidad y llegar a un punto en común.

Tenía que comentarle mis sospechas sobre el móvil, y que pensaba que la que lo había cogido había sido Aitana. Con ella también tendría unas palabritas el jueves en cuanto entráramos a trabajar en el local de copas. Al parecer, no sabía llevar bien una negativa, pero lo tendría que entender porque, estuviera o no con Naima, no iba a volver a pasar nada entre nosotros. No me gustaba la gente que jugaba sucio, y ella lo había hecho, tanto conmigo, como con nuestro compañero, y no permitiría que le hiciera daño por salirse con la suya.

—Un euro por tus pensamientos —me dijo Sergio, sentándose a mi lado.

—Estaba pensando en Aitana y en que tengo que hablar con ella. Creo que fue ella la que se quedó con mi teléfono y envió ese mensaje —le contesté, ante la atenta mirada de mi amigo.

Capítulo 22



Naima

El ático de Santi era espectacular, pero lo que más impresionante me resultó fue la terraza. Si se veía así de acogedora en invierno, no me quería ni imaginar en primavera, porque en verano hacía demasiado calor para disfrutarla, a no ser que fuera por la noche, con una copa de vino bien fría y dentro del jacuzzi.

Intenté evitar a Jorge todo lo que pude. El numerito del ascensor me dejó bastante claro que no me podría resistir a él ni, aunque pusiera toda mi fuerza de voluntad en ello. Pero de nada me sirvió, pues se levantó de donde estaba para sentarse a mi lado, y ya no tuve escapatoria.

—Por mucho que huyas de mí, tenemos una conversación pendiente —me dijo, bastante serio, por cierto.

—Pues yo pienso que todo lo que teníamos que hablar, ya está hablado —respondí, un poco a la defensiva.

—Naima, vamos a comportarnos como los adultos que somos, por favor. Si no quieres que sea hoy, o no te apetece que lo hagamos aquí, delante de todo el mundo, marchémonos a otro lugar más tranquilo —me dijo, y solté una carcajada.

—Hombre, si nos ponemos a hacerlo delante de todos estos, no creo que se mantengan con las manos quietas, y lo siento por el pobre Sergio, aunque lo mismo Alba, como los dos son iguales, no pone reparos en marcarse un trío —le solté, riendo a carcajadas.

—Muy graciosa, la muchacha. Sabes a lo que me estaba refiriendo, y no es a eso, precisamente —me dijo, riendo al igual que yo.

Al final, accedí, pero no ahí, ni en ese momento. Quedamos al día siguiente por la mañana para desayunar en el centro comercial, antes de que le tocara convertirse de nuevo en Papá Noel.

Esa noche me acompañó a casa, porque tanto Eva, como Alba, se quedaron en casa de Santi, y Sergio se marchó antes, decía que al día siguiente le tocaba guardia de doce horas en la farmacia y quería estar descansado para poder rendir, o se terminaría quedando dormido encima del mostrador.

Me apetecía muchísimo decirle que subiera, pero sabía cómo íbamos a terminar, y antes de llegar a ese punto, teníamos muchísimas cosas que aclarar, por lo que me limité a despedirme de él, en el portal de la calle.

—Mañana nos vemos en la puerta del centro comercial, en la principal, a las nueve, no te olvides —me dijo, tomando mis manos.

—No te preocupes, allí estaré —le dije.

Mi intención era darle un beso en la mejilla, pero no la suya, que giró la cabeza y me lo dio en los labios. No fue como el del ascensor, ni mucho menos, tan solo fue un simple roce de labios, pero que nos supo a gloria a los dos, a juzgar por la sonrisa con la que se marchó de allí.

Me costó la misma vida coger el sueño, porque, si mi corazón decía que le diera una oportunidad a esto que sentía, mi cabeza me indicaba todo lo

contrario, y no sabía qué hacer. De momento, cerré los ojos y me puse a pensar en nuestro nuevo proyecto, ese que nos llevaría, o al éxito más impactante o a la ruina más profunda, todo dependía de si los clientes decidían arriesgar y apostar por nosotras o no, y eso me daba una cierta inquietud.

El despertador sonó a las siete, como todas las mañanas en las que tenía que acudir a la oficina. Me levanté despacio, tomándome mi tiempo, y me preparé un café. Ni Alba ni Eva estaban en casa, pues supuse que mi compañera terminaría viniendo a dormir aquí para no ir sola hasta donde ella vivía, que le cogía en el extremo opuesto de la ciudad.

Me senté en uno de los taburetes de la cocina, mientras me terminaba de espabilar. El sueño y yo siempre habíamos tenido una lucha de poder, ya que, por más que dormía, más tiempo quería hacerlo, y me costaba un mundo volver a la vida cada mañana.

Ese día amaneció lloviendo a mares, y a punto estuve de no acudir a la cita, pero yo también necesitaba saber que era lo que había pasado, así como en qué nos íbamos a convertir a partir de este momento.

Me di una ducha rápida, sin lavarme el pelo, que lo había hecho el día anterior, y me vestí cómoda y abrigadita, porque el frío que hacía era morrocotudo, y tomé un taxi que me llevara hasta el centro comercial, que no quedaba lejos, pero era totalmente inviable ir dando un paseo, como era mi intención, y por lo que le dejé el coche a Alba.

Cuando llegué allí, no lo vi, y supuse que se había retrasado por la lluvia, pero después de media hora esperando, me di cuenta de que no iba a venir. Otra vez me la había jugado y yo, como una gilipollas, había caído. Le di gracias al cielo por no haberme acostado con él la noche anterior, porque ahora sí que tenía claro que lo único que había pretendido era eso, echar un polvo y después, “si te he visto no me acuerdo”.

Tomé otro taxi de vuelta a casa, con una mezcla de rabia y dolor que no había conocido nunca, pero que me serviría para no confiar nunca más en un hombre, y menos de la calaña de la que estaba hecho Jorge.

Al llegar, y como continuaba sola, cogí la línea de empresa y me puse a concertar citas con los clientes. La mayoría de ellos no dudaron en decirme que sí a esa cita, en la que les explicaría, uno por uno, todas mis ideas, aunque hubo alguno a los que me costó convencer. Tan solo una persona me dijo que no, pero no porque no confiara en mí, sino porque se jubilaba y, al no tener sucesor, había decidido vender la empresa. Eso sí, me aclaró que le hablaría de mí al nuevo dueño.

Era casi mediodía cuando sentí la llave girar, era Alba que venía con una carita que demostraba la buena noche que había pasado.

—No he querido llegar antes por si todavía estabas con Jorge —me dijo, pero al ver la forma en la que la miré, cambió el semblante.

—Ese ser está muerto y enterrado para mí desde este preciso instante —respondí.

—Pero…

—Mira Alba, entiendo que te guste Mario, porque está buenísimo, y que quieras tener algo con él, y no seré yo la que te diga que no, entre otras cosas porque no me corresponde hacerlo. Ahora bien, te agradecería que, cuando estés conmigo, no me hables de su amigo, porque ya me ha hecho suficiente daño —le aclaré.

—Pensaba que las cosas entre vosotros se habían arreglado. ¿Qué ha pasado ahora? —me preguntó, sin terminar de creérselo, y se lo conté todo.

—Es por todo eso que no quiero saber nada de él. Ya encontraré a alguien que me quiera y me valore tal como soy, y si no, siempre me quedará la

opción de ingresar en un convento —le dije, causándole una carcajada, pero yo era así, intentaba minimizar todo lo posible lo que sentía por dentro gastando bromas.

Capítulo 23



Jorge

Iba de camino a mi casa, cuando mi teléfono sonó, era mi madre, y me extrañó. En primer lugar, porque tan solo me llamaban una vez o dos al mes, y siempre en domingo y, en segundo lugar, por la hora que era, ya que ellos se acostaban muy temprano.

—Jorge, ¿eres tú? —me preguntó, cuando notó que había descolgado la llamada.

—Sí, mamá. ¿Qué ocurre? ¿Ha sucedido algo? —contesté, y la noté como estaba llorando.

—Tienes que venir, Jorge, es tu padre. Está muy mal, le ha dado un ictus y se lo llevan al hospital, pero el médico de la ambulancia me ha dicho que la cosa es grave y que pinta muy mal — dijo, sin poder parar de llorar.

—No te preocupes, recojo algo de ropa y voy para allá. Sabes que tardaré por lo menos un par de horas en llegar, pero no dudes de que estaré allí lo antes posible —le contesté, y colgué la llamada.

Decir que me comía la calle era quedarme corto. El que apenas tuviéramos relación no significaba que no quisiera a mis padres, ni que no

estuviera allí en estos momentos en los que me necesitaban más que a nadie.

Tal y como entré en mi casa preparé una mochila con varias prendas de ropa, y dinero, cogí el cargador, el portátil y varias cosas que me harían falta, pues no sabía el tiempo que tendría que estar allí. Mis clases las podría dar online, y al resto de trabajos, pues ya avisaría en cuanto que llegara a los dos, a Santi y a Pedro, para que me buscaran sustituto.

Con Santi perdería un buen dinerito, pero menos mal que tenía bastante ahorrado, entre las clases y el dinero del concurso, podría estar tranquilo durante unos meses. En el caso de Pedro, lo tendría algo más difícil, porque una vez que metiera a alguien en mi lugar, si era bueno, costaría trabajo que me volviera a admitir, pero era lo que había.

Entré en mi coche, y vi que no tendría suficiente gasolina para llegar hasta el pueblo, por lo que paré en la primera gasolinera que encontré para repostar y llenar el depósito. Siempre le echaba lo mínimo, porque apenas lo cogía, para moverme por la ciudad prefería la moto y, si estaba lloviendo, entonces solía utilizar el transporte público.

Llegué al hospital más cercano al pueblo en el que vivían mis padres a eso de las dos de la madrugada, y allí estaba sentada mi madre, en la sala de espera, junto a Valeria, a la que no me gustó nada ver allí.

Valeria y yo habíamos tenido una relación de años, pensando incluso en casarnos, pero cuando le dije que dejaba el pueblo y me marchaba a Madrid para estudiar la carrera que quería y perseguir mi sueño, me dijo que no se venía. Para ella, mi sueño tenía que ser estar a su lado, siguiendo el legado que mis padres me iban a dejar, y cultivando y trabajando las tierras como hacían todos.

No terminamos bien, pero sabía que mi madre seguía en contacto con ella, bastante estrecho, por cierto, porque le dio la razón desde el primer momento.

—Vaya, aquí está el hijo pródigo —dijo ella, con toda la mala leche del mundo.

—Esto es un asunto familiar, así que no sé qué haces aquí —le respondí, acercándome a mi madre.

—Ella es tan familia nuestra como tú, o incluso más, porque es la que ha permanecido a nuestro lado cuando tú cogiste la puerta —me respondió mi madre, que hasta en situaciones así era capaz de tirarme mierda encima.

—No tengo ganas de discutir, he tenido un día muy duro y estoy cansado. ¿Cómo sigue papá? —le pregunté, evitando el tema, pero la otra no se pudo quedar callada.

—Claro, deber ser muy cansado tener a tantos niños sentados en las rodillas, contándote sus deseos…—respondió Valeria, con guasa, pero preferí ignorarla.

—No estoy hablando contigo. Dime mamá, ¿qué ha dicho el médico? —volví a preguntar, ignorando su comentario hiriente.

—Pues que no pinta bien la cosa. Ahora están haciéndole pruebas para ver en qué estado ha llegado, y saldrán a informarnos en cuanto que tengan los resultados — dijo mi madre, en tono tirante.

—¿Os apetece un café? —dije, más por cortesía que por otra cosa.

—Si estuvieras aquí o si llamaras a tu madre más a menudo, sabrías que no puede tomarlo, que tiene la tensión alta, al igual que tu padre —me soltó la arpía de mi ex.

—Si no te metieras en donde no te llaman, me habría contestado mi madre y no tú. Ahora vuelvo, me voy a sacar uno de la máquina —le dije a

mi madre, que ni siquiera se dignó a mirarme.

Allí las dejé a las dos cotorreando, como si el extraño fuera yo, que en realidad era como me sentía en esos momentos. Justo llegaba el médico cuando yo entraba por la sala de espera.

—¿Familiares de Manuel Cadalso? —preguntó, y cuando iba a hablar, se adelantó Valeria, otra vez.

—Nosotros. Vamos Lola, a ver que nos dice el doctor —dijo ella, levantando a mi madre.

Os juro que me entraron ganas de decirle que ella no era nadie, que se alejara mientras que hablábamos con el doctor, pero no tenía ni fuerzas ni ganas para pelear. Al fin y al cabo, cuando todo pasara, me volvería a Madrid y ya no tendría que verle más la cara, o eso esperaba.

—No os voy a mentir, el cerebro está bastante afectado, y aunque en las primeras cuarenta y ocho horas veremos el estado real de las secuelas, desde ya os digo que, si logra salir de esta, es probable que quede en estado casi vegetativo, por no decir que será tan solo un cuerpo que ni sienta ni padezca —nos dijo, y mi madre empezó a llorar.

—¿Qué nos aconseja, doctor? —le pregunté.

—Os voy a hablar como si fuera mi padre. La muerte cerebral es casi segura, pero como ya os he dicho, tenemos que esperar esas cuarenta y ocho horas para saberlo con seguridad. Si ese es el caso y esa la situación, yo no dudaría ni un instante en desconectarlo de todo y dejarlo marchar en paz —nos dijo, quedando en volver si había noticias nuevas.

—Pues yo no pienso permitir que se le desconecte, Lola, porque si respira, es que hay vida —dijo Valeria, intentando convencer a mi madre, y ahí sí que ya no pude más y exploté.

—Para empezar, tú no tienes que permitir nada, porque ni es de tu sangre ni de tu familia, ese es el punto número uno. En segundo lugar, si alguien tiene que decidir, somos mi madre y yo, no tú. Y si el doctor ha dicho que sería lo mejor para él, eso es lo que haremos —le dije, elevando un poco la voz por el enfado.

—Tú lo único que quieres es que se muera para seguir con tu vida de libertinaje en esa ciudad. ¿Acaso te piensas que no sabemos nada de tus andanzas allí? Pues te equivocas, porque cada cierto tiempo nos envían un informe de tus "progresos" laborales —me soltó, y juro por Dios que me entraron ganas de estamparla contra la pared.

Efectivamente, no hubo necesidad de desconectarlo de nada, porque mi padre falleció al día y medio. Entre tanto caos no me dio tiempo de avisar a nadie, tan solo a Santi y a Pedro, y les pedí que no le dijeran nada a nadie. La excusa oficial era que había tenido que dejar Madrid por un tiempo por motivos personales.

Seguía pagando el alquiler, pero sabía que el volver allí de nuevo me iba a costar un tiempo, porque antes tenía que dejar todo listo y zanjado en el pueblo, y a mi madre completamente cubierta.

Al ser hijo único, yo era heredero universal, pero mi madre tenía el usufructo de todo, así que nos teníamos que poner de acuerdo para poder liquidar los bienes, y eso iba a ser difícil, entre otras cosas porque, mientras que no lo hiciéramos no podría volver a mi vida, y eso era lo que ella no quería, que me marchara y quedarse sola.

Capítulo 24



Naima

Casi un año había pasado desde que Jorge desapareció del mapa. A nosotros, en la empresa nos iba de maravilla y, muy a mi pesar, y aun habiéndose llevado a cabo el matrimonio de Carlos con su prometida, la suya había ido a la quiebra, por lo que mucho de esos empleados trabajaban ahora para nosotras.

Tuvimos que ampliar la oficina, y alquilar también los dos espacios contiguos en cuanto se quedaron vacíos, porque no teníamos suficientes despachos para seguir atendiendo a nuestros clientes.

—Ahora sí que deberíamos buscar un traductor o traductora, porque los clientes extranjeros se nos están multiplicando — dijo Eva, mientras organizaba las siguientes campañas.

—Pues sí, pon un anuncio en redes sociales y el correo electrónico de la empresa para que puedan enviar sus currículos. Pon fecha máximo para recibirlos el viernes de la semana que viene, y así tendremos el fin de semana para hacer la primera selección y empezar con las entrevistas —le contesté.

Eva y Santi seguían juntos, al igual que Alba y Mario, aunque estos tenían idas y venidas, porque ninguno de los dos quería admitir lo que

sentía por el otro. Carmen, al final, había decidido aceptar un puesto fuera de su empresa, y actualmente ya no viajaba tanto, sino que vivía en Los Ángeles de manera permanente, y nuestra relación se había enfriado bastante.

Mis amigos, en especial Santi, insistía en hablarme de Jorge y de lo que había sucedido, pero lo cortaba de raíz, no quería saber nada más de él. En cuanto que se lo hice dos o tres veces, ya no lo intentó más.

Con respecto a los hombres, en estos meses, no salí con nadie. Tan solo me acosté una vez con uno, un italiano que conocí en una discoteca una noche, pero no pasó de eso, de un rollo que no me aportó absolutamente nada, por lo que no lo intenté de nuevo. Cuando me apetecía mambo, cogía mi aparatito y me daba placer yo solita, y así tampoco tenía la oportunidad de crear ningún vínculo afectivo con nadie.

—Tenemos que organizar la cena de Navidad de la empresa. ¿Has pensado ya dónde la vamos a celebrar? —me preguntó Alba, mirando la agenda, pues quedaban pocas semanas para la Nochebuena.

—No tengo ni idea. Eso, mejor, se lo preguntamos a los chicos. Seguro que Mario tiene mejores ideas que yo —respondí.

—Pues le preguntas tú, porque yo a ese indeseable no lo quiero delante de mi vista. ¿Qué te crees que hizo ayer?

—Si no me lo cuentas, no tengo ni idea.

—Íbamos por el centro comercial dando un paseo, y nos dimos de bruces con sus padres, que salían del interior de una tienda. Estábamos cogidos de la mano, y me soltó de repente, como si quemara. Cuando su madre nos saludó, me presentó como a una amiga de Sergio —me contaba.

—¿En serio? ¿Y qué le dijiste? Porque, conociéndote, estoy segura de que no te quedaste callada —le dije, completamente alucinada.

—Poco para todo lo que se me pasaba por la cabeza, pero lo suficiente como para dejarlo sentado de culo. Lo miré, y muy seria, le dije. Bueno, Mario, te dejo, que seguro que Sergio me está esperando y ya sabes lo impaciente que es. Además, estamos preparando una cenita especial que estoy convencida que disfrutará mucho, y lo dejé allí plantado con sus padres, que lo miraban alucinando.

—Hiciste muy bien, y yo, ahora, quedaba con Sergio para darle de su propia medicina —contesté.

—Eso no es todo, encima, anoche, me llamó y como no le cogí el teléfono, me envió un audio de WhatsApp para recriminarme que no se me ocurriera quedar con su hermano, que todo tenía una explicación —me contó, mostrándome el audio que le había enviado.

—Este tío es gilipollas. Al final, se dará cuenta de lo que está perdiendo.

—Sí, pero ya será demasiado tarde, te lo aseguro. No pienso consentir nada más, o vamos en serio o la cosa se terminó.

—Eso es lo que tienes que hacer, porque mientras que estáis juntos, todo va de maravilla, pero en el momento en el que se le cruzan los cables y le invade el miedo, parece que no te quiere cerca. Siento ser tan dura y cruel con mis palabras, pero es lo que sé ve desde fuera, y tú vales mucho como para seguir arrastrándote por un tío —le contesté, en el momento en el que sonó el teléfono de la empresa.

Estuve todo lo que restaba del día agendando a clientes, o bien eran de los que ya llevaban con nosotros desde el principio para encargarnos una nueva campaña, o eran otros que venían recomendados por alguno de los fieles.

Sumergirme en el trabajo había sido mi válvula de escape, de esa manera evitaba pensar en Jorge que, muy a mi pesar, se colaba en mi mente cada dos por tres, rememorando esa única vez que estuvimos juntos. Me seguía doliendo, y creo que, por eso mismo, no me atrevía a abrir mi corazón de nuevo, pero empezaba a planteármelo.

Teníamos un cliente, Aaron Gutiérrez, que no paraba de insistir en invitarme a cenar. Era guapísimo, y se veía todo un caballero de los pies a la cabeza, pero lo sucedido con Jorge me echaba para atrás. No puedo decir que me tuviera locamente enamorada, ni que fuera un flechazo, como me ocurrió con él al verlo en la televisión, pero cada vez me costaba más negarme a su invitación.

—No te lo pienses más. Hace ya casi un año que desapareció de tu vida, date la oportunidad de ser feliz —me dijo Eva, al verme cuando entró en mi despacho a traer documentación.

—Si te soy sincera, empiezo a planteármelo, la verdad. No me voy a meter a monja, y este hombre parece que cumple con todos los requisitos que yo siempre he pedido en un hombre —le contesté.

—Chica, está buenísimo y una alegría para el cuerpo siempre viene bien —me contestó, entre risas.

Capítulo 25



Jorge

Llevaba casi un año en el pueblo. Al final, había tenido que dejar el alquiler de mi casa, porque la cosa iba para largo, e instalarme en casa de mis padres. Santi había sido el encargado de enviar mis cosas por una empresa de mudanzas.

—Creo que, ya que estás aquí instalado de nuevo, podemos formalizar lo nuestro —me dijo Valeria, un día mientras tomaba café en casa con mi madre.

—Valeria, que me haya acostado contigo una vez, no significa que me vaya a casar contigo —le dije, y sí, había caído.

Fue una noche que salí con un amigo de la infancia que estaba en el pueblo de vacaciones. Nos encontramos con Valeria y sus amigas, que habían salido a cenar y a tomar una copa. Bebí más de la cuenta, aunque no me pienso justificar con la bebida, nunca he sido de esos, y sí muy consecuente con mis actos, y terminamos echando un polvo en el asiento trasero de mi coche.

—Si un hombre desflora a una mujer, su obligación es casarse con ella —me dijo mi madre, más antigua que le hilo negro.

—Mamá, a Valeria la han desflorado muchos, antes y después que yo, así que tendría que hacer un sorteo y yo, te aseguro que no pienso comprar ni una papeleta —le contesté.

Mi madre se había vuelto una fiel defensora de Valeria, a la que miraba casi mejor que a mí, aunque para que eso ocurriera tampoco es que tuviera que hacer mucho, la verdad.

Había hablado con el administrador de las tierras, y me indicó que, si no llegaba a un acuerdo con mi madre, y aunque a mí no me gustara trabajarlas, no habría problema, pues los trabajadores seguirían ahí, y yo tan solo me tendría que encargar del tema administrativo, y así llevábamos ya un año.

—Creo que es el momento de que vuelva a coger las riendas de mi vida. La semana que viene empezaré a buscar piso en Madrid de nuevo. Total, con venir una vez al mes para revisar la documentación, tengo suficiente. Con las rentas de las tierras, tampoco tendré que coger cualquier trabajo que me salga, y me podré centrar en buscar algo de lo mío —le comuniqué a mi madre.

—No me puedo creer que te vayas a ir, dejándome sola aquí, con la edad que tengo — dijo mi madre, haciéndose la víctima.

—Mira mamá, ya estoy curado de espanto y conmigo, el chantaje emocional no te va a funcionar. Eres tú la que se tiene que adaptar a mí, y no al contrario. Si no te quieres quedar sola, vendemos todo y te vienes conmigo —le contesté. Ya empezaba a estar harto de todo.

—¿Qué hago yo allí, en una ciudad tan grande? Y encima, separándome de mi gente, de Valeria. Me iría con la condición de que ella también estuviera incluida en el paquete —me dijo, y por ahí sí que no iba a pasar.

—No, mamá, lo siento. Si te vienes, es tú sola, Valeria se tendrá que buscar la vida, no la quiero a mi lado —le contesté.

—Pues no decías eso mientras que te liabas conmigo —me dijo ella.

—A ti tampoco te vi quejarte mucho, que digamos. Además, que la decisión ya está tomada, te vengas o no te vengas conmigo —le dije a mi madre, zanjando la conversación.

En ese momento me sonó el móvil, era Santi, por lo que salí a la parte de fuera de la casa y me senté en un banco que tenía mi madre en la fachada para poder hablar tranquilamente y sin que hubiera oídos escuchando.

—¿Qué tal, amigo? ¿Te has convertido ya en el abuelo de Heidi? —me dijo, el muy cabronazo.

—Mientras que no sea como tú, el primo de Niebla, el perro —contesté.
—¡Qué cabrón! —exclamó, riendo a carcajadas.

—Bueno, espero que no me hayas llamado para eso. ¿Alguna novedad? —pregunté.

—Muchas, pero la principal es que las chicas están buscando un traductor para sus clientes extranjeros, ya mismo quiero que entres en el perfil de sus redes y envíes el currículo, sin foto, por favor, que no queremos joderlo antes de empezar —me contó.

Cada vez que hablaba con Santi le preguntaba por ella, por Naima. No había podido olvidarme de ella, por mucho que lo había intentado. Era conocedor del dato de que ella no había querido saber lo que había sucedido el día que la dejé tirada, y lo entendía. Tendría que haberle pedido su número a alguna de las chicas y haberla llamado, pero con todo lo que se me vino encima, no fui capaz de pensar en nada, mucho menos en eso.

—Estoy buscando casa en Madrid. En cuanto la encuentre, me vuelvo, y si encima puedo trabajar, mucho mejor, si no, seguiré preparando las

oposiciones. En estos momentos, el dinero no es un problema —le conté a mi amigo, cuando escuché un ruido a mis espaldas —. Tengo que dejarte, Santi, te llamo luego.

Mi amigo sabía que, cuando eso ocurría, era que tenía a alguien dando por culo por mi alrededor, y que luego, cuando me encontrara solo, ya hablaría. Colgué la llamada y me giré, encontrándome con la risa malvada de Valeria.

—Vaya, vaya, así que el dinero no es ahora un problema, ¿no? —me dijo, como si supiera algo que yo no.

—Pues no, afortunadamente para mí, no lo es —le contesté, algo enfadado.

—No me esperaba que fueras tan interesado, Jorge. Pero desde ya te digo que no vas a poder marcharte, y que parte de tu dinero tendrá que ir a mi cuenta. Estoy embarazada, y tendrás que hacerte cargo de mí y del bebé —me soltó, y para mí fue como si me hubieran tirado un cubo de agua helada por encima.

—Eso me lo tendrás que demostrar, pero, aunque fuera cierto, me haré cargo de él, pero no de ti. Tú tienes dos manos para trabajar y mantenerte sola —le contesté, disimulando lo que sentía por dentro.

—Espera a que tu madre se entere, verás como no harás las cosas como tienes pensado. Sería muy egoísta por tu parte dejar al niño sin su padre —dijo, sonriendo de manera que me puso los vellos de punta.

—Mi madre no tiene nada que ver en esto. Soy adulto y tomaré y llevaré mi vida como me salga de las narices.

—Oh, no, eso es lo que tú te crees.

Se dio la vuelta y entró de nuevo en la casa de mis padres, como si estuviera en una pasarela. Valeria era una mujer que llamaba la atención, tenía esa elegancia innata que pocas mujeres tienen, además de que era realmente preciosa, pero la lástima es que solo lo era por fuera, porque por dentro estaba completamente podrida.

—Jorge, haz el favor de venir aquí ahora mismo — dijo mi madre, como si tuviera diez años y tuviera que regañarme por algo que había hecho mal.

—Mira mamá, me da igual lo que me digas. La semana que viene pongo rumbo a Madrid, y solo, porque ya no quiero ni que vengas conmigo. Si necesitas ayuda o no quieres estar sola, yo contrataré a alguien que viva aquí contigo —zanjé toda conversación.

Capítulo 26



Naima

Habíamos recibido un montón de currículos, casi cien, y nos pusimos a hacer la primera criba. Pusimos que los enviaran sin foto, porque no queríamos vernos influenciadas por una cara bonita, ni de hombre ni de mujer.

—De mi montón, he seleccionado a estos diez —me dijo Eva, después de revisar los primeros veinticinco.

—Pues yo solo he seleccionado a estos cinco, los demás no me convencen —respondí.

Habíamos imprimido todos los que nos habían llegado, y nos lo habíamos llevado a mi casa, donde los estábamos revisando. Estuvimos durante más de tres horas revisando y reduciendo a cinco todos los que teníamos.

—Entonces, al final, nos quedamos con Jorge, Felipe, Ana, Miguel y Julia, ¿verdad? —le pregunté a Eva.

—Sí, son los que más experiencias tienen y los que se adaptan más al perfil que estamos buscando —me respondió.

—Perfecto, pues tan solo queda que les enviemos un correo electrónico para citarlos en la empresa a lo largo de la semana que viene. Quiero dejar todo esto listo antes de las fiestas, así estaremos tranquilas durante las vacaciones — contesté.

No les había dicho nada a ninguno, pero para esas fiestas, había alquilado una casita en la sierra donde me iría a pasar las Navidades, en la tranquilidad de la naturaleza. Había habitaciones para todos si quisieran pasarlas allí, aunque no estaba segura de que tuvieran esa intención.

Alba estaba segura de que se vendría conmigo, pero con Eva no lo tenía tan claro, a no ser que Santi se viniera con nosotras. Con respecto a los chicos, sabía que la Nochebuena y la Navidad la pasaban con sus padres, no así el Fin de Año y el Año Nuevo.

Yo la tenía alquilada desde el día veintitrés hasta el día cuatro, ampliable al día seis si quería, todo dependía de como lo estuviéramos pasando y de lo a gusto que nos sintiéramos.

—Ya están todos los correos enviados y las citas agendadas, ya solo tenemos que esperar a que nos contesten si es viable o no —me dijo Eva, que había hecho el trabajo mientras yo preparaba algo de café.

—Estoy agotada. En cuanto que comamos, me pienso tirar en el sofá hasta el lunes —contesté, bostezando.

—Tienes que aceptar la invitación a cenar de Aaron, Naima, no te puedes quedar encerrada cada fin de semana, que tienes veintiséis años, no noventa y seis —me dijo ella.

—Lo sé, pero no será este fin de semana. Lo mismo y para la próxima vez. Además, tengo que organizar la cena de Navidad de la empresa. He estado mirando en varios lugares para que no tengamos que movernos de allí después de cenar, sabes que me da mucho coraje eso —le dije.

—Venga, ¿le echamos un vistazo y lo dejamos también listo? —me preguntó, intentando ayudarme.

—Pues, siendo sincera, te lo agradecería. Así podría vaguear lo que queda del fin de semana —dije, provocando su risa.

Ya me imaginaba en mi sofá, haciendo un maratón de series o leyendo un buen libro, con una mantita y un montón de chucherías y chocolate. ¡Planazo de fin de semana!

Nos pusimos a revisar todos los locales, e hicimos las llamadas correspondientes para ver si tenían libre el día que queríamos. Al final, lo conseguimos, y a muy buen precio, todo hay que decirlo.

Se haría en una finca a las afueras de la ciudad, en la que, además de la cena y las copas, nos ofrecieron habitaciones para que no tuviéramos que coger el coche habiendo bebido alcohol. No me lo pensé, y acepté de inmediato. La oferta consistía en la cena, baile, habitación y desayuno, teniendo que abandonar la finca antes de las doce de la mañana.

Dejamos cerrado hasta el menú, e hicimos la transferencia para hacer la reserva. El resto del dinero lo tenía que abonar el mismo día de la cena. El dueño nos dijo que se cerraría solo para nosotros, para que así no tuviéramos que lidiar con nadie ajeno a nuestro círculo.

Éramos cincuenta personas, porque cada empleado podía llevar un acompañante, ellos decidían quienes, o si querían ir solos, pero, en principio, había contado con que todos fueran acompañados. El propietario nos aseguró que no había problema, que me cobraría por el número de asistentes, y eso me dio bastante seguridad.

A las cinco de la tarde Eva se marchó de casa con Alba, habían quedado con Santi, Mario y Sergio y, aunque me insistieron muchísimo en que me fuera con ellos, no me apetecía nada de nada tener que arreglarme para salir, por lo que decliné la invitación.

Me senté en el sofá, con mi mantita, tal y como había planeado, y dejé la mesa como una de esas que se ponen ahora en las comuniones de los niños, repleta de chucherías, pero colocadas estratégicamente para que se viera bonita.

Le hice una foto y la subí a las redes sociales con un pie de foto que dejaba claro mi estado de ánimo en esos momentos.

"Cuando tu vida se vuelve amarga, nada mejor que una buena dosis de azúcar para paliarlo".

Ni dos segundos después de subir esa foto, me llegaron al móvil varios mensajes de WhatsApp, y me dispuse a leerlos.

Alba: *Desde luego, que no se puede ser más tonta que tú. Si te encontrabas bajita de ánimos, lo tendrías que haber dicho y nos hubiéramos quedado contigo en casa.*

Eva: *Eso mismo digo yo. Hemos estado juntas toda la tarde y no has dicho nada. Es que eres gilipollas. Pero no te preocupes, que vamos ahora mismo para allá.*

Esos habían sido los que recibí en el grupo que teníamos las tres juntas, porque luego teníamos otro en el que también estaban los chicos, y en el que recibí dos mensajes que venían a decir lo mismo.

Naima: *Os lo agradezco, de verdad, pero me apetece estar a solas. Sé que puedo contar con todos vosotros, pero un poquito de soledad, a veces, viene muy bien para poner en orden nuestras prioridades. Pasadlo de lujo y tomaros una copa a mi salud, porque yo creo que me tomaré una luego, después de cenar. Brindaré con vosotros en la distancia.*

Lo contesté en el grupo en el que estábamos todos, así no tendría que ponerlo dos veces, y esperaba que me hicieran caso y no trastocaran sus planes por mí, o al final terminaría enfadándome con todos ellos.

Pero eso no fue lo que más me sorprendió, sino el mensaje que me envió Aaron a través de las redes sociales, por privado, y que me dejó completamente descolocada y sin saber que responder.

Aaron Gutiérrez: *Si la vida se te pone amarga, yo me ofrezco voluntario para que vuelva a ser, incluso, más dulce que antes. Sabes que me gustas mucho, y no pienso cejar en mi empeño de que cenes conmigo y demostrarte que no todos los hombres somos iguales. Cuando quieras y te sientas preparada, tan solo tienes que llamarme, y acudiré lo más rápido posible al lugar que me indiques. Que pases un fin de semana tan bonito como tú.*

Capítulo 27



Jorge

Ya tenía casa en Madrid, Santi se había encargado de buscármela, y estaba en su mismo edificio, justo el ático que estaba al otro lado del rellano. Ahora ya no tenía que preocuparme por el tema económico, y no quería volver a vivir en un cuchitril como en el que había estado viviendo anteriormente.

Mi madre, ya estaba enterada del embarazo de Valeria, y había dejado de hablarme, aunque no era algo que me quitara el sueño, para que nos vamos a engañar. Para mí, casi era mejor así, porque podía hacer mi vida sin que ella estuviera dándome por culo con lo mismo. Tan solo tuvo una conversación conmigo sobre este tema.

—Jorge, nunca pensé que no fueras un hombre que se vistiera por los pies. Tu obligación es casarte con Valeria y cumplir con tu deber de padre —me dijo, y solté una carcajada.

—Todavía está por ver que ese niño sea mío, pero, en caso de que lo fuera, me haré cargo de él, nunca de su madre, que es lo que lleva buscando desde que volví —respondí.

—Eso sí que no te lo voy a consentir. Pero no te preocupes, porque aquí está su abuela para que, ni su madre ni el bebé, sufran ninguna carencia.

Desde ya te adelanto que, una vez que yo deje este mundo, a ti tan solo te dejaré la legítima, todo lo demás se los dejaré a ellos —me dijo, muy seria.

—Me parece perfecto, pero que sepas que todo estaba a nombre de mi padre. Si tienes algo a tu nombre en estos momentos, es porque yo lo he decidido. Pero ya te digo que me da exactamente lo mismo, como si no me quieres dejar nada. Aunque, si ese niño es mi hijo, seré yo el que me haga cargo, no así de su madre, que es muy joven y puede trabajar —zanjé esa conversación.

Me estaba vistiendo porque ponía rumbo a Madrid, donde pasaría el fin de semana para firmar el contrato de alquiler de la casa. Una vez que lo tuviera firmado, elegiría los muebles que faltaban y, en cuanto los tuviera colocados, me instalaría definitivamente.

No dije ni adiós, pero cuando estaba a punto de montarme en mi coche, ese que ya no era la tartana que llevé, puesto que me quedé con el de mi padre, me encontré con un amigo que hacía tiempo que no veía, y del que me dio mucha alegría encontrarlo.

—Pero bueno, Jorge, ¿qué haces tú por aquí? —me dijo Luis, que así se llamaba mi amigo.

—Hombre, Luis, cuanto tiempo sin verte. Pues yo llevo por aquí ya un año, pero me marcho en breve. De hecho, estaba a punto de salir para Madrid a terminar de gestionar mi traslado. Y tú, ¿qué haces por aquí? —le pregunté, pero lo que no esperaba era la respuesta que me dio.

—Pues a ver a mi chica. ¿Sabes que voy a ser papá? —me dijo.

—No, es que no tengo ni idea de quién es tu chica, la verdad.

—Valeria, mi chica es la que fue tu novia en el instituto. Las vueltas que da la vida, cuando teníamos la misma edad, ni me miraba, pero ahora, que

ya somos adultos, nos volvimos a encontrar —me contestó.

—¿No me digas? ¿A qué te dedicas? —pregunté a propósito, porque supe que era lo que había cautivado a Valeria de Luis.

—Pues tengo una empresa de envasado de productos lácteos, justo a una hora de aquí. La verdad es que me va muy bien, la compré cuando casi estaba en la ruina, y la he reflotado hasta convertirla en la mejor del país. Por suerte, mis hijos y los hijos de mis hijos no tendrán que preocuparse jamás por el tema económico. Está feo que yo lo diga, pero tengo en el banco tal cantidad de dinero que no gastaría ni en diez vidas —me dijo, roneando, porque siempre le había gustado presumir de lo que tenía. Pero a mí, me lo puso en bandeja.

—Venga, vamos a ver a Valeria, que seguro que se lleva una sorpresa —le dije, animándolo a que me llevara con él.

—Por supuesto, he quedado con ella ahí mismo, en el bar de Roque.

Fuimos dando un paseo, porque no había ni quinientos metros desde donde nos encontrábamos hasta el bar, y estuvimos hablando de todo un poco, de lo que pensaba hacer con mis tierras y demás, hasta que llegamos.

—Hola mi amor, mira que sorpresa me he encontrado —le dijo Luis a Valeria, que se encontraba de espaldas a mí, mientras que le daba un beso en los labios y otro en el vientre.

—Hola Valeria, ¿qué tal todo? Me acabo de enterar que estás embarazada de Luis, fíjate que sorpresa me he llevado —le dije, con toda la ironía del mundo, ante su cara de sorpresa.

—Jorge… yo… —no le salían las palabras.

—Espero que seas muy feliz con tu familia, y te ruego que no te vuelvas a acercar ni a mí ni a los míos. Buenas tardes —le dije, sin dar más explicaciones, si quería que se las diera ella, aunque dudaba que lo hiciera.

Iba de nuevo camino al coche, pero antes pasé por mi casa, y tuve una conversación con mi madre, que no dudó en llamarla para comprobar que lo que le decía era cierto. La boquita de mi madre fue bonita, le dijo de todo, y le prohibió la entrada en su casa.

—Ahora que ya está todo aclarado, me marcho. Volveré el domingo por la tarde, pero no creo que tarde mucho más en recuperar mi vida. Mi oferta sigue en pie, está en tu mano aceptarla o no —le dije, y salí de allí.

Ese fin de semana me quedaría en casa de Santi, porque el ático que había alquilado tan solo tenía la cocina y el baño completo, así como el cuarto de lavado, lo demás no tenía nada, y no iba a dormir en la bañera.

Santi me había advertido que lo mismo y Naima venía esta noche con ellos, aunque no lo creía, porque últimamente no eran muchas las veces que salía, ni con ellos ni con nadie. Según mi amigo, estaba como apagada, y es que mi plantón le había dolido demasiado.

—Aquí tenemos al huido —me dijo Alba, en cuanto que me vio.

—Por poco tiempo, preciosa —le contesté, dándole un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, amigo mío? —me preguntó Sergio.

—Con ganas de estar ya aquí instalado, ya te puedes imaginar —respondí.

Entramos a cenar, y les conté todo lo que me había pasado, tanto con Valeria como con mi madre, y se quedaron alucinados con todo. En ese momento me enseñaron un *post* que había subido Naima, y que me dolió en

el alma. No era ella, y se notaba que tenía el corazón roto, y yo había sido el culpable de ello.

En otras condiciones, el pie de foto no habría sido ese, sino algo irónico y gracioso, que era su sello característico, ese que, en estos momentos, brillaba por su ausencia. Estaba dispuesto a darle todas las explicaciones necesarias, pero no sería hoy, sino en la entrevista que tenía concertada para el puesto de traductor, y del que ella no tenía ni idea, al igual que ninguna de las chicas.

Capítulo 28



Naima

Esa mañana estábamos hasta arriba de trabajo y, encima, nos tocaba la última entrevista. De solo ver el nombre me entraron escalofríos, pero tenía que mostrar mi lado más profesional. Tenía puesta en ese candidato todas mis expectativas, porque los demás no me habían convencido ninguno.

—Nosotros nos vamos ya, Naima. Alba tiene cita con el ginecólogo, y yo con el dentista. Nos vemos a la hora de la comida —me dijeron, y era verdad que me lo habían avisado mucho antes de agendar las citas, por eso tan solo teníamos una ese día.

—Está bien. Os espero en el bar de siempre a las dos. Si no vais a poder venir, avisadme y me pido algo en el despacho —les respondí.

—De eso nada, aunque hoy yo tenga que comer puré, te vamos a sacar de aquí, porque llevas toda la semana entrando la primera y saliendo la última —me dijo Eva, con las manos puestas en la cintura.

Me sumergí en la documentación que tenía que revisar, así como en las campañas que teníamos pendientes, en cuanto que mis amigas salieron de mi despacho. Tanto lo hice que ni siquiera me di cuenta de que habían llamado a la puerta.

—Naima, está aquí Jorge, el chico de la entrevista —me dijo otra de mis compañeras, que se había sentado en la recepción para cubrir a Alba.

—Sí, es verdad. No me había dado cuenta de la hora. Dile que pase, por favor —respondí, sin levantar la cabeza.

Escuché la puerta cerrarse, y una voz que pensaba que no volvería a escuchar en mi vida, y que me puso los pelos como escarpias.

—Buenas tardes, Naima —me dijo, y no tuve más remedio que levantar la cabeza.

—Desde luego, hay que tener muy poquísima vergüenza para plantarte aquí de este modo —contesté, bastante cabreada, por cierto.

—Vengo por la entrevista, sí, pero también para explicarte todo lo que pasó y ha pasado durante este año —me dijo.

Me fijé bien y, a pesar de seguir guapísimo como siempre, se notaba un tanto desmejorado. Estaba mucho más delgado, pero también se le veía como más maduro. Se dio cuenta del escrutinio que le estaba haciendo, y sonrió de medio lado, lo que me cabreó todavía más.

—No sonrías así, tan solo estoy mirando el bajón que has dado —le contesté, creyéndome vencedora, pero sus palabras me dejaron completamente plof.

—Es lo normal cuando te llaman en plena noche para decirte que tu padre está muy grave, y que no te dé tiempo a decirle que, aunque hubiéramos tenido nuestras diferencias, lo querías. Porque murió dos días después y sin haber recobrado el conocimiento —me dijo, con una tristeza en sus ojos que me conmovió.

—Lo siento, yo…

—Tú no quisiste que te contaran lo que había sucedido, y no te culpo. Pero bueno, es lo que hay y ahora tan solo me queda empezar de nuevo. Como has podido ver en mi currículo, tengo bastante experiencia en el tema de traducción y…

—Y lo principal, que te conocemos. No tengo que mirar nada más, eso sí, el horario es el que es…

Le expliqué todo lo concerniente a su trabajo, tanto de horarios como de sueldos, y le enseñé el despacho en el que trabajaría. En principio, tendría que atender a los clientes extranjeros, y hacernos llegar sus peticiones. En las reuniones, tendría que estar presente, y traducirnos todo lo que dijeran ellos.

—Me parece perfecto. La verdad es que, en estos momentos, no tengo problemas económicos, pero necesito salir de allí y comenzar una nueva vida, y este trabajo me vendrá de perlas —me dijo.

Me estuvo contando lo que su padre le había legado, la manera en la que trabajaban y que tendría que ir una vez al mes al pueblo, pero que trataría de que no coincidiera con nada importante de la empresa o viajaría en fin de semana.

Estábamos saliendo del despacho, pues era la hora de comer, cuando un mensajero llegó con un ramo de flores enorme para mí.

—¡Vaya! Veo que has rehecho tu vida —me dijo, con cierta tristeza en su tono de voz.

—No es así, pero si lo hubiera hecho, no tendría que darte explicaciones de nada. Si me disculpas, voy a ponerlas en agua.

—¿No vas a ver quién te las envía? Porque, entonces, es que estás muy segura de quién lo hace —insistió.

—Sé de quienes son, y luego leeré la nota que trae.

Me di media vuelta y entré en el despacho. Os juro que tenía el corazón en un puño, porque no podía haber llegado en peor momento esas flores. Saqué la tarjeta, y había acertado en su remitente.

"Espero que estas flores te ayuden con esa circunstancia tan amarga que te está mostrando la vida. Recuerda que sigo esperando a que aceptes mi invitación a cenar. Sé feliz, Aaron".

—Un hombre insistente, si señor —me dijo, pues había estado mirando por encima de mi hombro.

—¿No te han enseñado a no invadir el espacio ajeno? —pregunté, enfadada por lo que había hecho.

—¿Sabes? Si no le has dicho ya que sí, es porque no te ha gustado lo suficiente. Si te hubiera atraído tan solo un poco, ya estaríais juntos —me dijo, con cierto aire de prepotencia que me tocó los ovarios a no poder más.

—Si no le he dicho que sí no ha sido por eso, lo he evitado por tu culpa, porque ya no confío en ningún hombre —le solté y vi como su rostro mudaba de color.

—Naima…

—Mira, Jorge, será mejor que nos limitemos al trato laboral. Ni tú ni yo estamos hechos para estar juntos. Tu filosofía de vida es completamente diferente a la mía y eso…

No me dio tiempo a seguir, me plantó un besazo de esos que te dejan las piernas temblando. Os juro que, si en vez de estar en la oficina como estábamos, fuera en mi casa o en la suya, ya estaríamos retozando en la cama, en el sofá o en la pared, porque el deseo estaba latente.

—Esto, no lo encontrarás con nadie más, al igual que yo tampoco. Por mucho que te resistas, porque yo no pienso hacerlo, terminaremos juntos. Tan solo tenemos que darle tiempo al tiempo, y una oportunidad a lo que los dos sentimos —me dijo, y solté una carcajada de lo más irónica.

—Ahora sí que tengo claro que voy a aceptar esa invitación a cenar de Aaron. Tú no me convienes nada de nada —le dije, cogiendo mi bolso y saliendo del despacho, en dirección al ascensor.

Por supuesto que me siguió, no sé si masticando eso que yo le había dicho o si lo que hacía era planear la manera de impedirlo, pero desde donde estaba podía observar como su cerebro estaba maquinando algo y, por un instante, sentí miedo.

Pero no miedo de él o de lo que pudiera hacerme, para nada. Me daba pavor caer de nuevo en sus redes y que todo lo que había logrado durante este año a nivel de reconstruirme, se fuera a la mierda.

Capítulo 29



Jorge

No me dijo ni adiós, salió del ascensor de la misma manera en la que había entrado, con paso firme, seguro, y la cabeza tan alta como pudo. No era soberbia ni prepotencia, era una mujer luchando contra sus sentimientos por culpa del miedo, y eso no lo iba a permitir, bajo ningún concepto.

—¿Cómo ha ido la cosa? —me preguntó Mario, que fue el primero que llegó al restaurante donde habíamos quedado.

—Tengo el trabajo…

—¡Toma! Si te ha dado el trabajo es porque te ha perdonado, estoy seguro —me interrumpió.

—Pero eso no implica que quiera que volvamos a estar juntos. Me lo ha dejado muy claro, que solo tendremos una relación laboral —le expliqué, junto a todo lo que me había dicho y sucedido.

—Eso, lo único que dice claramente es que tiene miedo, y en ti está sacarla de ese bucle. Te digo que, en este año, tan solo la he visto irse con un tío, un guiri que estaba de paso, y con el que pretendía tener un buen rato de sexo sin comprometer su corazón —me dijo Santi, que también estaba ya con nosotros.

—Déjala que vaya a cenar con ese tipo, que se dé cuenta de que no siente ni sentirá nada por él —me dijo Sergio, que era el más coherente de todos.

—Tengo un plan…

Mario nos contó como lo íbamos a hacer para que Naima se diera cuenta de que lo que sentía conmigo no era nada pasajero, al igual que lo que sentía yo.

Esa semana ya me había mudado a mi casa nueva, solo, porque mi madre no se quiso venir conmigo. Ella era completamente independiente, y se valía por sí misma, pero como me daba miedo a que le pudiera pasar algo de noche, o que se pusiera enferma, quedamos en que contrataría a una chica que viviera con ella.

María era una chica del pueblo que se encontraba bastante necesitada. Tenía un niño de cuatro años y se había quedado viuda hacía poco. Su marido era de esos que trabajaban sin papeles para ganar más, que a la larga era peor, porque cuando murió, como no tenía contrato ni casi nada cotizado, a su viuda le quedó una pensión ridícula, con la que casi no podía ni comer.

En el momento en el que le dije que no tendría que pagar casa, y que su hijo podría vivir con ellas, se arrancó a darme un beso. El sueldo que le pagaba era integro para ella, porque la comida también estaba incluida. Tendría un día libre a la semana, pero ella renunció, porque decía que, a los lugares a los que ella iba con el niño, podría llevarse también a mi madre.

Mi madre quedó encantada con ella y con el niño, y me dijo que me fuera tranquilo. Por primera vez la vi tratándome como lo que era, su hijo, y de manera cariñosa. El niño era adorable, y de lo más cariñoso, y supo ganarse a mi madre en cuestión de segundos. Le decía abuela Lola, y a ella se le caía la baba.

Como María dominaba el tema de las tecnologías, mi madre me dijo que me podría hacer videollamadas, y justo en ese momento, me estaba entrando una, así que no dudé en contestarla.

—Hijo, ¿cómo te ha ido la entrevista? —me preguntó sonriente.

—Muy bien, mamá. Tengo el trabajo. Mira, estos son mis amigos —le di la vuelta al teléfono y les mostré a los tres, que la saludaron muy sonrientes.

—Ay, que alegría ver a gente tan buena rodeando a mi hijo. Pero, una cosa os voy a decir, tenéis que ayudarlo a conseguir a esa mujer que lo tiene enamorado. Él se piensa que yo no me daba cuenta de nada, pero no era así, lo que ocurre es que me hacía la tonta, además de tener a esa arpía a mi lado, comiéndome la oreja. Igualito que mi María y mi niño, que me tratan de lo más dulce y tan solo me dan buenos consejos —les dijo mi madre, dándole la vuelta al móvil para que vieran a María, y a Sergio se le cambió la cara.

—No lo dude, señora Lola, que aquí estamos planeando la manera de hacerlo. Le aseguro que, después de Navidad, estos dos estarán juntos, así me vaya la vida en ello —le dijo Santi, muy seguro de sus palabras.

—Por cierto, abuela Lola. ¿María está casada o tiene pareja? Porque conozco a un hombre que se ha quedado impresionado con ella y su belleza —le dijo Mario, y Sergio le dio un codazo que provocó la carcajada de mi madre.

—No, mi hijo, está viuda y, en estos momentos, roja como un tomate, te lo prometo. Mira, ¿por qué no venís el fin de semana que viene al pueblo todos juntos? Eso sí, con mi futura nuera por delante, que tengo ganas de conocerla —le dijo mi madre, pero, tal y como estaban las cosas, prefería esperar un poco más.

—Mamá, todavía es muy pronto. Le hice mucho daño saliendo de su vida, desapareciendo sin dar ninguna explicación. Será mejor que

esperemos un poquito más. Pero, te prometo que, siendo mi pareja o mi amiga, la llevaré a que la conozcas muy pronto. Ahora, te dejo, que vamos a comer. Mañana te llamo —le dije, y ella lo entendió.

—¡Vaya cambio el que ha dado la señora Lola! Antes parecía una extraña cuando te llamaba, ahora, sí que parece una madre —me dijo Mario, que era el que estaba casi siempre conmigo cuando se producían esas llamadas.

—En cuanto que se ha quitado a mi ex de encima, que lo único que hacía era envenenarla en mi contra —respondí.

Pedimos la comida charlando de todo un poco, y quedamos en que Santi avisaría a Eva y a Alba para contarles nuestro plan, aunque primero tendríamos que explicarle el tema del currículo y de como las habíamos engañado, ya que ninguna sabía mi apellido, y por eso no se dieron cuenta.

No sabíamos como se lo iban a tomar, esperábamos que se pusieran de nuestra parte, aunque el cabreo y la bronca estaban asegurados, sobre todo por parte de Alba, quien tenía a Naima como a una hermana.

—Nos vemos en una hora en mi casa —nos dijo Santi, que se levantó para ir a buscar a Eva.

—Creo que será un poco más, porque las chicas tenían bastante trabajo —les expuse.

—¿Tú cuando empiezas? —me preguntó Sergio.

—El lunes, no merecía la pena que me quedara ya hoy, cuando la jornada laboral está casi finiquitada. Aunque ahora tengo que ir a firmar el contrato, que no pude hacerlo porque Alba, que es la que se encarga de eso, había salido al ginecólogo —dije, y vi como la cara de Mario mudaba de color.

—¿Para qué ha tenido que ir al ginecólogo? ¿Sabes algo? —me preguntó.

—Y yo que sé. Se supone que es tu chica, así que el que tendría que saberlo eres tú, no yo —contesté con una sonrisa.

Capítulo 30



Naima

—¿Qué hago, chicas? —les pregunté a mis amigas, sobre aceptar o no la invitación de Aaron.

—Eso lo tienes que decidir tú, Naima, nosotras no podemos tomar la decisión por ti —me dijo Eva, porque Alba estaba bastante callada desde que había llegado.

—Alba, ¿te sucede algo? —le pregunté, y rompió a llorar.

—Estoy embarazada —nos dijo, a media voz.

—¿En serio? ¡Enhorabuena! —le dijo Eva, pero supo que no estaba especialmente feliz por ello.

—Yo no sé si felicitarte o darte el pésame —le dije.

—Ni siquiera lo sé yo, como para que lo sepas tú —me contestó, con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—¿Qué es lo que te da miedo? ¿Has hablado con Mario? —le pregunté, y negó con la cabeza.

—No le he dicho nada hasta no tenerlo completamente confirmado. Y eso, precisamente, es lo que más miedo me da, que lo rechace.

—Hombre, será un poco shock para él, al igual que lo ha sido para ti, pero no lo veo de esos que se esconden ante cualquier adversidad —le dije.

Estábamos hablando de eso cuando, de repente, sonó su teléfono, era Mario. La vi ponerse nerviosa, sin saber si contestar o no, así que, le quité el móvil de la mano, y lo hice yo, dejándola perpleja.

—Dime, Mario —contesté.

—Hola Naima. ¿Está Alba por ahí? Necesito hablar con ella —me dijo.

—Ella también necesita hablar contigo, pero no por teléfono. Vente para las oficinas, en su despacho lo haréis con más tranquilidad —le dije, y supo de inmediato lo que quería contarle.

—Voy para allá, pero dile que no esté nerviosa ni preocupada, que lo que ella decida, estará bien para mí. Ah, y dile que la quiero mucho —respondió él.

Mi amiga lo estaba oyendo, pues tenía puesto el altavoz del móvil. Pagué la cuenta y nos pusimos rumbo al trabajo, que no quedaba a más de cinco minutos andando del restaurante en el que habíamos comido.

Al llegar allí, nos encontramos con un Mario que no paraba de dar vueltas de un lado a otro, nervioso y que, en el momento en el que vio a Alba, no dudó en salir a su encuentro y darle un beso en los labios para demostrarle todo lo que sentía por ella.

Los dejamos a solas y entramos en mi despacho, donde estaban las flores que me había enviado Aaron. Las miré y pensé en lo que me había dicho Jorge cuando las trajeron, y supe que tenía que intentarlo, al menos.

Naima: *Me has convencido. Una cena y una copa, no prometo nada más. Dime dónde y cuándo y allí estaré.*

Ese fue el mensaje que le envié a Aaron, que no tardó ni un minuto en ver y contestar. Era como si lo estuviera esperando, como si estuviera convencido de que le diría que sí esta vez, y eso tampoco me gustó.

Aaron: *No necesito más. Me has hecho infinitamente feliz, hasta un punto que no te imaginas. Deduzco que no quieres que te recoja, y no voy a insistir, iremos al ritmo que tú necesites. Mañana a las ocho y media en el restaurante "La Villa", te esperaré impaciente en la puerta.*

El restaurante "La Villa" era uno de los más prestigiosos y caros de la ciudad. Si lo hacía para impresionarme, empezábamos mal, pues a mí eso de la ostentación y el dinero me daban completamente igual. Yo, lo único que valoraba en un hombre es su lealtad y compromiso, que fuera cariñoso y lo demostrara, nada más.

En ese momento, entraba Eva por la puerta, con un montón de carpetas de expedientes que ya habíamos concluido y que teníamos que archivar, y me vio con el ceño un tanto fruncido.

—Jefa, ¿qué te ocurre? —me dijo, sabiendo que me cabreaba en demasía que me llamaran así.

—Para empezar, no soy tu jefa, sino tu compañera. A parte de eso, acabo de escribirle a Aaron, y hemos quedado mañana a las ocho y media en "La Villa" —le expliqué.

—¡Wow! Empieza apostando fuerte el muchacho —me dijo, con una sonrisa.

—¿Piensas que hago bien en salir a cenar con él?

—Por supuesto que sí. Tienes que demostrarte a ti misma que Jorge está superado, y nada mejor que un buenorro para llevar a cabo el experimento. Ten en cuenta que, a partir del lunes, lo tendrás que ver todos los días, y será un suplicio para ti si no tienes las cosas claras —me dijo Eva, con toda la coherencia del mundo.

—También tienes razón. No voy a darle más vueltas al tema. Por cierto, ¿qué tal esos dos? —pregunté por Mario y Alba.

—Pues en el despacho de ella llevan desde que han entrado. No he querido llamar para no molestarlos, pero nos tenemos que ir, hemos quedado con Santi —me dijo, aunque se dio cuenta de que había metido la pata.

—No te arrepientas, Eva. No os voy a exigir que rompáis con vuestros planes, o que me incluyáis en ellos, no os quiero poner en esa tesitura —le aclaré, para demostrarle que no me importaba ni me molestaba.

—Te queremos mucho, y no nos apetece que estés incómoda, te lo prometo —me dijo ella, pero yo sabía que era cierto.

—Venga, no le des más vueltas. Si quieres, yo me quedo pendiente de ellos y, cuando salgan, les digo que os habéis ido, que os llamen u os den el encuentro —le dije a mi amiga.

En ese instante, se abrió la puerta y los vimos salir abrazados, se mostraban más enamorados que nunca, y me alegré por ellos, de verdad que sí. Creo que ese bebé llegaba para que ambos se dieran cuenta de que estaban haciendo el idiota durante el tiempo que estaban separados, sin querer admitir los sentimientos que ambos se tenían.

—Chicas, vamos a ser papás —dijo Mario, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Me alegro! —exclamé, y me lancé a abrazarlos a los dos.

—Además, hemos decidido que nos vamos a ir a vivir juntos. A partir de mañana empezaremos a montar mi casa, nuestra casa, en la que criaremos a nuestro hijo. He llamado a mis padres para decirles que vamos a ir a cenar con ellos esta noche, quiero que la conozcan como mi pareja, y dejar atrás todos los malentendidos que yo he provocado —dijo Mario, mirándome con ilusión.

—Naima, si tú no puedes afrontar el alquiler sola…

—Por mí, ni te preocupes, sabes que puedo hacerlo. Echaré de menos las tardes de sofá y mantita, pero también te digo que me tendréis allí muchas veces —les dije, con lágrimas en los ojos.

—Siempre te queda la opción de dejar ese piso y mudarte al mío, allí no tendrías que pagar ningún alquiler —me dijo Eva, enseñándome las llaves.

—Claro, y dentro de tres días, cuando seas tú la que te vayas a vivir con Santi, tener que hacer otra mudanza. Déjame a mí donde estoy, que ya el tiempo lo dirá —le contesté.

Salimos de la oficina, porque había decidido que ya estaba bien el trabajo por esta semana, que ahora me tocaba disfrutar de una tarde tranquila, aunque me fui al centro comercial a terminar de comprar las cosas que me faltaban para las fiestas.

Capítulo 31



Jorge

—De verdad, sois de lo peor. Nos podríais haber avisado de la encerrona, no que hemos quedado como dos pardillas —nos dijo Alba, que yo sabía que iba a ser la que peor se lo iba a tomar.

—Amor, yo no tenía ni idea, te lo juro. Cuando me lo contaron, ya habían agendado la cita para la entrevista —dijo Mario, y era cierto.

—¿Lo ves? Por eso mismo no te lo habíamos contado, porque eres un bocazas y te iba a faltar tiempo para decírselo a ella. Como si no te conociéramos —dijo Sergio, su hermano.

—Pues yo… yo tengo información que os sería de gran interés —dijo Eva, mirándome con una cara de pillina que daba miedo verla.

—Suelta por esa boquita, amor mío. Tan solo tienes que decir que quieres a cambio —le dijo Santi, buscándole la lengua.

—Que me lleves a cenar al mismo sitio al que Aaron va a llevar a Naima —le dijo ella, dejándonos caer que ella conocía el lugar.

—Si me dices que sabes el día y la hora, además del lugar, te prometo que yo os invito a todos, así me tenga que llevar comiendo pan con

mantequilla un mes —dije, en modo dramático.

—Claro que lo sé…

Eva nos explicó al detalle todos los planes que tenía el tipo ese, y no dudé en coger el teléfono y hacer una reserva para seis, porque yo no me iba a quedar en mi casa. Quería que ella no pudiera apartar la vista de mí, y que su compañero se diera cuenta, por supuesto, para que viera que no le podría corresponder en la vida. Ese tipo podía tener todo el dinero y la belleza del mundo, pero su corazón era mío, y eso no lo podía cambiar nadie.

—Listo, ellos tienen reserva a las ocho y media, pero nosotros la tenemos a las nueve. Quiero que me vea entrar y que no pueda apartar los ojos de mí —les dije a mis amigos, que me miraban sonrientes y convencidos de que todo iba a salir bien.

—Bueno, pues una vez que ya habéis planeado todo, Alba y yo tenemos una noticia que daros —dijo Mario, que no había soltado la mano de su chica en toda la tarde.

—¿Es eso que me estoy imaginando? —preguntó Sergio, y Mario asintió con la cabeza.

—Sí, ¡vamos a ser papás! —dijo Mario, con una alegría inmensa, mientras que Alba dejaba escapar alguna que otra lagrimilla.

—Felicidades, cuñada. No veas lo contentos que se pondrán mis padres, porque si no me han llamado ya para contármelo, es porque todavía no habéis hablado con ellos, ¿a qué sí? —le dijo Sergio, visiblemente emocionado.

—No, todavía no le hemos dicho nada, cenamos esta noche con ellos —le contestó Alba, algo nerviosa.

—Si estás así porque piensas que mis padres se tragaron la milonga que les dijo mi hermano cuando os vieron en el centro comercial, puedes estar tranquila, no lo creyeron. Entre otras cosas, porque os vieron a través del cristal del escaparate mientras os besabais —le dijo Sergio, en un tono muy divertido.

—Joder, y yo haciendo el indio, como siempre. Bueno, sea como sea, nos vamos ya, que nos están esperando. Sergio, ¿te quedas o te vienes con nosotros? —le preguntó a su hermano.

—Yo me voy, por nada del mundo me perdería su cara cuando se lo digáis. Chicos, nos vemos mañana a las nueve menos cuarto en la puerta del restaurante —dijo Sergio, levantándose y poniéndose su chaqueta para marcharse.

—Yo también me marcho a mi casa. Ahí os quedáis, tortolitos. No hagáis mucho ruido que quiero descansar —les dije, guiñándoles el ojo, pues su dormitorio y el mío estaban separados tan solo por un tabique, y vi como Eva se sonrojaba.

Una vez en casa, le hice una videollamada a mi madre mientras preparaba la cena. Estaba muy contenta, porque esa tarde había ido con el niño y María a una función escolar y el pequeño había salido corriendo, llamándola abuela Lola, y eso para ella fue el mejor regalo.

Pensaba en lo feliz que estaría mi madre si fuera su nieto de verdad, y el día que fueran mis hijos los que la llamaran abuela, se le iba a caer la baba. Por primera vez en mi vida, tenía la necesidad de formar mi propia familia, pero si no era con Naima, me iba a costar hacerlo con otra mujer, eso lo sabía a ciencia cierta.

Por fin había llegado la hora de salir para el restaurante. Me había vestido con un traje de chaqueta que parecía que lo habían cosido sobre mi cuerpo, aunque esté feo que yo lo diga, me quedaba espectacular. Era de un color

azul noche que resaltaba mi figura, y que combiné con una camisa blanca, sin corbata, y con zapatos y cinturón marrón.

Encima, me puse mi abrigo de paño gris, una bufanda y unos guantes de piel, porque hacía un frío que pelaba, y tomé un taxi. Si todo salía bien, me tomaría un par de copas para celebrarlo, eso como mínimo.

Metí la cartera y el móvil en el bolsillo del abrigo, y cerré la puerta, coincidiendo con Santi en el rellano.

—No me mires así que Eva me dijo que iría para allá directamente —me dijo, ya que lo hice con una ceja arqueada.

—Yo no he dicho nada, que conste —levanté las manos para defenderme.

—No lo has dicho, pero lo has pensado, que es lo mismo —me respondió, y no pude reprimir una carcajada.

—Anda, vamos y compartimos el taxi que está abajo esperando.

—Pues no sabes el favor que me haces, porque no quería coger el coche y a esta hora, es prácticamente imposible buscar uno —contestó, y es que un sábado a esa hora, pillar un taxi era misión imposible.

—Que poco previsor eres, chaval —le dije, entre risas.

—De eso nada, lo que ocurre es que Eva vino a comer y, ya sabes, una cosa llevó a la otra… y cuando me metí en la ducha, eran casi las ocho. Te aseguro que, si ella llega a tiempo, es porque se teletransporta, porque no ha tenido tiempo material —me dijo, muy serio y convencido.

Bajamos al portal y, efectivamente, ya estaba el taxi esperándonos. No tardamos más de diez minutos en llegar, y lo que me reí al ver la cara de Santi cuando se fijó que Eva ya estaba en la puerta, fue poco.

—Joder ¿cómo lo ha hecho? —me dijo, sin quitar la cara de asombro.

—No sé, pregúntaselo a ella —contesté.

Una vez que estuvimos todos juntos, le dijimos al jefe de sala que teníamos una mesa reservada, pero que, por favor, nos pusiera para que pudieran vernos desde la mesa del señor Gutiérrez, pero no solo uno de los comensales, sino los dos.

Le expliqué lo que me había llevado a pedir eso, pero sin entrar en detalles, y el chico me miró sonriente, asegurándome que así sería. Tenía pensado que le daría una buena propina si lo conseguía.

Capítulo 32



Naima

Giré mi cabeza un segundo, y no me lo podía creer. Allí estaban todos, en especial Jorge, que venía guapísimo. Mi rostro mudó de gesto y de color, y Aaron lo notó, y no dudó en preguntarme.

—Naima, ¿te ocurre algo? —me preguntó, con una ceja arqueada.

—Nada importante, no te preocupes —le respondí.

—Cualquiera lo diría, porque te ha cambiado la cara. Prefiero que me digas que no quieres compartirlo conmigo a que me mientas y me hagas creer que no te ocurre nada —me dijo, algo enfadado y no me gustó nada su postura.

—Aaron, me parece que no tenemos la suficiente confianza como para que te cuente mi vida, ¿no crees? —le respondí, en un tono que evidenciaba mi molestia.

—Si queremos empezar algo y que funcione, creo que tendríamos que cambiar eso, ¿no te parece?

Pero… ¿este tío de qué iba? ¿Se pensaba que por ir a cenar con él una noche ya me iba a casar con él? Todos los locos me tocaban a mí, y si no,

eran gilipollas. Tenía un imán para atraerlos, y mientras, en la mesa de al lado veía a mis amigos reír a carcajadas, y eso me entripaba, la verdad.

—Te dije que nada más que podía ofrecer una cena y una copa, y me parece que estás sacando las cosas de lugar, Aaron. No tengo ningún pensamiento de empezar nada contigo, al menos que implique algo más que una amistad —le dejé claro.

—Está claro que a ti te interesa más alguien de esa mesa de ahí, y no suelo hacer el imbécil con ninguna mujer que no esté realmente interesada en mí —me soltó, levantándose y poniéndose la chaqueta para marcharse.

—¿Dónde vas? ¿En serio esperabas algo más después de lo que te dije ayer?

—Por supuesto, no invitaría a nadie a cenar sin el premio de después. Pensé que, cuando te referías a una copa, lo decías haciendo un símil con el sexo. Yo tampoco quería nada más que eso, un buen rato y, si la cosa iba bien entre nosotros, ser pareja abierta —me soltó, dejándome con la boca abierta.

—Pues fui muy clara, si me hubiera querido acostar contigo, lo habría hecho hace mucho tiempo, y te lo habría dicho muy clarito. Y sí, tienes razón, me interesa alguien de esa mesa, en realidad todos, porque son mis amigos, y con ellos no tengo que fingir ser alguien que no soy —le contesté, y la que se levantó fui yo.

Me dirigí a la barra, para pagar lo que habíamos consumido, porque el desgraciado prepotente, no tuvo la decencia de pagar ni las consumiciones, sino que se marchó sin decir ni adiós. Por suerte, si nos retiraba sus campañas, nos iba demasiado bien como para afectarnos.

—¿Se le iba a convertir en calabaza la carroza a tu príncipe? —me dijo Jorge, que vino detrás de mí en cuanto me vio levantarme.

—Más bien, se ha convertido en sapo —le contesté, y soltó una carcajada.

—Venga, vente a nuestra mesa, ya le he dicho al chico que ponga los dos vinos y el entrante en nuestra cuenta, no tienes que pagar nada —me dijo, y me asombró, la verdad.

Me tomó por la cintura, y un escalofrío me recorrió por toda la espalda. Mi cuerpo tenía memoria y reconoció esas manos como las responsables de las caricias que me habían hecho sentir lo que nadie. Jorge se dio cuenta, y me miró, sonriente.

—No intentes negarlo, Naima. Lo has notado, igual que yo —me dijo, y no pude hacer otra cosa que agachar la cabeza.

—Chica, vaya chasco que me he llevado con el señor Gutiérrez —me dijo Eva, que era la primera que me había animado a salir con él.

—Pues imagínate yo. Se presentó como un príncipe, y resultó ser Shrek, un ogro insensible que lo único que pretendía era meterse entre mis piernas —le dije, y vi como Jorge se tensaba.

—No lo culpo, yo también querría hacerlo, pero, en otros términos —me dijo al oído, para que no se enterara nadie, y dejar luego un beso en mi cuello.

No pude contestar, no me salieron las palabras, así que me dediqué a comer, y así podía justificar mi silencio. Después de cenar, decidimos ir a tomar una copa al local donde trabajaba Jorge antes de irse, y así, de ese modo, poder saludar a Pedro, al que todavía no había visto desde que llegó.

—¿Nos repartimos en dos taxis o vamos andando? —preguntó Sergio.

—Si las chicas están dispuestas, por los tacones lo digo, podemos dar un paseo, que tampoco está tan lejos. No creo que nos lleve más de quince minutos andando —dijo Santi, y todas dijimos que sí.

Jorge se situó a mi lado, y fuimos hablando de todo y de nada. Me contó que su madre quería conocerme, y que ahora, por fin, empezaba a ser feliz, sobre todo porque la había recuperado. Yo le conté como habíamos decidido dejar la empresa y montar la nuestra. Al principio no pensaba que Carlos fuera capaz de hacer lo que me dijo, pero luego, se alegró por la decisión que habíamos tomado.

Casi sin darnos cuenta, habíamos llegado hasta la discoteca. El chico de seguridad de la puerta no nos hizo esperar, y nos dejó pasar a pesar de la cola que había en la puerta.

—¿Cogemos un reservado? —preguntó Jorge, y todos asentimos con la cabeza.

—Sí, allí estaremos más tranquilos, en especial Alba, que se puede llevar un codazo —dijo Mario, que estaba con su chica que no sabía dónde ponerla.

Una vez que nos sentamos y pedimos las copas, nos estuvieron contando como se lo habían tomado sus padres, que, según Sergio, se pusieron a llorar y a dar saltos por el salón, de la alegría.

—No seas exagerado, hermano. Sí que se alegraron, y que mamá soltó alguna que otra lagrimilla, pero de ahí a que se pusieran a saltar… —le dijo Mario.

—Lo que tú digas, si hasta han hablado de regalarle ellos la habitación completa y el cochecito. Están como locos, pero una cosa os voy a decir, el padrino de ese niño seré yo, os pongáis como os pongáis —decía Sergio, muy serio, causando la carcajada de todos.

En un momento dado, sonó una canción que me encantaba, y no dudó en cogerme de la mano y sacarme a bailar. Durante este año había perfeccionado su técnica de baile, ya que no había gimnasio en el pueblo, y se apuntó a las clases que impartía un chico una vez a la semana en el centro cívico, así por lo menos podía moverse un poco y hacer algo de ejercicio. De todo eso me enteré luego, cuando terminamos de bailar.

—No sabías que bailabas salsa tan sumamente bien —le dije, cuando, tras una vuelta, me pegó a él.

—Digamos que he perfeccionado mis movimientos —contestó, diciéndomelo en el oído.

—Ya lo veo, ya —le dije, algo roja, porque, en uno de esos movimientos, me clavé su erección en mis nalgas.

—Todo esto me lo provocas tú. ¿Vas a darnos ya una oportunidad o tendré que seguir insistiendo? —me dijo, y no supe que contestar.

Capítulo 33



Jorge

Cada vez estaba más cerca de que diera su brazo a torcer y nos permitiera ser felices a los dos, pero justo cuando me iba a contestar, apareció quien menos quería que lo hiciera, Aitana.

—Vaya, Jorge, qué cambio has dado. Ahora pareces un señor, se nota que te ha ido bien la cosa. Cuando quieras, nos vemos en el almacén… o, mejor, me invitas a cenar y me cuentas todo —me dijo, pasando su mano por mi brazo, ese que aparté inmediatamente.

—No sé como tienes la cara tan dura como para decirme eso, después de hacer lo que hiciste —le respondí, y es que las personas así de interesadas me causaban repugnancia.

—Pensé que tendrías más orgullo y que le darías la patada, pero al parecer, eres igual de rastrera que él —le dijo a Naima, y cuando iba a contestarle yo, se adelantó ella.

—Y yo que las mujeres como tú no trabajaban en lugares como este. Digamos que te hacía más en un bar de carretera, de esos en los que hay camas y puedes hacer bien tu servicio, no en un almacén —le contestó, diciéndole en pocas palabras que era una puta, y no por acostarse con un gran número de hombres, sino por no jugar limpio con ninguno.

—¿Estás insinuando que soy…?

—No insinúo nada, piensa lo que quieras. Y ahora, si no te importa, tenemos cosas que hacer que no implican que tú estés delante —le dijo, me tomó de la cara y me besó, y yo no dejé pasar la oportunidad.

La pegué todavía más a mí, y pude notar como su pulso se aceleraba y se ponía nerviosa.

—Vamos a mi casa —le dije en el oído.

—No sé si me arrepentiré mañana, pero en estos momentos, no quiero estar en otro lugar que no sea contigo —me contestó.

—Te aseguro que no lo harás, yo me encargaré de ello —respondí.

No le dijimos adiós a nadie, ya les enviaría un mensaje, aunque no creía que hiciera falta, porque, al no vernos a ninguno de los dos, atarían cabos, estaba seguro de ello.

Paré un taxi, el primero que pasó y sin soltar su mano, nos montamos en el asiento trasero. Nos mirábamos con deseo, pero también con amor, ese que ninguno de los dos habíamos dicho todavía que sentíamos, quizás por miedo, quizás por vergüenza, pero estaba seguro de que no tardaríamos mucho en verbalizarlo.

Entramos en el portal, y se extrañó, pensando que vivía con Santi, y así me lo hizo saber.

—Podríamos haber ido a mi casa, y así estar a solas. A no ser que Santi pase la noche en casa de Eva…

—Ni vamos a ir a tu casa ni conozco los planes de Santi. Te quiero en mi cama, que dejes tu olor en mi almohada, y pasar el fin de semana juntos. Este será el primero de muchos, porque no pienso parar hasta que te vengas a vivir conmigo —le dije, para besarla a continuación y no darle opción a réplica.

Cuando vio que abría la puerta contigua a la de Santi, me miró extrañada. No la dejé ni siquiera que entrara, la acorralé contra la puerta y la besé de una manera que dejaba claro el deseo que sentía por ella.

La cogí en brazos, haciendo que rodeara con sus piernas mi cintura, y la llevé hasta mi dormitorio, dejando su abrigo y el mío tirados por el pasillo, al igual que su bolso y sus zapatos. Era un reguero de pasión, porque ambos estábamos deseosos de sentirnos piel con piel.

Cuando llegamos a los pies de mi cama, la dejé en el suelo, le di la vuelta y abrí la cremallera de su vestido, dejándolo caer, mientras besaba su cuello y sus hombros, y dejándola tan solo con su braguita y las medias de liga, que me pusieron más a cien, si es que eso era posible.

Ella llevó sus manos a los botones de mi camisa, porque mi chaqueta había caído junto con mi abrigo. Ni se molestó en abrirlos, sino que jaló de ella hacia arriba, sacándomela por la cabeza, mientras me soltaba la hebilla del cinturón junto al botón del pantalón, haciendo que cayera en mis tobillos.

Con dos patadas me deshice de ellos y de los zapatos. Me arrodillé en la cama, entre sus piernas y, con los dientes, le fui bajando las medias, dejando un reguero de besos a lo largo del interior de sus muslos.

Cuando menos se lo esperaba, aparté su braguita a un lado, y lamí su sexó, provocándole un gemido de placer que no me dejó indiferente. Con mis manos partí su tanga, y lo lancé a un lado de la cama. Me daba igual, mañana le compraría otras, pero ahora la necesitaba así, a mi merced.

Abrí sus piernas y, entonces sí, me lancé a darle placer, que era lo que más me apetecía. Verla retorcerse con mi lengua y mis dedos, era lo mejor que podía tener ante mis ojos y cuando se corrió entre gritos, esa fue la mejor música para mis oídos.

Subí hasta su boca, donde dejé que se saboreara en mis labios, en mi lengua, pues la besé como sentía y necesitaba, con hambre y pasión. Ella tomó mi miembro entre sus dedos, lo masajeó arriba y abajo, y lo puso en la entrada de su vagina, elevando sus caderas para recibirlo en su interior.

—No me he puesto preservativo —le dije, sintiendo el mayor placer que había sentido en mi vida.

—No hace falta, tengo puesto un DIU desde hace mucho tiempo, y estoy limpia —me respondió.

—Yo también, solo me acosté con una mujer en este tiempo y usé preservativo —le dije, sin dejar de bombear en su interior.

En un momento dado, le di la vuelta, dejándola encima de mí, y me senté en la cama, para que la notara mucho mejor. Ella cabalgaba como loca, con su pecho a la altura de mi boca, mientras yo elevaba mis caderas para ir a su encuentro, llegando hasta el fondo de su vagina.

Nos corrimos al unísono, entre gritos y jadeos que intentamos acallar el uno en la boca del otro. Ese fue el primer asalto, porque no descansamos hasta bien entrada la madrugada, que fue el momento en el que caímos rendidos, abrazados en la cama, quedándonos dormidos hasta que escuchamos el timbre de la puerta.

—Joder, ¿quién es tan temprano? —dijo ella, acurrucándose sobre mi pecho.

—Sigue durmiendo, voy a ver quién es —le dije, poniéndome un albornoz por encima para abrir la puerta.

—¿Te cojo en mal momento? —me dijo la persona que estaba al otro lado de la puerta y que era una vecina que no paraba de tirarme los tejos desde que llegué al edificio.

—La verdad es que sí, estoy en la cama con mi mujer. Si no es nada urgente, te pediría que volvieras luego —le dije, cortándole el rollo, porque, si yo había abierto en albornoz, ella había venido con un camisón muy corto y una bata que dejaba poco a la imaginación.

—Perdona, no sabía que estabas casado —me dijo, coqueteando.

—No lo estoy, pero que no hayamos firmado un papel, todavía, no significa que quiera algo con otra mujer, y menos una que se me sirve en bandeja —le dije, cuando en ese momento, salía Naima con una camiseta mía.

—Pues tú te lo pierdes, chaval. Estoy segura de que, si ella no estuviera aquí, ya me habrías empotrado contra la puerta —respondió, la muy descarada.

—Será mejor que me vaya —dijo Naima, pero no la dejé, y le cerré a la otra la puerta en las narices.

Capítulo 34



Jorge

—De aquí no se va nadie. Esa tipa es una vecina impresentable que piensa que se puede tirar a todo el que se le meta por los ojos, pero conmigo lo tiene claro, como habrás podido comprobar.

Una vez dicho esto, y tomándola completamente por sorpresa, la cogí en brazos, echándomela al hombro, y la llevé así hasta el baño, donde la dejé en el interior de la ducha, entre risas y golpes en mi trasero para que la bajara.

—Eres idiota —me dijo, riendo.

—Sí, pero soy tu idiota preferido —le solté, del mismo modo.

Dejé caer mi albornoz sobre el mueble del lavabo, al igual que su camiseta, y me metí con ella en ese cubículo que, sin ser pequeño, nos hacía estar muy pegados el uno al otro.

¿Qué os puedo contar de ese momento? Pues que nos volvimos a dejar llevar, presos de la pasión que nos embargaba, esa a la que le dimos rienda suelta. Nuestras manos no podían apartarse del cuerpo del otro, propinándonos caricias de todas las formas que conocíamos, hasta que ambos conseguimos llegar al orgasmo, uno que fue de lo más brutal.

—Venga, vamos a prepararnos algo para desayunar. Yo no sé tú, pero yo estoy famélico —le dije, mientras se volvía a poner la camiseta que había cogido de mi cajón.

—No tengo bragas, un salvaje me las destrozó anoche, y ahora, tendré que ir con el cuco al aire —me dijo, bromeando.

—Mejor, así te tengo más a mano. Si te sirve de consuelo, yo solo me voy a poner el bóxer, con la calefacción y una mantita, en el sofá se tiene que estar de lujo —respondí.

—Claro, pero tú no vas a llevar tu cosita colgando…

—Ni tú tampoco, entre otras cosas porque está bien pegada. Pero vamos, que eso lo compruebo yo ahora mismo —dije, metiendo mi mano entre sus piernas, y vi cómo se estremecía.

—Joder, Jorge, no puedes ir haciendo eso —me dijo, con la voz entrecortada.

—Está perfecto y me lo comería ahora mismo, pero primero vamos a desayunar en condiciones, tenemos un largo día por delante —le dije, guiñándole un ojo.

La cogí en brazos y la senté en la encimera de la cocina, donde le puse una taza de café en las manos. Me encantaban esas cafeteras de cápsulas, eran super prácticas y hacían un café buenísimo. Estaba pensando en comprarle una a mi madre, cuando sonó mi móvil, parecía que estábamos sincronizados, pues era ella con una videollamada.

—Hola mamá, ¿qué tal se presenta el domingo? —le dije al verla sonreír a través de la pantalla.

—Pues, como hace frío y está lloviendo, nos vamos a quedar en casita jugando al parchís, que al niño le encanta —me contestó ella, y vi como el ceño de Naima se arrugaba por lo que había dicho.

—Me parece un plan perfecto, yo también me voy a quedar en casa. Aquí no llueve, pero sí que hace muchísimo frío. Por cierto, yo tampoco voy a estar solo, mira, te presento a Naima —le dije, dándole la vuelta al teléfono y casi se ahoga con el sorbo de café, porque no se lo esperaba.

—Ay, truhan, pero tú no vas a jugar al parchís, precisamente. Porque con esa preciosidad, si no aprovechas, tonto serías. Solo una cosa, espero que esa sea la chica que te quita el sueño, porque si te estás acostando con otra por despecho, al final, te vas a arrepentir —me dijo, muy seria.

Los ojos de Naima se iban abriendo cada vez más, y yo no pude reprimir una carcajada al verla, al igual que mi madre, que se dio cuenta de que ella no sabía nada.

—Gracias, mamá, me acabas de jorobar mi intento de declaración. Ahora ya sabe que mi corazón le pertenece, y podrá hacer con él lo que le dé la gana —le dije, para buscarle la lengua.

—Señora, ha parido usted al hombre con la cara más dura del planeta. Tan solo espero que no fuera así cuando nació, porque le tendrían que haber cogido a usted más puntos en el chumino que los que lleva el que va el primero en la liga de futbol —le soltó, mientras mi madre y María no podían parar de reír.

—Siempre ha sido así, hija, un zalamero de cuidado. Eso sí, nunca ha escondido sus intenciones, llevaba la verdad como bandera, y ha intentado no hacerle nunca daño a nadie. Es más, creo que la mayoría de las veces, el que ha salido lastimado ha sido él, empezando por nosotros, sus padres, que no supimos ver sus necesidades, perdiendo un tiempo precioso…

—Mamá, ya te he dicho que todo eso quedó atrás. Ahora, tenemos que mirar al futuro… Tengo una idea, ¿qué te parece si nos vamos a pasar las Navidades a tu casa del pueblo? —le dije, sin ni siquiera consultarlo con Naima.

—Eso sería fantástico. Y tráete a ese amigo tuyo, a ver si le da una alegría a esta, que debe tener hasta telarañas ahí abajo —soltó, y Naima no pudo reprimir la risa.

—¡Abuela! No digas eso, que yo me las apaño muy bien sola —dijo María, completamente sonrojada.

—Chica, pero no es lo mismo. Te lo digo yo con conocimiento de causa —le soltó Naima, como si fueran amigas de toda la vida.

—¿Lo ves? Ahora mismo vamos a entrar en el Internet ese y vamos a comprarte varios conjuntos de ropa interior sexy, y te quitas ya esas bragas de cuello vuelto que me llevas. Jorge, cuando las tiende, no sé cuáles son las de ella y cuales las mías, con eso te lo digo todo —explicaba mi madre.

—Mamá, tampoco necesitaba saber esos detalles. Pero me parece muy bien que lo hagas, y, si necesitáis dinero, me avisas que te lo mando inmediatamente —le contesté.

Cuando colgué la llamada, Naima me miró muy seria, pero con un beso y una sonrisa, conseguí que se suavizara su gesto, y que hablara con más tranquilidad de la que tenía pensado hacerlo.

—Qué sepas que, esto que has hecho, ha sido una encerrona en toda regla —me dijo.

—Oh, no. Tu suegra estaba deseando de conocerte —le dije con mucha guasa.

—¿Qué hablas de suegra, ni suegra? Hasta que no tenga un anillo en el dedo, yo no uso de eso — contestó, la muy descarada.

—Tiempo al tiempo, jefa —le dije, guiñando un ojo.

—Ni se te ocurra volver a llamarme así, es una cosa que odio, me enerva como no te puedes imaginar —me dijo, y se dio cuenta de que había metido la pata.

Capítulo 35



Naima

De momento, todo nos iba muy bien, tanto a nivel profesional como a nivel personal. La mayoría de los días los pasaba en casa de Jorge, en el ático, por lo que me fui llevando ropa para no tener que andar en camiseta y con el culo al aire.

—Naima… ¿no crees que deberías dejar tu piso y trasladarte aquí conmigo? —me dijo esa mañana, mientras nos lavábamos los dientes.

—No sé, Jorge, todavía me parece un poquito pronto, la verdad —le contesté

—Venga ya, Naima. Si prácticamente vivimos juntos, deja el miedo a un lado —me dijo, y sabía que tenía razón, pero sentía pavor de que me defraudara de nuevo y no tener un techo bajo el que guarecerme.

—Te propongo una cosa. Esperemos a que pasen las fiestas y, cuando eso pase, te prometo que tomaré una decisión —le dije, intentando alargar lo máximo posible todo lo concerniente al traslado.

Salimos hacia la oficina, porque hoy teníamos una reunión con la empresa de Aaron, bueno, en la que trabajaba, porque poco después nos enteramos de que no había dicho una verdad ni de cachondeo. Era un

empleado más, aunque de confianza del jefe y propietario y cuando me invitó a esa cena, pensaba pagar con la tarjeta de la empresa. No se podía tener la cara más dura que él.

—Seguro que el gilipollas ese no es capaz de darte la cara hoy. Si lo hace y te incomoda en algo, no dudes en llamarme, por favor —me dijo, entrando en las oficinas y yendo cada uno para un despacho.

—No creo que aparezca, no coge ni el teléfono cuando llamo para alguna campaña ya programada… —dije, y lo vi entrar junto a su jefe, un señor de unos cincuenta y muchos años, elegante y con cara de buena persona.

—Buenos días, señorita de Dueñas —me dijo, ofreciéndome su mano.

—Buenos días, señor Campos, aunque preferiría que se dirigiera a mí como Naima —le dije, aceptando y estrechando la mano que me había ofrecido.

—Entonces, yo seré Andrés —me respondió, sonriente.

—Amor, me voy a mi despacho. Si me necesitas para algo, me avisas —me dijo Jorge, al que Aaron no dejaba de mirar.

—No te preocupes, hombre, que no te la voy a quitar —le dijo el otro, buscando gresca.

—Entre otras cosas, porque no podrías, aunque quisieras. Buenos días, señor Campos, voy a ponerme con el trabajo, que tengo bastante —le dijo Jorge, zanjando toda polémica.

—¿Qué pasa aquí, Gutiérrez? ¿Has intentado algo con esta señorita? Porque me parece que a tu mujer no le iba a hacer mucha gracia enterarse de eso —le dijo, y me dejó con la boca abierta.

—Yo… fue tan solo un día que la invité a cenar, Andrés, pero sin ninguna pretensión —se justificó, sabiendo que había metido la pata.

—Haré como que no he escuchado nada y centrémonos en el trabajo, por favor. No me gusta perder el tiempo con cosas que no la merecen —le contesté, y vi como Andrés asentía con la cabeza.

La reunión fue de lo más productiva, a pesar de que Aaron intentó poner todas las trabas posibles para que no prosperara, pero no lo consiguió. Cuando Andrés salió de mi despacho, lo hizo con la propuesta para dos campañas más, además de las que ya teníamos firmadas.

—A partir de este momento, quiero que te pongas en contacto directamente conmigo, Naima, así nos dejamos de intermediarios que no son necesarios. Yo sé lo que quiero, y tú sabes lo que ofrecerme —me dijo, estrechando mi mano tal y como hizo al llegar.

—Yo también lo considero lo adecuado, Andrés. Ya tienes mi teléfono, para cualquier cosa, ya sabes donde encontrarme —le respondí, con gran satisfacción.

En cuanto salieron de las oficinas, tanto Eva, como Alba, entraron en mi despacho, y al poco tiempo llegó Jorge, con la excusa de enseñarme una documentación, cuando en realidad lo que quería era saber lo que había pasado en la reunión.

—No os lo vais a creer, el desgraciado ese está casado y con hijos, y mucho me temo que no es la primera vez que lo hace, a juzgar por la cara que ha puesto Andrés cuando se ha enterado —les dije, y mis amigas alucinaron.

—¡Menudo personaje! —dijo Eva, negando con la cabeza.

—Iba de hombre perfecto, y no llega ni a medio y con taras —les dije yo, y terminamos riendo a carcajadas.

—Espero que su mujer se dé cuenta del hombre que tiene a su lado y recapacite. Los hombres así no deberían casarse nunca —dijo Jorge, que eso sí que lo tenía claro con él, no sería capaz de ponerme los cuernos, antes hablaría conmigo y lo dejaríamos.

—Pues sí. Son personas que se creen que las mujeres somos como los pañuelos de papel, de usar y tirar —le dijo Alba, que estaba de lo más sensible con el embarazo.

Dejamos todo listo y nos fuimos a comer. Durante esa semana saldríamos un poco más tarde de lo normal, para así dejar todo listo y cerrar desde el veinticuatro hasta el día dos, y que cada uno de los empleados pudieran pasar las fiestas con sus familias.

A la comida se nos unieron los chicos, que ese día tenían turno de noche, excepto Santi, que ese tenía el horario que le salía del alma, al ser el propietario de la empresa y delegar en gente de confianza.

—Mi madre me dijo el otro día que quería que fuéramos todos a pasar la Navidad al pueblo —dijo Jorge, bastante emocionado.

—Yo había alquilado una casita en la sierra, pero visto lo visto, he anulado la reserva —les explicaba yo.

—Si le digo a mi madre que no vienes, es capaz de mandarme a buscarte como ella me trajo al mundo. ¿Os podéis creer que lo primero que hace en cada llamada es preguntar por ella? Con el trabajo que me ha costado que me quiera, y viene ella a quitarme de nuevo su cariño —dijo Jorge, en tono burlesco, por supuesto.

—Tendrá cara el tío, cuando es él quien me pasa la llamada en cuanto ve que es su madre…

—Además, hasta le ha comprado ropa interior sexy a María, dice que le hace falta un buen meneo.

Cuando dijo eso, a Sergio le salió el sorbo que le había dado a la cerveza hasta por la nariz, causando la risa en todos nosotros. Mientras que nosotros no podíamos parar de reír, él casi se ahoga.

—Eres un cabrón, tío. ¿Cómo sueltas algo sí de buenas a primeras? —le dijo cuando se recuperó un poquito.

—¿Cómo quieres que lo haga? ¿Te lo cuento como las series, por episodios? —le respondió Jorge, con toda la guasa del mundo.

—Tengo una idea, el jueves es festivo, pues podríamos cogernos el viernes de puente e ir a hacerle una visita durante el fin de semana —dije, cogiendo a Jorge por sorpresa.

—Anda que no está loca por conocer a la suegra, ni nada —dijo Santi, dándole un codazo a mi chico.

—Por mí, no hay problema. Nos organizamos y salimos el miércoles después de trabajar —dijo Sergio, que estaba mirando el cuadrante de la farmacia.

Capítulo 36



Jorge

Esos tres días fueron frenéticos en el trabajo, porque todos tuvimos que arrimar el hombro un poquito más de la cuenta, para poder tomarnos el viernes libre.

A mi madre no le había dicho nada, porque como no llegaríamos demasiado tarde, quería que se llevara la sorpresa de su vida. Nuestra relación había mejorado en un ciento por ciento desde la muerte de mi padre y la desaparición de Valeria, de la que había sabido que había perdido el bebé que esperaba. Llegué a pensar que lo había hecho a propósito, pues fue en un accidente de tráfico, pero luego me di cuenta de que me había equivocado, pues estaba sumida en una fuerte depresión.

—¿Habéis cargado ya todo? —les pregunté, antes de emprender el camino.

—Podemos irnos cuando queráis —me dijo Mario.

Íbamos todos en mi coche, que era de siete plazas, y así no tendríamos que estar buscando aparcamiento ni nada por el estilo. El maletero iba repleto de cosas, parecía que, en vez de irnos cuatro días, permaneceríamos allí un mes, pero las chicas eran así. Bueno, y Sergio, que llevaba absolutamente de todo, cuando al final nos pegaríamos todo el fin de

semana en chándal o, como mucho, con unos pantalones vaqueros y poco más.

Nos esperaban dos horas de trayecto hasta llegar, así que, si no había ningún contratiempo en la carretera, lo haríamos sobre las ocho de la tarde, una hora en la que mi madre todavía no habría cenado, y lo podríamos hacer todos juntos.

Cuando entramos por el pueblo, noté a Naima algo nerviosa, por eso, cogí su mano y la apreté.

—En otros tiempos, te diría que no le hicieras caso a lo que te dijeran. Pero, ahora, estoy completamente seguro de que te va a recibir con un abrazo y un beso casi más fuerte que el que me dará a mí, ya lo verás —le dije, tranquilizándola un poco.

Aparqué delante de la puerta, y entré con mi llave. Cuando mi madre, que estaba sentada en el sofá viendo la televisión, levantó la cabeza y nos vio a todos en el pasillo que daba al salón, casi saltó de alegría.

—Pero bueno… ¿por qué no me has avisado de que veníais? —me dijo, dándome un abrazo y comiéndome la cara a besos.

—Porque, entonces, no habría sido una sorpresa, que es lo que pretendíamos darte —le dije, sin soltarla.

—Ay, mi niña, si también ha venido. No sabes las ganas que tenía de darte un beso y un achuchón enorme. Gracias por traerle de vuelta la felicidad a mi hijo, estaba mustio hasta que tú has llegado —le dijo a Naima, e hizo lo mismo que conmigo, abrazarla y llenarla de besos.

—Ha sido mutuo, se lo puedo asegurar —le contestó ella, hablándole de usted.

—Espero que eso de hablarme de usted se te haya escapado. Yo soy Lola, como mucho, la abuela Lola, todo lo demás, sobra —le dijo mi madre, girando la cabeza como la niña del Exorcista, y provocando una carcajada en todos nosotros.

—Abuela Lola, ¿de dónde ha salido tanta gente? —dijo el hijo de María, que se llamaba David, y que corría delante de su madre.

—Perdonad, pero es un entremetido como lo fue su padre durante toda su vida. ¿Se puede saber, que te importa a ti de dónde han salido? —le dijo María, sin levantar la cabeza de su hijo.

—Jo, mamá… ¡Mira, son repetidos, como los cromos! —dijo el niño, refiriéndose a Mario y Sergio, y todos empezamos a reír de nuevo.

—Desde luego, tienes unas cosas que son para… Anda, si es verdad, sois igualitos —dijo ella, poniéndose roja como un tomate, cuando Alba intervino.

—Sí, sí, igualitos, pero este es el mío, y espero que no te equivoques. Estoy embarazada, tengo las hormonas en plena ebullición, y no sé de qué sería capaz —le dijo, bromeando.

—Amor, en cuanto que nos escuche hablar, te aseguro que sabrá distinguirnos. Por cierto, yo soy Mario, y él es mi hermano gemelo, Sergio —se presentó.

Uno a uno, se fueron presentando, pero Sergio se quedó para el último, no sé si porque no podía reaccionar al tenerla delante, o porque quería que fuera su beso el que recordara.

La cara de María era un poema, no sabía si sonreír o permanecer seria, sobre todo cuando mi amigo se acercó a ella y se puso a hablarle. Mi madre

nos hacía gestos con las manos, para que le echáramos un cable, y Naima lo entendió de inmediato.

—¿Qué os parece si nos vamos todos a cenar al bar que hemos visto al llegar? María, tú te vienes, así que, quítate ese delantal y píntate los labios —le dijo.

—Yo, no puedo, la señora Lola…

—La señora Lola está estupendamente, y se quedará con David jugando al parchís. ¿Verdad, mi vida? —la interrumpió mi madre.

—Claro que sí. ¿Sabes, abuela Lola? Ese hombre mira a mi madre como si quisiera ser su novio, y me encanta. ¿Jugarás mañana conmigo al futbol? —le preguntó el niño a Sergio, que lo miraba con mucha dulzura.

—Por supuesto que sí. Además, traigo un chándal y unas zapatillas de cuando yo entrenaba, y que me vendrán muy bien. ¿Tienes una buena pelota? —le dijo al niño, que negó con la cabeza.

—No, la que tengo es muy vieja, pero nos va a servir, porque aquí no hay donde comprar nada de eso —le respondió el niño, y supe lo que haría mi amigo a continuación.

No me equivoqué, mientras que esperábamos a María, él entró en una de esas aplicaciones para hacer compras online y que llegaban al día siguiente, y le compró al niño un chándal como el suyo, unas zapatillas nuevas, de esas que vienen indicadas para jugar al futbol, y el balón de la liga. Lo puso para que lo entregaran al otro día antes de las doce de la mañana, pagando el suplemento que le pedían.

—Ya estoy lista, podemos irnos —dijo María, que bajaba las escaleras en ese momento.

—Vaya, estás preciosa —le dijo Naima, porque Sergio se había quedado sin palabras.

—Hace mucho tiempo que no salgo y que no me arreglaba, la verdad es que me hacía falta un poquito de esparcimiento —le contestó ella.

—Pues eso se terminó, te lo aseguro. A partir de ahora, los días que no tenga guardia en la farmacia, yo me encargaré de venir para que podamos salir por ahí —le dijo mi amigo, completamente convencido.

—Sí, pero no os vayáis a pensar que yo me voy a quedar aquí siempre. A mí no me importa si queréis daros un besito delante de mí, es lo normal que hacen los novios —dijo David, y todos estallamos en una carcajada.

—Me parece que está usted corriendo demasiado, mocoso —le dijo su madre, pero Sergio negó con la cabeza.

—Lleva el ritmo perfecto y, como estás de acuerdo con que le dé un beso a tu madre, no tengo por qué demorarlo más —dijo, la cogió por la cintura y la besó en los labios.

—Me parece que nos estamos perdiendo algo…

Capítulo 37



Naima

Al parecer, y eso lo supimos más tarde, Sergio se puso en contacto con la madre de Jorge, o sea, con mi futura suegra, como yo le decía, para pedirle el número de teléfono de María.

Durante estos días, habían estado hablando por teléfono todos los días, algunos incluso varias veces, y lo que había surgido entre ellos se fue forjando a fuego lento, hasta llegar al momento del beso.

Al día siguiente, cuando llegó el repartidor con las compras que había hecho Sergio, el niño no sabía ni que hacer, pero lo que no dudó fue en salir corriendo hacia él y darle un beso y un abrazo.

—Eres mejor que mi padre, y mi madre se merecía a una persona así —le dijo el niño, casi en un susurro, pero que todos escuchamos, poniéndonos los vellos de punta.

—Tu madre se merece todo lo bueno que le venga, David —le dijo Lola, dándole un abrazo a María.

—Tampoco era tan malo, solo que primero miraba por él, y luego, si le quedaba algo, era para nosotros —dijo ella, intentando justificar a su difunto marido.

—Pues, eso no es ser bueno, ni mucho menos. Primero debería de ser el niño, luego tú y, por último, él. Así se tienen que comportar los buenos padres, y te lo digo yo que no veo a los míos desde hace un montón de años. Me llamarán en Navidad, o ni eso, enviarán un cheque o un regalo caro, con un mensaje de felicitación y, si te he visto, no me acuerdo, hasta el año que viene si Dios quiere —le dije, pues a mí me dolía inmensamente la actitud de mis padres, pero no los podía cambiar.

—Uy, hija, te aseguro que, cuando lleguen a cierta edad, se darán cuenta del tiempo tan bonito que han perdido, pero ya no habrá nada para recuperarlo —me dijo Lola, que también había actuado mal con respecto a su hijo en tiempos pasados.

Al final, nos fuimos todos al parque, incluida Lola, que estaba muy bien, tanto de salud como de aspecto. Habíamos preparado varias tortillas y filetes empanados, aprovechando que el día se había levantado luminoso y con un sol que brillaba en el cielo, decidimos hacer un picnic en las mesitas que allí había.

Estábamos en ello, cuando vi que una mujer se acercaba hasta donde estábamos nosotros. Era guapísima, pero algo en ella echaba para detrás. Su aura no era limpia, y desprendía maldad por los cuatro costados.

—Vaya, veo que te va bien, Lola. Por fin has conseguido lo que querías, tener a tu hijo bajo tus faldas —le dijo a mi suegra, y no me pude quedar callada.

—Donde esté Jorge, me parece que no es asunto tuyo —le contesté.

—Por supuesto que sí. ¿No te ha contado que estuvimos a punto de casarnos? ¿O que perdí un niño suyo en un accidente de tráfico? —habló, dejándome callada —Ya veo que no.

—Si mi hijo no se casó contigo fue porque tú no quisiste seguirlo en su sueño, y ahora doy gracias al cielo de que no ocurriera, porque de menuda se ha librado. Y con respecto al niño, sabes de sobra que Jorge no era su padre…

—Admites que siempre ha estado enamorado de mí, y que lo estará durante toda su vida. Un simple chasqueo de dedos y vendrá a mí como un corderito —dijo, riendo con maldad.

—Ni, aunque fueras la única mujer encima de la tierra, volvería contigo. Deja de hacer daño gratuitamente y dedícate a ser feliz con la persona que tienes a tu lado…

—¡Ya no está! Se enteró de que me había acostado contigo y huyó. Eres el causante de todos mis males, pero ten clara una cosa, si yo no soy feliz, tú tampoco lo serás —gritó, interrumpiéndolo.

—La única responsable de todo eres tú, Valeria. Yo no tenía pareja, y me podía acostar con quién me diera la gana. No era tu caso, aunque me arrepentiré toda la vida de ello, porque encima no fue ni satisfactorio —le contestó Jorge, muy seriamente.

—Será mejor que te vayas, Valeria, y que no te vuelvas a acercar a nosotros nunca más —le dijo Lola, interponiéndose entre ella y su hijo.

Valeria nos miró a todos por encima del hombro, y salió huyendo de allí, pero no sin antes dedicarme una mirada incendiaria, pero que a mí me dio igual, no iba a entrar en su juego.

—Amor, espero que no te hayas creído ni una sola palabra de lo que ha dicho —me dijo Jorge, algo preocupado.

—Aunque hubiera sido verdad, cuando eso ocurrió tú y yo no teníamos nada, tan solo nos habíamos acostado una vez…

—Es cierto que me acosté con ella cuando llegué aquí, pero no que estuviera embarazada de mí, ni mucho menos —me aclaró, y una punzada de celos me atravesó el corazón.

—Será mejor que esto lo hablemos luego, ahora mismo no me apetece —le dije, y sabía que respetaría mi decisión.

El miedo a que algo así volviera a suceder cuando me fuera a vivir con él se apoderó de mí, de nuevo. Por mucho que intenté quitármelo de la cabeza, no lo conseguía, y mi sonrisa no me llegaba a los ojos, aunque lo intenté con todas mis fuerzas.

—¿Me dejas darte un consejo? —me habló María, sentándose a mi lado en el banco.

—Claro, somos amigas y sé que todo lo que me digas, será por mi bien —le respondí.

—No dejes que el miedo se haga dueño de tus actos. ¿Acaso piensas que yo no pensaba que me volvería a pasar lo mismo que con mi difunto marido? Por supuesto que lo pensé, y me frené muchísimas veces, pero Sergio me ha demostrado, con creces, que no todos los hombres son iguales —me dijo, pero su caso era distinto.

—Es diferente, a mí, el que me defraudó en su día es el mismo que me pide que me vaya con él —intenté explicarle.

—La situación ha cambiado mucho. He visto a ese hombre buscar tus redes sociales para ver tus fotos, mientras que sus lágrimas caían sin control. Date, o, mejor dicho, daros la oportunidad de ser felices, Naima, no te vas a arrepentir —me dijo.

En ese momento llegó Sergio con David en brazos, la tomó de una mano, levantándola del banco y arrimándola a él, donde la abrazó y le dio un beso en los labios, ante la sonrisa del pequeño. La estampa era tan bonita, que no dudé en tirarles una foto sin que ellos se dieran cuenta, y se la pasé a mi amigo por WhatsApp.

—Gracias, Naima, esa foto es el fiel reflejo de lo que somos, de como nos sentimos, como una familia. La voy a imprimir y a enmarcarla para ponerla en la farmacia —dijo, y ella se puso como un tomate.

—No puedes hacer eso. ¿Qué dirían tus padres?

—Pues que ya era hora de que lo hiciera, eso es lo que dirían. Además, no te preocupes por eso, que ya les he hablado de ti y de David, y están deseando conoceros —cuando mi amigo le dijo eso, la sonrisa de María llegaba de oreja a oreja.

Capítulo 38



Jorge

Durante los cuatro días que pasamos en el pueblo, en casa de mis padres, Valeria se encargó de incordiarnos todos y cada uno de ellos, hasta que ya no pudimos más, y mi madre la enfrentó, diciéndole cuatros cosas bien dichas, y que la pusieron en su sitio.

Lunes de nuevo y otra vez en la oficina. Naima tenía una videoconferencia a última hora de la tarde, por lo que me dijo que la esperara en casa, así que aproveché para ir hasta el centro comercial a terminar de comprar los regalos de Navidad, que la teníamos a la vuelta de la esquina.

Ese fin de semana era la cena de Navidad de la empresa, en una finca a las afueras de la ciudad, donde pasaríamos la noche. El resto del personal se marcharía a la mañana siguiente, mientras que nosotros pasaríamos allí todo el domingo, hasta las ocho de la tarde.

Mi chica se había encargado de reservar el spa para toda la pandilla, así como varias sesiones de masajes, el de Alba especial para embarazadas. Según le había comentado la chica encargada de toda esa zona de la finca, le serviría para que no se le hincharan los pies más adelante, así como para evitar las estrías. Esa mañana estuvimos temprano allí para cerrar la

contratación de lo que queríamos, y tuvimos una conversación trascendental.

—Si veo que es verdad todo lo que me ha dicho, cuando me quede embarazada vendré a hacerme uno a la semana —murmuró cerca de mi oído, y le sonreí.

—¿Has pensado en tener hijos? Porque yo estaría encantado de que así fuera, así no se llevaría mucho tiempo con el de Alba y Mario —le dije, a ver como reaccionaba.

—Pues la verdad es que no es algo que tuviera pensado a corto plazo, pero que, si viniera, tampoco sería una cosa que me quitara el sueño —me contestó.

—Pero, claro, no podemos empezar la casa por el tejado, como han hecho nuestros amigos. Primero será que nos vayamos a vivir juntos, y luego, dejar de poner medios y que venga cuando tenga que venir, ¿no te parece? —insistía en lo mismo una y otra vez, a ver si sonaba la flauta por casualidad.

—¿Sabes una cosa? Pues le voy a hacer caso a María y voy a dejar mis miedos a un lado. Sí, me voy a ir a vivir contigo. La semana que viene, que la tenemos muy tranquilita en cuanto a trabajo, y que lo que hay se puede delegar en Eva y algunos otros compañeros, haremos la mudanza de las cuatro cosas que me quedan por llevar, y dejaré la casa —me dijo, y os juro por lo más sagrado que me sentí el hombre más dichoso de la tierra.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —pregunté, incrédulo perdido.

—Por supuesto que sí —me dijo, con una sonrisa que tampoco podía borrar de su cara.

—¡Sí! Te prometo que te voy a hacer la mujer más feliz del globo terráqueo —exclamé, mientras la cogía en brazos y giraba con ella.

Aparqué el coche en el centro comercial y me dispuse a entrar en la joyería en la que había visto una pulsera que nos representaba a los dos. Era de esas de abalorios, en oro rosa.

—Buenas tardes, me interesaría esa pulsera que tenéis en el escaparate, la de oro rosa con abalorios. ¿Se le puede añadir alguno más? —le pregunté a la chica que atendía.

—Buenas tardes. Por supuesto. Ahora mismo se la enseño, así como los abalorios que tenemos y que le vienen bien, pero si necesita alguno específico, se lo podemos hacer personalizado —me contestó.

Pero no hizo falta, encontré justo los que estaba buscando. Eran las iniciales de nuestros nombres, junto a una casita y una llave, así como un corazón de cristales de Swarovski. Estaba completamente seguro de que le iba a encantar.

Justo cuando me lo estaba envolviendo y preparando para regalo, me fijé en un anillo que me cautivó. Era tan sencillo y espectacular como ella, y no dudé en llevármelo. Con él le pediría matrimonio, no sabía cuándo, pero sí que lo haría en el momento en que lo viera correcto.

De ahí pasé a una tienda de ropa de la que sabía que le encantaban sus modelos, y que eran unas prendas bastante asequibles, la verdad. Ahí tengo que reconocer que me volví loco, porque todo lo que cogía me lo imaginaba en su cuerpo, y casi llené una cesta entera.

Iba camino del coche cuando reparé en una tienda de lencería que habían abierto nueva, y que tenía unos modelos de ropa interior espectaculares. No me conformé con uno o dos, sino que me llevé cinco de esos tan sexis que se te salían los ojos de las órbitas, y otros cinco de los que eran más

normalitos, que primaban por su comodidad, pero que seguían siendo alucinantes.

—He llegado a casa y no estás. ¿Ha ocurrido algo? — preguntó Naima, en cuanto que descolgué la llamada.

—Para nada, he venido al centro comercial a comprar una cosa, pero ya voy de camino. Me estaba montando en el coche ahora mismo —le dije.

—¿Por qué no haces una cosa? Para en el bar de Agustín y súbete algo de cenar, estoy muerta y lo que menos me apetece ahora es meterme en la cocina —me dijo, y me salió una sonrisa.

—No tienes que hacer nada, la cena ya está hecha, tan solo hay que calentarla, la dejé preparada esta mañana. Llena el baño de agua caliente con sales y espérame sumergida, en cinco minutos llego y te ayudo a relajarte —le dije, y ella soltó una carcajada.

—Vale, pero no tardes o el agua se quedará fría y cogeré una pulmonía por tu culpa —me contestó.

Ya tenía el coche arrancado, y salí hacia mi casa como las balas. La suerte que teníamos es que el aparcamiento no era un problema, ya que disponíamos de una plaza de garaje para cada vecino, y era llegar y pegar.

Entré la llave en la cerradura, y el olor a vainilla me llegó de lleno. Estaba segura de que habría encendido una vela en el baño, sabía que me gustaba tanto como a ella.

Efectivamente, ahí la encontré, entre la espuma del jabón y el olor de la vela aromatizada, llevando sus dedos a su sexo, y poniéndome como una moto.

—Continúa, no te pares por mí —le dije, y ella me miró con una sonrisa.

—¿Te gusta lo que estás viendo? —me preguntó, con la voz ronca por el deseo.

—Me pone muy cachondo ver como te masturbas. ¿En qué estás pensando? —le pregunté, mientras me iba despojando de mi ropa.

—En ti, en como tus manos recorren mi cuerpo, en como tus dedos se introducen en mi vagina, mientras tu lengua juguetea con mi botón del placer —me dijo, y me encendió más todavía.

—¿Es eso lo que quieres que haga? —pregunté, mientras entraba dentro de la bañera.

—Sí, quiero todo eso y más —me respondió, y no dudé en hacerlo realidad.

Capítulo 39



Naima

Jorge entró en la bañera, apoyó su cabeza en el borde que había para el jabón, y me levantó, hasta dejar mi sexo a la altura de su boca. Lamió, jugueteó y chupó mi clítoris tal y como le vino en gana, haciéndome estallar en un espectacular orgasmo que me dejó casi sin aliento.

A continuación, pensé que me iba a penetrar con su miembro, pero nada de eso. Me giró y me volvió a sentar entre sus piernas, abriendo las mías y poniendo una a cada lado de las suyas, pero por la parte de fuera, como si estuvieran enredadas. Llevó su mano a mi sexo, y empezó a jugar con él, acariciándolo de arriba abajo, pellizcándolo, haciendo que gimiera de placer, hasta que me penetró con sus dedos.

Con una mano me penetraba, mientras que, con la otra, pellizcaba y hacía círculos sobre mi botón del placer. Juro que estuve a punto de desmayarme de todo lo que estaba sintiendo porque, además, a todo eso hay que sumarle que notaba su miembro duro y erecto sobre mi trasero.

—Córrete de nuevo, Naima, ponme todavía más duro de lo que estoy —me dijo, y ese fue el detonante para que convulsionara de placer entre sus brazos.

Sin dejar de besarnos, nos pusimos de pie. Ahora era mi turno, por lo que me eché jabón en las manos, las froté para que hicieran espuma, y me dispuse a limpiar y acariciar cada rincón de su cuerpo.

En un momento determinado, me puse de rodillas y metí su pene en mi boca. Lo lamí de la base a la punta, y me entretuve con mi lengua en su glande, haciendo que gritara de placer.

—Para, eso mejor lo dejamos para luego, que ahora quiero sentirte —me dijo, levantándome casi a punto de correrse.

Me puso mirando a la pared, levantó mis caderas y me penetró por detrás, fuerte, de una sola estocada, llegando hasta lo más profundo de mi vagina, y haciendo que me retorciera de placer. Con una mano, giró mi cabeza hasta que encontró mi boca, y me besó de una manera tan pasional, que hasta nuestros dientes chocaron, pero sin dejar de bombear en mi interior.

—No puedo aguantar más, Naima. Córrete y llévame contigo —me dijo, y eso hice.

Sus palabras eran como órdenes para mi cerebro, como si sintiera que era lo que estaba esperando para hacerlo. Juro que en mi vida me había sucedió algo igual, mucho menos de esa intensidad como los orgasmos que me hacía sentir Jorge.

—Menos mal que no he traído la cena, porque tendríamos que calentarla igualmente —me dijo, mientras envolvía una toalla en su cintura.

—No te vistas. Quiero que estemos completamente desnudos —le dije, y lo sorprendí con mi petición, se le notó en la cara.

—Si te tengo desnuda, me parece que poco vamos a comer nosotros, de alimento, me refiero —me dijo, pero no se vistió.

Terminó de secarse y se dejó la toalla enroscada en el mismo lugar, al igual que yo me dejé la mía. Mi intención era que, cuando nos sentáramos en el sofá, después de cenar, nos despojáramos de ellas y nos sintiéramos piel con piel. No había una sensación más placentera que esa.

Había dejado preparada una ensalada y una lasaña de atún, que era mi preferida, la cual puso a calentar mientras yo me desenredaba el pelo. Cuando llegué a la cocina, ya tenía hasta la mesa puesta, así que tan solo tuve que tomar asiento y servirme.

Las miradas entre nosotros se sucedían de seguido, cada cual más pícara y sensual. Hasta que llegó el momento del postre, que sacó una tarta de chocolate con cerezas, y me tomó en brazos para sentarme encima de la mesa.

—Abre las piernas, que hoy el postre me lo voy a tomar de otra manera —me dijo, y tan solo de imaginarme lo que se me venía encima, me puse chorreando.

Tomó un poco de tarta con los dedos, y lo extendió a lo largo de todo mi sexo. Puso una pierna a cada lado del respaldo de su silla, y se lanzó a por él. Jamás me habían hecho nada de eso, ni siquiera parecido. Pero que vi las estrellas del placer que me estaba proporcionando, ya os digo que sí.

Hizo lo mismo varias veces, porque cada vez que notaba que me iba a correr, paraba, hasta que no aguanté más y me corrí en el primer lametazo.

—Es mi turno —le dije, señalando el sofá, al que nos fuimos.

Arranqué su toalla, me senté a su lado, e hice lo mismo que él, solo que yo no usé la tarta, sino un bote de crema de chocolate. Saboreé su pene hasta la saciedad, mientras que él gemía y me agarraba del pelo para imponer el ritmo que a él le gustaba.

—Si no te quitas, no respondo de que la pueda sacar a tiempo —me dijo, con los ojos velados por el placer.

Lo miré a los ojos e intensifiqué mis lamidas, haciendo que se corriera en mi boca, a la vez que soltaba un gruñido que me hizo sentir de lo más poderosa. Ni siquiera con Carlos llegué hasta el final, pero con Jorge todo era diferente, no tenía que poner límites entre nosotros, hacíamos lo que nos apetecía, siempre y cuando el otro estuviera de acuerdo, disfrutando de nuestros cuerpos de todas las maneras posibles.

—Ayer fui a la consulta del ginecólogo y me quité el DIU —le dije, y eso fue como música para sus oídos, lo vi hasta sonreír.

—¿Me estás diciendo que, en cualquier momento podrías quedarte embarazada? —me preguntó, porque no había nada que le hiciera más ilusión que ser padre junto a mí.

—Eso mismo, pero tampoco vamos a obsesionarnos ahora. Si viene, bien, si no, pues ya lo hará —le contesté, con una sonrisa.

—Por supuesto, lo importante es que no vamos a dejar de buscarlo durante el resto de nuestras vidas —me dijo.

—¿Y si no viene nunca? —le pregunté, pues era un miedo que también sentía.

—Pues seremos padres de otro modo. Hay muchos niños en el mundo que no tienen padres, y nosotros les daremos todo el cariño llegado el momento — respondió.

Yo tenía la premisa de que padre no era el que engendraba, que eso también lo hacían los animales. Un padre, al igual que una madre, es aquel que se desvive por un niño en su día a día, el que pasa sus enfermedades a su lado, lo ve crecer y lo aconseja lo mejor que puede.

El ejemplo lo teníamos en casa, mis padres habían engendrado, pero no se habían ocupado de mí, supliendo su cariño con el de mi nana, a la que yo quería con locura, como si fuera mi propia madre, y a la que iba a visitar una vez a la semana al apartamento tutelado en el que vivía, porque ya estaba muy mayor para vivir sola y hacerse cargo de todas sus cosas.

—Te quiero con toda mi alma, Naima —le dije, tal y como me salió, y la vi sonreír.

—Yo también te quiero, Jorge, no te puedes imaginar cuánto.

Capítulo 40



Jorge

Acabábamos de llegar a la finca en la que se celebraría la cena de Navidad de la empresa, y todo estaba decorado con un gusto exquisito, en tonos plateados y rosa pastel, tal y como lo había pedido Naima.

En cada mesa había un centro navideño en esos mismos tonos, que acompañaba una vela rosita que estaba justo en el centro, rodeada de flores. Nos dieron las llaves de nuestras habitaciones, ya que decidimos que nosotros ocho nos arreglaríamos allí.

Sí, habéis leído bien, porque María y Sergio también nos acompañaban. Ese era el primer fin de semana que María pasaba en la ciudad, acompañada de su inseparable chico, que cogía el coche cada viernes, cuando salía de trabajar, y se volvía cada domingo por la tarde.

David se había quedado con sus nuevos abuelos, que estaban tan enamorados del niño como del nieto que estaba por llegar, y así se lo demostraban cada vez que tenían ocasión. Con María, al igual que con Alba, tenían una conexión preciosa, y se entendían las tres a las mil maravillas.

Entre ellas no había rencillas ni celos, iban las tres a una. Ese fin de semana, Sergio le iba a pedir a María que se fuera a vivir con él, pero como

sabíamos que el gran impedimento podría ser mi madre, el día antes fuimos a hablar con ella.

—Mamá, aquí no te puedes quedar sola, y María tiene derecho a rehacer su vida. Si te mantienes en tus trece, de no querer venirte a vivir conmigo, sabes que ella no lo hará —le dije, intentando convencerla.

—Lo sé, hijo, pero no quiero ser una molestia ni un estorbo. Vosotros estáis empezando algo y la suegra en medio no trae nada bueno, te lo digo yo que lo viví con tu padre —me dijo, pero yo esa historia no la sabía.

—¿De qué me estás hablando, mamá? La abuela nunca ha vivido con nosotros —le dije, algo extrañado.

—Oh, sí que lo hizo. Fue al principio, cuando murió tu abuelo y tu padre se la trajo aquí, se suponía que era tan solo por unos días, pero pasaron casi quince meses y ella se sentía como el ama de la casa. Tú eras casi recién nacido, y tu padre y yo estuvimos a punto del divorcio, hasta que ella se dio cuenta. No es que lo hiciera a propósito, que lo que pretendía era ayudarme en la casa y en tu cuidado, pero terminó poniéndome de los nervios —me contó.

—¿Mi padre la echó de su casa? Porque eso sí que no me lo creo —le contesté, porque mi padre no podría ser más madrero ni, aunque lo intentara.

—Para nada, no hizo falta. Tu abuela se dio cuenta de la brecha que se estaba formando entre nosotros y habló conmigo, me pidió disculpas y, cuando vino tu padre esa noche, le dijo que quería volver a su casa, que ya estaba bien de andar invadiendo casas ajenas. Desde ese momento, tan solo venía de visita, y nuestra relación se hizo más fuerte.

—Pero tú no eres así, mamá. Contigo seguro que no tendremos ese problema —le dije, intentando convencerla.

—Es algo que se hace inconscientemente, Jorge. Y como yo sé lo incomodo que se está estando al otro lado, no pienso irme con vosotros a vivir —me soltó, sentenciando sus intenciones.

—¿El problema está en que no quieres venir a casa con nosotros? Pues te buscamos otra en el mismo edificio, y se terminó el problema —dijo Naima, verbalizando algo en lo que ninguno habíamos caído.

—Eso sí me gusta, porque así estaré cerca de vosotros sin invadir vuestra intimidad —nos dijo, sonriente.

Al salir habíamos visto que el apartamento que estaba situado bajo nuestro ático estaba en venta, y no dudé en llamar al portero para decirle que nos lo quedábamos. Al final, el ático también lo había comprado, por lo que íbamos a poner una escalera interna que comunicara los dos pisos, a modo de dúplex, pero con una puerta arriba, tal y como quería mi madre.

Decidimos que todo se haría después de Navidad, porque queríamos pasar las fiestas allí, todos juntos. Una vez que mi madre estuviera instalada, ya decidiríamos que hacer con todo lo del pueblo, aunque ya casi teníamos la decisión tomada de venderlo todo, incluidas las tierras.

De vuelta, ya en la finca, hablamos con Sergio, que se quedó mucho más tranquilo cuando le explicamos todo, así que nos fuimos cada uno a nuestras habitaciones.

—Está todo precioso, ¿verdad? —me preguntó Naima, en cuanto que entramos en la habitación.

—Pero lo más precioso de todo eres tú, que no se te olvide nunca —le dije, dándole un beso en los labios.

Os podría decir que dejamos salir nuestro lado más pasional, pero estaría mintiendo, porque las chicas tenían cita en la peluquería y en la cabina de

estética tan solo diez minutos más tarde, y a mí no me gustaba hacer las cosas con prisas, por lo que decidimos dejarlo para más tarde.

Notaba a Naima nerviosa, era la primera de las que, estaba seguro, serían muchas cenas de Navidad en la empresa, porque iba viento en popa. Me encantaba trabajar con ella, pero si vendíamos todo, tenía pensado abrir mi propia academia de inglés, aunque no lo haría muy lejos, pues había un local en el bajo del edificio que sería el idóneo para hacerlo, y podría compaginar las dos cosas.

Todavía no le había dicho nada, esperaría hasta que ya estuviera todo vendido. Lo que sí había hecho ya era la reserva del local, primero lo haría en alquiler y, si todo iba bien, lo compraría, pero no podía vender la piel del oso antes de matarlo.

Los chicos, mientras que ellas estaban en la sesión de belleza, como decía Mario, nos fuimos a la piscina climatizada que tenían, donde echamos gran parte del día, entre copas y risas, ya que tan solo estábamos nosotros, la finca se había cerrado y no había más huéspedes.

—Vaya despliegue el que ha hecho tu chica, chaval —me dijo Mario, sonriente, mientras que nos servían una copa de champán.

—Ya ves. Para sus trabajadores, lo mejor. Al fin y al cabo, gracias a ellos ha conseguido llegar a donde está ahora —le respondí, sabiendo que eso era lo que decía Naima.

—Pero no solo es eso, si no tuviera talento o arrojo en los negocios, por muchos trabajadores que tuviera, no les hubieran servido de nada —dijo Santi, y llevaba razón.

—¿Te has decidido ya a pedirle a Eva que se vaya a vivir contigo? —le pregunté, con toda la curiosidad del mundo.

—Lo he pensado, no creas que no, pero conociéndola, sé que me va a decir que es muy pronto, que deberíamos esperar más y me da miedo que una discusión por eso pueda romper lo que tenemos —me dijo.

—No consiste en discutir, Santi, sino en dialogar, en llegar a un acuerdo entre los dos —le dijo Sergio.

—Además, que, si no le preguntas, no sabrás su respuesta, es así de sencillo. ¿Crees que Naima me dijo que sí del tirón? Para nada, me ha costado mucho que accediera, y todavía hoy, no ha terminado de trasladar sus cosas. Tan solo espero que lo haga a lo largo de la semana que viene, porque no veo el momento, la verdad —contesté.

Capítulo 41



Naima

Tenía una sorpresa preparada para Jorge, y es que, a espaldas suya, contraté una empresa de mudanzas, que se encargó de recoger y llevarme las cuatro cosas que me faltaban para terminar de instalarme allí.

El portero había sido mi cómplice, pues se quedó encargado de abrirle la puerta del ático a los trabajadores, y de dejar las cajas apiladas en un ladito del salón. La semana siguiente iría poniendo todo en su lugar y ordenando la poca ropa que me quedaba por llevarme.

—Me acaba de avisar el portero, ya está todo en el ático —les dije a las chicas, completamente emocionada.

—Nos alegramos una barbaridad, Naima. No pienses que las cosas van a salir mal, vive el momento, que es lo importante, los puentes se cruzan cuando se llega a ellos —me dijo Alba, a la que el embarazo la había puesto de lo más melancólica.

—Eso es lo que pienso hacer. No me pienso preocupar por nada más por adelantado. Cuando sucedan las cosas, encontraré la mejor manera de solucionarlas y punto —respondí.

Las chicas del salón de belleza nos dejaron espectaculares, eso sí, nos llevamos casi todo el día en su interior. A mí me habían peinado con ondas al aire, sujetándome la parte derecha del pelo con un pasador. El maquillaje era un ahumado de ojos en negro, que resaltaba su color verde, y unos labios en brillo, pero del que no se iba y era permanente, y que lo hacían de lo más apetecible.

Antes de ir, hablé con todos y le expliqué que no era necesario acudir de gala, que se trataba de una cena en familia, por lo que yo tampoco lo haría. Me había comprado un vestido negro de escote en V, estrecho y por debajo de las rodillas, que tenía la espalda al aire, sujetando cada parte con una especie de cadenas en plateadas de lo más original y bonita. Llevaría unas medias negras y unos zapatos de salón del mismo color. Los complementos los llevaba en plateado.

Cuando llegamos del salón de belleza, los chicos ya estaban listos, por lo que nos dijeron que nos esperaban en el bar. Jorge no sabía el vestido que me iba a poner, puesto que no se lo había enseñado, pero sabía que estaría encantado con él.

Mi chico llevaba un traje de chaqueta en gris marengo, con una camisa blanca, sin corbata, porque era algo que odiaba y que tan solo utilizaba en ocasiones especiales, pero no por ello iba menos atractivo y elegante.

—Vaya cuatro preciosidades que vienen por ahí —dijo Mario, tan seductor como siempre.

—Pues espero que seamos nosotras, porque como te refieras a otras, vas a tener que pedir que te traigan la cena con una cañita —le dijo Alba, poniéndose los dedos en V, uno en cada ojo, en señal de que lo estaba vigilando.

—No se me ocurriría dirigir mi mirada a otra mujer que no seas tú, mi amor —le contestó él, tomándola de la cintura para darle un beso en los labios.

—No te imaginaba así, Naima. Estás espectacular —me dijo Jorge, mientras me dejaba un beso en la frente.

—Tú también estás guapísimo. Menos mal que todas las invitadas ya te conocen, porque si no, tendría que andar con una escopeta rondándote —le contesté, sonriendo.

Entramos en la sala donde se celebraría la cena, y nos recibió el hilo musical con un villancico que me encantaba y que estaba cantado por Raya Real.

"Ya es Navidad,
Que alegría de vivir
Ha nacío el niño de Dios
Vamo'a cantar y a reír"

—Zum, zum, zúmbale a la pandereta… —seguí la letra, y entré cantando.

Había vuelto a ser yo de nuevo, con mis juegos y mis guasas, y todos me miraron sonrientes. Nosotros íbamos todos en la misma mesa, el resto de los trabajadores, así como sus acompañantes, estaban repartidos a lo largo de las mesas del salón.

Nos reímos muchísimo durante la cena, con las ocurrencias de todos, sobre todo de Mario y Alba, que tenían una guerra entre ellos que era digna de un cuarteto de carnaval de Cádiz.

—Chiquillo, haz el favor y déjame ya en paz, que al final voy a echar a la niña por la boca —le dijo Alba a Mario, que no paraba de pincharla.

—¿Yo? Pero si solo te estoy cuidando, mi amor —le respondió él.

—Tú sigue así, que en cuanto que volvamos, hablo con tu madre y verás tú la bronca que te va a echar —le dijo ella, como si fueran dos niños pequeños en el patio de un recreo.

—Eso no, mi amor. Que no sabes cómo se las gasta tu querida suegra, que es capaz de dejarte la farmacia a ti en herencia, en vez de a mí —seguía él picándola.

—Por favor, callaros ya que no puedo más con las risas —les dije, hasta con las lágrimas saltadas.

Como habéis podido deducir, Alba traía una niña, y su suegra estaba como loca de contenta, porque decía que así tenía ya la parejita. Mario también estaba muy contento, ya que tendría a una princesita en su vida, pues su reina ya la tenía.

A pesar de que le gustaba picarla muchísimo, a mi amiga también le iba ese rollo, y estaba completamente segura de que, si no fuera así, ella lo buscaría a él. Hacían una pareja de lo más bonita, tanto por dentro como por fuera, y se querían de una manera espectacular. Les había costado admitirlo, pero ese bebé llegó en el momento justo para que ambos se sinceraran sobre lo que sentían.

—Venga, chicos, vamos a tomarnos una copita y a mover el esqueleto —dijo Eva, cogiendo a su chico por el brazo.

—Eso tú, que yo no puedo —dijo Alba, fingiendo que lloraba.

—No te preocupes, mi vida, que yo me solidarizo contigo —dijo Mario, sonriente.

—¿No vas a beber por mí? —preguntó Alba, llevándose las manos al pecho y formando un corazón con sus dedos, en señal del amor que sentía.

—No, no, he dicho que me voy a solidarizar contigo porque voy a beber por los dos —le respondió Mario, sacándonos a todos una carcajada, menos a Alba, que le dio una colleja.

—Desde luego, no me lo puedo creer. Pues que sepas que, en el momento en el que nazca la niña, te la dejaré a ti y me iré a emborracharme como un piojo. Hasta el agua de los floreros me voy a beber —le dijo ella, fingiendo indignación.

—Venga ya, en cuanto que la niña nazca, tampoco podrás beber, le tienes que dar el pecho para que crezca fuerte y sana como su padre —seguía él con sus bromas.

—Ya procuraré darle el biberón, y así poder tomarme lo que me dé la gana.

—Eso, eso, el pecho solo para mí —seguía en sus trece.

Capítulo 42



Jorge

Alba y Mario se subieron muy pronto a la habitación. A pesar de todo lo que lio mi amigo con el tema de la bebida, no se tomó ni siquiera una copa, bebiendo lo mismo que su chica, un licor sin alcohol.

—¿Nos vamos ya? —me preguntó Naima, algo bebida.

—Cuando tú quieras. Pero, por favor, no bebas más alcohol o mañana no te podrás levantar de la cama —le dije, y me miró de manera burlesca, sacándome la lengua.

Volvió a la pista de baile, donde seguía trotando con Eva cada canción que el DJ estaba pinchando. Me apoyé en la barra, y una de las camareras se acercó a mí.

—¿Te pongo, guapo? —me preguntó, en un tono que no me gustó nada.

—¿Perdona? —le dije, pensando que había escuchado mal, y ella se hizo la graciosa.

—Preguntaba que si te pongo algo —me dijo, utilizando el doble sentido de las palabras.

—Me parece que te estás extralimitando con tus comentarios —le dijo Naima, que se acercó por detrás sin darme cuenta, supongo que al ver mi cara.

—Simplemente le he preguntado qué le apetecía tomar. Si has malinterpretado mis palabras, no es problema mío, sino tuyo —le dijo, con toda la chulería del mundo.

—Creo que aquí la única que ha malinterpretado algo has sido tú, que te has pensado que, por ponerle el escote a mi chico en la cara, iba a caer rendido —le dijo Naima.

—Exacto. Sería bueno que te miraras un poco la autoestima, porque ofrecerte en bandeja a un hombre, cuando encima llevas toda la noche viendo que tiene pareja, es un poco humillante —le dije a la camarera, que seguía mirando con cara de diversión.

—Como si eso fuera un impedimento… ¿Me vas a decir que no me habéis tirado los tejos mientras habéis estado en la piscina? Tú el primero, y el que tiene a la novia embarazada, tampoco se ha quedado atrás —dijo, y os prometo que ninguno de los dos hicimos ninguna insinuación de nada, hasta que recordé una cosa.

—¿Por llamarte guapa ya piensas que se te insinúan? Porque eso es lo único que hemos hecho, decirte: "¿nos puedes traer otra copa, guapa?" —le dije, negando con la cabeza.

—Mira, no voy a entrar en una guerra contigo. Yo sé lo que he visto, la forma en la que me mirabais, y estoy completamente segura que, de no estar aquí vuestras parejas, me hubierais propuesto hasta una orgía —dijo ella, yendo a otro lado de la barra.

—Naima, te juro por lo que más quiero en este mundo que eso no es cierto. Esa mujer no dice la verdad, y quiere quedar por encima de todos para no aceptar su derrota —le dije, algo apurado.

—No te preocupes por eso, sé que es cierto. Las mujeres así se creen el centro del universo, y les da igual si rompen una pareja o no. Y no por el hecho de que le dijerais guapa o que la mirarais de determinada manera, sino por la forma en la que lo ha contado, pero esto no se va a quedar así. El dueño de la finca tiene que saber qué tipo de trabajadores tiene a su cargo —me dijo, tomándome del brazo para irnos hasta nuestra habitación.

No se me iba de la cabeza la manera en la que esa camarera me había tratado. Por suerte, Naima no era celosa, pero si en vez de a mí se lo hubiera hecho a Mario, ahora mismo tendría una bronca con Alba, una que no le convenía nada al bebé.

—Tengo una sorpresa para ti —me dijo Naima, dejando caer su vestido, y enseñándome un conjunto de braguita con liguero que me dejó con la boca abierta.

—Si tenías esto puesto durante toda la noche… ¿por qué no nos hemos venido antes? —le pregunté, acercándome a ella de manera lobuna, comiéndomela con los ojos, mientras que mi chica soltaba una carcajada.

No la dejé que riera mucho, pues la cogí por las nalgas y la acerqué a mí, dándole un beso a la vez que amasaba su trasero con ganas, poniéndonos como una moto.

No llegamos a la cama, ni siquiera me llegué a desvestir del todo. Tiré mi chaqueta donde cayera, me daba igual, solté mi pantalón, cayendo a mis pies, y saqué mi miembro. Le di la vuelta y la puse apoyada en el respaldo del sofá, apoyada sobre sus rodillas, aparté su tanga a un lado y, después de comprobar que estaba preparada, la penetré de una fuerte embestida.

Al día siguiente nos llamarían la atención, si bien no creo que fueran los del hotel, sí que lo harían nuestros amigos, porque nuestros gritos se tenían que escuchar en todo el edificio.

—Me encanta que estés así de preparada para mí —le dije, besando su cuello por el lado en el que tenía el pelo recogido.

—Todo me lo provocas tú —contestó ella, echando su trasero hacia mí, y girando sus caderas para darnos más placer.

Salí de ella y me senté en una silla, haciendo que ella lo hiciera a horcajadas sobre mí, con los pies en el suelo, lo que hacía que sus impulsos fueran todavía más grandes y placenteros para los dos.

No os puedo decir el tiempo que estuvimos de esa manera, lo que sí os digo es que a ambos nos atravesó un orgasmo que nos dejó casi sin respiración, y del que nos costó un poco de tiempo reponernos.

Seguía en su interior, y la rotación de sus caderas hizo que mi miembro tomara forma de nuevo. Salí de ella, me tumbé en el sofá, e hice que pusiera su sexo en mi cara, quedando mi miembro a la altura de su boca. No se lo pensó, como tampoco me lo pensé yo, y nos lanzamos el uno al otro, lamiendo y mordisqueando hasta que nos volvimos a correr de una manera desmesurada. En mi vida me había corrido tan seguido y con tanta intensidad.

Caímos desmadejados en el sofá, hasta que la levanté y nos metimos en la ducha, pues su maquillaje estaba corrido y su pelo como un nido de pájaros, y del mío ya, para que hablar.

Dejamos toda la ropa en una bolsa que llevamos para guardar la que estaba sucia, y que lavaríamos cuando llegáramos a casa. Mientras yo preparaba el agua para que estuviera caliente, ella fue a buscar ropa interior para los dos, pero la frené.

—Sería una pena que se ensuciara, con lo poquito que nos va a durar puesta —le dije, sabiendo que me entendería a la primera.

—Por mí, bien. Sabes que me encanta dormir desnuda, sintiéndote en todo tu esplendor cuando hacemos la cucharita —me dijo, en un tono provocador, que hizo que no saliéramos de la ducha en un buen rato.

Cuando estábamos cerca el uno del otro, era prácticamente imposible mantener nuestros cuerpos alejados. Todavía no lo habíamos hecho en la oficina, pero pretendía ponerle solución a eso a lo largo de esa semana. Era un reto para mí, porque fue lo primero que me advirtió, pero sabía que teclas tocar para que cayera.

Capítulo 43



Naima

Estábamos ya de vuelta en casa, porque ahora sí que la sentía así, y al abrir la puerta y ver todas las cajas, apiladas una encima de otra, su sonrisa le llegaba de oreja a oreja.

—Dime, por favor, que esto es lo que estoy pensando —me dijo, y decidí gastarle una broma.

—Lo siento, pero no me pienso mudar ahora, estoy tan a gusto aquí, que he decidido que te vayas tú, que yo me quedo —le dije, y soltó una carcajada.

—¿Sabes lo que falta para que todo sea perfecto? Que los Reyes Magos nos traigan lo que más deseamos los dos, porque a Papá Noel no le podemos pedir nada más, que ya le pediste un novio y te lo ha traído antes de tiempo —me dijo, y la que soltó una carcajada fui yo.

—Esperemos a que el cartero real se ponga en el centro comercial y vamos, pero se lo tenemos que pedir los dos a la vez, cada uno sentado en una de sus rodillas —le dije, y él se puso pensativo.

Tenía claro que algo estaba tramando, pero lo dejaría que lo hiciera, me encantaba cuando me sorprendía con esas cosas. Llevamos todas las cajas

dentro, y las fuimos organizando por habitaciones. En menos de una hora, y mientras que él ponía las lavadoras de la ropa que habíamos traído sucia, ya lo tenía todo guardado y ordenado.

—Amor, he pensado que la Nochebuena y la Navidad la pasemos en el pueblo con mi madre, pero el Fin de Año y el Año Nuevo, me apetece que lo pasemos los dos a solas, perdidos por algún lugar del mundo —me dijo, y recordé la cabaña.

—Podemos irnos a la cabaña que tenía pensada para las fiestas. Está en la sierra, a pie de montaña, con su chimenea, su nieve cayendo…

—No sigas, que me has convencido. Mira a ver si sigue disponible, pero no hace falta que sea tan grande, porque no pienso dejar que venga nadie más que tú y yo —me dijo, y vi el fuego en su mirada.

Hice la reserva de una mucho más pequeña, con un dormitorio, un baño, salón y cocina, no necesitábamos nada más. La cogí desde el día treinta hasta el día dos, que sería cuando se nos terminarían las vacaciones.

Salimos a comer, pues se nos vino la hora encima y no habíamos hecho nada de comida. Nuestra primera intención era pasar allí el domingo, pero después de lo ocurrido con la camarera, y la manera en la que nos enfrentó delante de su superior, decidimos que nos veníamos para Madrid. No nos apetecía el mal rollo que se había formado en cuestión de minutos, ni de que llegara esa mentira a oídos de Alba, que estaba de lo más insegura con el embarazo.

Nos decantamos por un restaurante de carne a la brasa, donde Larysa, una de las chicas que atendía las mesas, nos trató a las mil maravillas. Como se notaba la que era profesional y la que no, la que hacía de su trabajo un arte, y la que lo utilizaba para tontear con los hombres, como sucedió con la camarera de la finca.

Larysa nos aconsejó que pidiéramos una parrilla de carne variada, con unas patatas al romero y verduras asadas que tenía una pinta que daba hasta pena comérsela, de lo espectacular que se veía. También pedimos una ensalada de la casa, que llevaba frutos secos y naranja, y que estaba buenísima. De postre, pedimos tarta de frambuesa y chocolate blanco, así como una degustación de pequeños pasteles de diferentes sabores que compartimos.

Terminamos de comer, y pusimos de nuevo rumbo al ático. Habíamos hablado ya con el dueño del apartamento que estaba disponible. En principio, nos lo alquilaba por dos años, si estábamos contentos, podríamos adquirirlo, y se nos descontaría del precio la cantidad que hubiéramos pagado en concepto de alquiler.

—Vamos a entrar a ver que tenemos que comprar para que mi madre lo tenga todo listo para vivir — dijo Jorge, y asentí con la cabeza.

—Sí, porque, aunque nos ha dicho que está todo cubierto, lo cierto es que no termino de fiarme de que no falte algo y nos coja de imprevisto —le contesté.

Al final, el dueño tenía razón, y no hacía falta comprar nada. Hasta el baño estaba adaptado para personas mayores, con una placa de ducha antideslizante y a ras del suelo, que nos vendría de lo mejor para Lola.

Con todo comprobado, preparamos la maleta de nuevo, porque al día siguiente volvíamos al pueblo para pasar la Nochebuena y la Navidad. En ello estábamos, cuando el teléfono de Jorge sonó, con un número desconocido.

—¿Hablo con el señor Jorge Cadalso? —le preguntó el interlocutor al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —contestó.

—Le llamamos de la central de policía de la localidad donde vive su madre. Ha habido un accidente doméstico y…

—Dígame que le ha ocurrido a mi madre, por favor —le pidió, algo sobrecogido y nervioso.

—A su madre no le ha ocurrido nada. Afortunadamente, no estaba en el interior de la casa, pero el inmueble ha quedado completamente derruido —escuché que le decía.

—No se preocupe, salgo ahora mismo para allá. Muchas gracias por avisarme —le contestó él.

No dejé que cogiera el coche con el ataque de nervios que tenía, así que me puse yo al volante. No me extralimité en la velocidad, pero sí que fui a la mayor velocidad que me estaba permitido. Si normalmente tardábamos un par de horas largas en llegar, lo hicimos en una hora y quince minutos. Tuvimos suerte de que la carretera estaba solitaria, por lo que no nos impidió que llegáramos antes ninguna retención ni nada parecido.

—Jorge, tranquilo. Sabes que está bien, lo demás es secundario —le dije, porque bajó del coche casi sin que yo hubiera parado y estacionado.

—Lo sé, pero algo no me cuadra en todo esto, y pienso llegar hasta el final —me contestó, sin esperarme.

Lola nos estaba esperando en el bar de la esquina de su casa, que era donde se encontraba cuando se produjo la explosión. Porque eso fue lo que ocurrió, una supuesta fuga de gas que hizo que la casa saliera por los aires.

Nos llevaría mucho tiempo averiguar si se trató de un accidente o de algo provocado, aunque a Jorge no se le iba de la cabeza esta última opción, y así se lo dijo a la policía.

—No sé quién ha sido, pero tengo mis sospechas. Tan solo espero equivocarme, porque de no ser así y estar en lo cierto, os juro que hasta que no la hunda no voy a parar —le dijo mi chico al agente que le tomaba declaración a Lola.

—¿Pasó las revisiones correspondientes? —preguntó el policía.

—Por supuesto, y eso es lo que más me escama. Hace menos de una semana vino un chico diciendo que era de la compañía del gas. Le pedí las credenciales antes de dejarlo pasar, porque siempre viene la misma persona y en esta ocasión era otro que no conocía de nada.

—¿Qué le hizo sospechar de él?

—Pues que, aunque me enseñó la documentación, me dijo que su compañero estaba de vacaciones todo el mes, cuando había venido hacía dos semanas para hacerme una revisión. Me comentó que había habido un fallo y que se había perdido el informe de su visita —les contó Lola.

—¿Recuerda usted el nombre de ese chico que vino? Sería importante que hiciera un esfuerzo por recordarlo.

Capítulo 44



Jorge

No había nada que recoger, pues se había perdido absolutamente todo. Los bomberos nos dijeron que, en caso de que se pudiera salvar algo, nos avisarían para que pasáramos a recogerlo, aunque lo dudaban bastante.

Estábamos respondiendo a la policía cuando la vi a lo lejos, como escondida, y no pude reprimir el impulso de salir corriendo hasta donde estaba ella.

—Como hayas tenido algo que ver con lo que ha pasado, no voy a parar hasta que te vea en la cárcel, hundida —le dije, con rabia.

—¿Me está amenazando? —me preguntó, con una sonrisa de lo más cínica.

—Para nada, tan solo te estoy advirtiendo —le contesté, en un tono que evidenciaba mi molestia por su presencia.

—Pues más vale que te dejes de “advertencias” porque podrías encontrarte con una denuncia por amenazas. Hoy en día, la mujer está sobreprotegida y no te gustaría que tu novia te tuviera que ir a visitar a la cárcel —me dijo, como si en realidad estuviera dispuesta a hacerlo.

—Si te piensas que me voy a quedar de brazos cruzados para que no me amenaces, siéntate, que de pie te vas a cansar de esperar —respondí.

Por suerte, y como la conocía, había puesto mi móvil a grabar la conversación, y se escuchaba perfectamente. Yo también sabía cubrirme las espaldas, no iba a dejar todo al azar.

En cuanto que volví, le conté todo al agente que llevaba el caso, y le mostré la conversación que habíamos tenido Valeria y yo, para que constara como prueba, si le daba por plantarme una denuncia.

Con todo ya medio resuelto, nos montamos los tres en el coche. Menos mal que ni María ni David se encontraban allí, porque entonces a lo mejor teníamos que lamentar víctimas, y no solo cosas materiales.

—Lola, hoy estás muy nerviosa, así que dormirás en el ático, con nosotros —le dijo Naima, mientras la cogía de la mano.

—¿Estás segura de eso? Mira que no quiero importunaros —le preguntó, pero mi chica asintió, rotundamente.

—Lo que tengamos que hacer, lo podemos hacer otro día y en otro momento, así que no le des más vueltas, porque te vienes con nosotros. Mañana por la mañana iremos al centro comercial a reponerte toda la ropa —le contestó mi chica.

Cuando llegamos al ático, estaban todos esperando a que llegáramos en casa de Santi. Ya habían organizado todo para el día siguiente, que lo pasaríamos todos en el chalé de los padres de Mario y Sergio, al igual que el día de Navidad.

—Gracias, chicos, no sabéis lo bien que me siento al notar todo vuestro apoyo. Es una pena que no podamos pasarlo en el pueblo, delante de una

buena hoguera, pero no me pienso quejar, porque estoy viva —les dijo mi madre a todos, dándoles un abrazo uno por uno.

—Ay, Lola, que susto me he llevado cuando me he enterado —le dijo María, abrazada a mi madre.

—Solo le agradezco al cielo que no estuvierais ni tú ni el niño conmigo, porque nos hubiera cogido de lleno. Sabes que, cuando estamos todos, no suelo salir de casa a no ser que sea estrictamente necesario, y hubiéramos tenido que lamentar algo más que cosas materiales —le contestó mi madre.

—Bueno, lo importante es que estáis todos bien. Lo material se puede reemplazar, aunque también se haya llevado algunos recuerdos…

—Los recuerdos siempre estarán en mi corazón. Como bien has dicho, lo importante es que no ha pasado nada más grave —le dijo mi madre.

Entramos en mi ático, y le preparamos la habitación de invitados. Naima le dejó un pijama de los suyos, de los que tenía sin estrenar, y le preparó todo para que se diera una ducha calentita.

—A partir de ahora no quiero ni un camisón más, este pijama es de lo más calentito —dijo ella, a la que le quedaba que ni pintado.

—Mañana nos vamos de compras por la mañana y coges todo lo que te apetezca, mamá —le respondí, con una sonrisa.

—Lo que más me duele es que se han perdido todos los regalos, pero no importa, porque como mi documentación estaba conmigo, en mi bolso, tengo la tarjeta y podré sustituirlos todos.

—Lola, nosotros somos mayores, así que no tengas apuro. Lo único que tienes que comprar son los regalos que le ibas a poner a David, aunque

tampoco creo que haga falta, porque seguro que juguetes no le van a faltar —le dijo Naima, para que ella no se viera afectada por eso.

—Ah, no, de eso nada. Yo pienso comprar todo para que mañana no me sienta mal. Será el primer año que voy a pasar con mi hijo y toda su familia, esa que se elige, que no es de sangre, y estas fiestas y no voy a permitir que nada lo empañe —contestó ella.

Mi madre era tan generosa como tozuda, por lo que no insistimos más. Mi chica preparó una tortilla de patatas y unos filetes empanados para cenar, pero no sin la ayuda de mi madre, que peló las patatas mientras ella se duchaba y empanó los filetes mientras que ella hacía la tortilla.

Después de eso, mi madre se fue a la cama, decía que habían sido demasiadas emociones durante el día y que necesitaba descansar, porque se sentía agotada.

—Gracias, amor, por tratar a mi madre como lo has hecho —le dije, dándole un beso en los labios.

—¿Qué querías que hiciera? ¿La dejaba tirada en la calle? Sabes que no sería capaz de hacer eso, y mucho menos con la abuela Lola, que me cautivó desde el primer momento en el que se dirigió a mí —me contestó, con una sonrisa.

—Jamás pensé que mi madre cambiaría de esa manera, te lo prometo, y tú has tenido mucho que ver en eso. Al hablarle de ti, antes de estar juntos, ella veía que se me iluminaba la cara, que me sentía feliz, y eso fue el motivo de su cambio.

—Y no sabes cuanto me alegro, porque jamás te hubiese puesto en la tesitura de elegir entre tu madre y yo —me dijo, y sabía que todo lo que decía era cierto.

Nos fuimos a la cama, donde nos dormimos abrazados. Esa noche no era de sexo, era de sentimientos, de cariño, del que nos sentíamos y del que proyectábamos hacia los demás, que era tan importante como lo primero.

Nos despertó el olor a café que venía de la cocina, donde ya estaba mi madre preparando el desayuno para los tres, con tostadas, frutas cortadas y mermelada casera que me había traído del pueblo la última vez que estuvimos allí.

Después del desayuno, nos vestimos y fuimos al centro comercial, donde sabía que me costaría media vida que mi madre aceptara que le comprara algo.

Capítulo 45



Naima

—Ya estamos aquí —dije, al entrar en el jardín del chalé de los suegros de mis amigas, mientras Jorge aparcaba el coche.

—Estamos en el porche trasero —escuchamos que nos decían.

Habíamos dejado todos los regalos en el maletero del coche, no queríamos que David los viera y que se terminara la magia navideña para él. Al llegar a la parte trasera, nos encontramos a todos allí, haciendo diferentes cosas.

El padre de nuestros amigos jugaba al futbol con su nieto, como si estuvieran ambos compitiendo en la Champions League, de lo en serio que se lo estaban tomando. Alba estaba sentada, recibiendo un masaje en las piernas por parte de su chico, mientras que ella se acariciaba la barriga. Estaba ya casi de cinco meses, y empezaba a redondearse su vientre, pero de la manera más bonita que una mujer podía sentir.

—Sergio y María, han ido por el pan y unos dulces que David quería, pero no deben tardar mucho más en volver — dijo mi amiga Eva.

—Eso si no se han perdido por el campo un ratito —dijo Santi, riendo.

—Te piensas que todo el mundo es como tú, chaval —le contestó ella.

—Pues a ti no te he visto quejarte mucho.

Esa era la dinámica de todos nosotros, el picarnos, pero de una manera sana, en la que no podíamos estar separados durante mucho tiempo, o nos sentíamos como desubicados.

Estábamos hablando, cuando entraron los dos junto a Jorge, que me hizo un gesto de que ya estaba todo dentro de la casa, y sin que David lo hubiera visto o se hubiera dado cuenta.

—No nos hemos perdido por el campo, Santi. A nosotros no nos hace falta, tenemos un dormitorio precioso en el que disfrutar de nuestro cuerpo —le dijo Sergio, que lo había escuchado todo mientras guardaban los paquetes.

—Vale, vale, tampoco es para ponerse así —le contestó el otro, entre risas, mientras María se ponía roja como un tomate.

—Eso es lo que tenéis que hacer, poneros manos a la obra y llenarme el jardín de niños correteando —dijo Marina, la madre de nuestros amigos.

—Mamá, yo ya he traído uno, y mi hermano está en ello. Ahora les toca a los demás —le dijo Sergio, sonriendo.

—Pues, puede que me equivoque, aunque rara vez lo hago en esto. Pero, María tiene la cintura redondeada, lo que indica que un nuevo miembro vendrá a la familia. ¿De cuánto tiempo estás? —preguntó Lola, dejándonos a todos con la boca abierta.

—Tengo un retraso de dos semanas, pero realmente no sé a qué es debido —dijo María, con la cabeza agachada y a media voz, como si tuviera miedo.

—Levanta esa cabeza, ahora mismo vengo —dijo Sergio, dándole un beso en los labios antes de salir de allí.

—¿Dónde vas, hermano? —gritó Mario, viendo a su hermano correr.

—A la farmacia, no me puedo quedar con la duda —dijo, montándose en el coche.

Ni media hora después, ahí estábamos todos, pendientes del palito que estaba encima de la mesa del jardín, sobre una servilleta y con el capuchón puesto, que tan guarros no éramos.

—Un positivo como una casa, eso es lo que está indicando. Estás embarazada de seis semanas, amiga —le dijo Eva, con la prueba entre las manos.

—Hija, podrías tener un poquito más de tacto diciendo las cosas —le dije a Eva, que lo soltó como si estuviera leyendo los ingredientes de una receta.

—¿Voy a ser padre? ¡Voy a ser padre! —dijo Sergio, que se puso a llorar sin poderlo remediar.

—Al final, Papá Noel te ha dejado el regalito antes, amigo —dijo Santi, con la misma sensibilidad que una ameba. Desde luego, él y Eva, eran tal para cual.

—¿No estás enfadado? —preguntó María, como con miedo.

—¿Por qué tendría que estarlo? Te recuerdo que en esto hemos estado los dos, así que no es culpa de ninguno. Te lo dije la primera vez, que me daba igual tener hijos contigo. Sé que me dijiste que te costó mucho quedarte embarazada de David, pero conmigo, hemos dado en la diana a la primera —le dijo Sergio, besándola con adoración.

Nos metimos dentro, pues empezaba a refrescar, y nos dispusimos a preparar toda la comida, así como la mesa y demás para la cena de esa noche. Cuando lo tuvimos todo listo, nos fuimos a ducharnos y arreglarnos.

Jorge y yo hicimos algo más que ducharnos, pese a que expuse todas las reticencias del mundo, pero no se dio por aludido y yo, me dejé llevar, como me ocurría cuando estábamos juntos.

Mi chico se puso un pantalón chino y un jersey de hilo, con una camiseta debajo, puesto que en el salón estaba puesta la calefacción y se estaba de maravilla con tan poca ropa. Yo elegí un vestido de hilo, tipo jersey largo, con unas medias tupidas y unos botines de cuña. Recogí mi pelo en una coleta alta y me apliqué un maquillaje suave, que consistía en un poco de mascara de pestañas y brillo labial. Me sentía tan bien, que con cualquier cosa me veía la más guapa del planeta.

—Estás preciosa. En ti se cumple eso de menos, es más, mi amor —me dijo, y vi que cogía algo del armario para metérselo en el bolsillo.

Habíamos decidido que no iríamos a la cabaña, porque no íbamos a permitir que su madre pasara el fin de año sola. Si lo íbamos a hacer antes, es porque, en el pueblo, ese día se juntaban todos en el centro deportivo, y lo pasaban allí todos juntos. Si no estaba en el pueblo, no podría asistir, así que nos tomaríamos las uvas en casa, los tres juntos, porque todos los demás ya tenían planes.

—No sé qué me pasa, pero me veo un brillo que no tenía antes en la piel. Tiene que ser que el sexo me está rejuveneciendo —le dije, entre risas.

—Eso o que también hemos llamado a la cigüeña. Aquí hay otra prueba de embarazo, para que te la hagas cuando quieras. No te has dado cuenta de que hace más de una semana que te tenía que haber venido la regla —me dijo, y me tuve que sentar, porque era tal y como me lo estaba diciendo Jorge.

—Me da miedo. ¿Y si no estoy embarazada y nos llevamos un chasco? —le dije a mi chico.

—Pues nada, estando juntos, seguiremos intentándolo —me respondió él.

Al final, decidimos que nos haríamos la prueba cuando terminara la cena y pusiéramos los regalos debajo del árbol. En la tranquilidad de saber que estaríamos solos y no tendríamos la presión de tener a todos mirando. Si salía negativo, podríamos procesarlo en la intimidad, los dos solos, y si salía positivo, pues al día siguiente se lo contaríamos a todo el mundo.

Una parte de mi corazón me decía que sí, que podría estar embarazada, pero mi cerebro me indicaba que no me hiciera ilusiones, que más valía ir con la negativa y llevarme una sorpresa, que pensar que sí y llevarme un chasco. Por eso, evité pensar en nada más que no fuera la cena y nuestros amigos.

Capítulo 46



Naima

Lo que nos reímos durante la cena, y después de esta, no se puede describir con palabras. Dejé a un lado mis miedos y mis sospechas, y me dediqué en cuerpo y alma a pasar una de las mejores Navidades de mi vida.

—Venga, vamos a cantar. David, trae tu pandereta —le dije al niño, que llevaba toda la noche pandereta arriba, pandereta abajo.

—Eso, eso, que estamos en Nochebuena, no en un velatorio —dijo Lola, tocando las palmas.

—¿Os sabéis el villancico de Antoñito Molina y María Peláe? —preguntó Alba, y supe por donde iba a ir la cosa.

—La verdad es que no lo hemos escuchado en la vida —dijo Marina, mirándonos extrañadas.

—Aquí nos sabemos los villancicos de toda la vida —contestó Joaquín.

—No hay problema, nosotros lo cantamos y cuando escuchéis el estribillo, que es muy fácil de cantar, lo repetís con nosotras —les dije, y fui a conectar mi móvil con el altavoz que trajo Mario.

Todo empezó la Nochebuena de hace dos años, en la que Alba y yo, como siempre, cenábamos las dos juntas, sin nadie más. Nos dio por buscar villancicos poco conocidos y graciosos, y nos topamos con este, que nos hizo reír a carcajadas.

—*Que gracioso está mi tío, hoy no suelta la cerveza. Se ha traío por fin al novio, y mi tía está en la mesa…* —empezó a cantar Alba y a Marina le caían las lágrimas de la risa.

—Venga, ahora todos juntos el estribillo —animaba yo.

"Ay, que rica está la gamba
Al ajillo, a la plancha
Ay, que rica está la gamba
Que pechá de comer"

Terminamos todos cantando, y Lola hasta se arrancó y salió a bailar. Eso era una Nochebuena en familia, de las de antes, de las de cantar y bailar, de las de reír hasta que te duelan las mandíbulas, y me encantaba vivirla de esa manera.

A eso de las dos de la madrugada, ni el niño ni Lola podían más, por lo que se fueron a dormir. Cuando nos aseguramos de que David estuviera ya bien dormido, entre todos sacamos los paquetes de los regalos, y los pusimos bajo el árbol.

Nosotros, todos, éramos de los Reyes Magos, así que esa noche lo que se compraba era un regalito para cada uno que, con todos los que éramos, nos juntaríamos con un montón de cosas.

—Bueno, pues nosotros también nos vamos a la cama. Mi reina tiene que descansar para que mi princesa venga sana y fuerte —dijo Mario, muy poético.

—Cualquiera que lo escuche puede pensar que vengo de trabajar de peón de albañil. La madre que te parió, que la tengo aquí presente —le contestó Alba, a la que se le veía ya carita de cansada.

—Nosotros también nos vamos a la cama, ¿no, mi amor? —le decía Sergio a María, que asintió con la cabeza.

—Desde luego, que dos parejas más diferentes, Marina. Estos dos son como una bomba de relojería, mientras que ellos, son como una bomba, pero de azúcar —dijo Joaquín, refiriéndose a las parejas que habían formado sus hijos.

—Tal y como ellos son, Joaquín. Mario siempre ha sido el revoltoso, el bromista, y Sergio, el calmado, el que medita todo mil veces antes de actuar…

—Pues para dejar a la novia embarazada no lo ha meditado mucho —interrumpió Mario a su madre, ganándose una colleja por parte de su hermano.

—Mira quién ha venido a hablar, que cuando se enteró que estaba embarazada todavía no le había dicho ni que la quería. Más vale que te calles, hermanito —le contestó el otro, y se enzarzaron de nuevo, hasta que María intervino.

—Yo solo os voy a decir una cosa. Como despertéis a David y vea los regalos, yo me pienso ir a dormir, y os voy a dejar a los dos a su cuidado, durante lo que queda de noche y mañana todo el día, cuando se ponga impertinente por el sueño y no quiera quedarse dormido. Así que, ustedes veréis si os calláis ya o seguís diciendo tonterías —le dijo ella muy seria, y ambos cerraron el pico de inmediato.

Subimos a nuestra habitación y nos encerramos en el baño, con la prueba de embarazo en la mano, como si estuviéramos haciendo un experimento de cuyo resultado dependiera la humanidad.

—Creo que ya es hora de saber la verdad, ¿no te parece? — dijo Jorge, y asentí.

—Sí, pero es que tengo miedo…

—Naima, si estás embarazada, pues será el mejor regalo que nos dé la vida, y si no lo estás, pues seguiremos intentándolo, pero no nos podemos quedar con la incertidumbre —me dijo, y recapacité, porque tenía razón.

Me senté e hice pis en el palito, le puse el capuchón y lo dejé encima del lavabo, esperando que saliera el resultado. Os juro que fueron los cinco minutos más largos de mi vida. Era una de esas pruebas que te decían si estabas embarazada y de las semanas aproximadas que tenías de gestación.

—Ya ha pasado el tiempo. ¿Quieres que lo mire yo? —me dijo Jorge, que estaba igual de nervioso.

—No, vamos a hacerlo juntos —le respondí.

Nos pusimos uno al lado del otro, y cuando cogimos la prueba, ahí estaba el resultado: embarazada de cinco o seis semanas. Lloramos juntos de la emoción, de la alegría, porque no nos lo esperábamos. Yo, ni siquiera me había dado cuenta de que no me había bajado la regla. Cuando Jorge me lo dijo, fue un shock para mí.

—Mi amor, vamos a ser papás… —le dije en un susurro, pues no me salía la voz, que quedó secuestrada por las lágrimas de la emoción.

—Y seremos los padres más felices del universo —contestó mi chico, que también estaba visiblemente emocionado.

Nos fuimos a la cama con la dicha de una noticia como esa, y nos dormimos abrazados. Ya tendríamos tiempo de celebrarlo de otra manera

cuando estuviéramos en casa, ahora solo nos apetecía eso, estar abrazados.

A la mañana siguiente, David correteaba por el pasillo diciendo que ya había llegado Papá Noel, despertando a todo el mundo con su vocecilla nerviosa.

—Ha llegado la hora de bajar —le dije a mi chico.

—Sí. El año que viene, si Dios quiere, seremos uno más, y estaremos igual de emocionados que David, por lo que le puedan haber traído a nuestro bebé —me decía, dándome un beso en los labios y otro en el vientre, y se dirigió a nuestro hijo o hija —. Hola, soy papá y te prometo que, cuando estés en este mundo, seré la persona que más te quiera y te proteja, junto a mamá.

Ese gesto me hizo sonreír, pero también me hizo llorar. Jorge había envuelto la prueba de embarazo como si fuera un regalo, metido en una cajita, y se lo daría a su madre al final, cuando ya estuvieran todos los regalos repartidos. Sabíamos que se iba a poner loca de contenta, y que contaríamos con ella para cualquier cosa que necesitáramos.

—Bueno, esto último es para mi madre, aunque esperamos que os guste a todos —dijo Jorge, entregándole la cajita. Ni que decir tiene que saltaron todos a felicitarnos, y que Lola lloró lo más grande cuando se dio cuenta de lo que era.

Capítulo 47



Jorge

Las fiestas fueron de lo más especiales, y todavía nos quedaba empezar el año juntos y la llegada de los Reyes Magos. Al final, todos cancelaron sus planes, y nos volveríamos a reunir en el chalé de los padres de mis amigos, a excepción de la víspera de Reyes, que cada uno la pasaría en su casa, yendo a la de Sergio y María cuando sus majestades ya hubieran pasado por todas y cada una de las nuestras.

Esa mañana teníamos cita con el ginecólogo de Naima, que coincidía con la cita de María, ya que, cuando mi chica se enteró de que también estaba embarazada, decidieron que les llevaría el embarazo el mismo doctor, y así podrían hacerse compañía la una a la otra en caso de que nosotros dos no pudiéramos acudir. Aunque, desde ya te digo que, para que eso ocurriera, tendría que estar secuestrado o en la cárcel, y no había hecho nada para que se pudiera dar alguno de los dos casos.

—Bueno, señorita de Dueñas, cuénteme —le dijo el doctor, muy amablemente.

—Pues verá, doctor… —mi chica le contó todo, y el médico la hizo pasar a una camilla.

—Como estás de tan poco tiempo, la ecografía tendrá que ser vaginal, o no podremos ver nada. Pero no te preocupes, que no es nada invasiva y el bebé ni lo sentirá —le dijo, preparándola.

—¿Está todo bien? —le preguntó ella, al ver la cara del médico, y yo también me asusté, la verdad.

—Todo está perfecto, tan solo una cosita. ¿Hay antecedentes gemelares en vuestra familia? —nos preguntó, y era algo que no habíamos hablado.

—En la mía, sí. Mi madre y su hermano son mellizos —dijo Naima, algo nerviosa.

—En la mía también, mi abuelo era gemelo con su hermano —contesté yo, y ambos nos echamos a reír, no sé si producto de los nervios o de qué.

—Pues entonces, teníais todas las papeletas para que esto ocurriera. Es una gestación gemelar, ambos comparten la misma bolsa, por lo que saldrán idénticos, al menos físicamente —nos dijo el médico, y no sabíamos si reír o llorar, la verdad.

—¿Me está diciendo que vamos a ser padres de dos a la vez? —preguntó Naima, que no terminaba de creérselo.

—Eso mismo. No os puedo decir todavía si son dos niños o dos niñas, pero que son dos, no hay ninguna duda —dijo el médico, sonriendo.

Le recetó un complejo vitamínico y algo para las náuseas matutinas, y le dio cita para todas las pruebas que se tienen que hacer la embarazadas de manera rutinaria, citándonos para el mes siguiente.

Salimos y allí estaban Sergio y María que, al ver nuestras caras, pensaron que algo iba mal, y se asustaron. Cuando les contamos que venían dos,

ambos se echaron a reír, porque ellos también tenían todas las papeletas de que así ocurriera.

—Esperadnos aquí, y nos vamos a tomar un café ahora los cuatro juntos —dijo Sergio, y asentimos con la cabeza.

—¿Te imaginas lo que pueden ser dos niños a la vez, corriendo cada uno para una dirección? —dijo Naima asustada por lo que se nos venía encima.

—Pues nada, tú te harás cargo de uno y yo del otro, no hay problema. A mí me da igual que sea uno o dos, lo único que quiero es que vengan sanos y que crezcan felices, lo demás, lo llevaremos como podamos —le dije a mi chica.

Vimos que la enfermera salió corriendo de la consulta, y entró con un vaso de agua. Pensamos que le había ocurrido algo a María, y cuando llegamos a la consulta, vimos a Sergio tirado en el suelo, se había desmayado, mientras que su chica estaba en la camilla donde se hacían las ecografías, muerta de risa, al igual que el doctor.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —le preguntó Naima, mientras que yo ayudaba a poner en pie a mi amigo.

—¿Yo? Perfectamente. Ha sido Sergio el que se ha llevado la impresión —dijo María, sin poder parar de reír.

—¿También traes dos? —le pregunté mientras lo sentábamos.

—No amigo, mi chica trae tres —dijo Sergio, y esa vez el que me desmayé fui yo.

Cuando vine en mí, tenía a todos a mi alrededor, riendo como si hubiera sido lo más gracioso del mundo. Estaba seguro de que, en el momento en el que se lo contaran a los demás, el cachondo iba a ser poco, por los cojones.

—Mi hermano, una. Tú, dos. Y nosotros, tres. Espero, y le pido a todos los seres celestiales que Santi no tenga tan buena puntería, porque a Eva le tocarían los cuatrillizos —dijo Sergio, muy convencido, y nos echamos a reír.

Tal y como vaticiné, cuando nos reunimos todos para comer, y las chicas le contaron que tanto Sergio, como yo, nos habíamos desmayado de la impresión de saber que venían tres, las risas no cesaron en toda la tarde.

—Hermano, eres tan egoísta que, como mi chica solo trae uno, te has querido quedar también con el otro que me corresponde —le decía Mario, con guasa.

—De eso nada, a lo mejor es que tu hermano, con todo lo tranquilo que se ve, tiene más energía que tú. Porque ya es tener puntería hacerlo sin protección tan solo una vez, y dar en la diana por partida triple —le dijo su padre, y Mario se llevó las manos a la cabeza.

—Uy, lo que me ha dicho. Papá, no me esperaba eso de ti, de verdad. Alba, el próximo tenemos que ponerle más empeño, que esta gente nos gana por goleada —le dijo a su chica, que le respondió con una peineta del dedo.

—Eso no te lo crees ni tú. Deja tu ego de machito ibérico y piensa que, mientras que nosotros le tendremos que dar el biberón de noche a un solo bebé, ellos tendrán que hacerlo por tres, y eso queda completamente descartado —le dijo ella, haciéndose la ofendida.

—Mi chica es lista, es cierto, no pienso entrar en sus provocaciones. Tú, mi amor, de uno en uno, deja las ofertas del dos por uno o del tres por uno, para cuando vayamos al súper —dijo Mario, haciéndonos reír a todos a carcajada limpia.

Nos pusimos a pensar en lo que íbamos a hacer para cenar la noche de Fin de Año, así como lo que haríamos el día de Año Nuevo, y nos

repartimos las compras, muy a pesar de los padres de mis amigos, que no querían que compráramos nada, pero no lo íbamos a permitir, pues ya corrieron ellos con todos los gastos de la Nochebuena y de la Navidad, y nos parecía un poco abusar de su hospitalidad.

De vuelta a casa, dejamos a mi madre en la suya, porque ya estaba viviendo abajo, organizando su ropa y sus cosas. Le habíamos contratado a una chica que la ayudaba con la limpieza y demás, a pesar de que ella estaba completamente capacitada para hacerlo, pero era por nuestra propia tranquilidad.

Capítulo 48



Naima

Nos estábamos preparando para ir al chalé, cuando el teléfono de Jorge sonó, era de la comisaría del pueblo, y no dudó en contestar.

—Buenos días, señor Cadalso, perdone que lo moleste en un día tan señalado como hoy, pero tenemos novedades —le dijo el agente que llevaba el caso.

—Buenos días, agente, no se preocupe por el día, que tiene veinticuatro horas para disfrutarlo. Cuénteme —le dijo él.

—Sería conveniente que pasara por aquí. Si no puede hoy o mañana, porque entiendo que estará preparando las fiestas, le espero pasado mañana en mi despacho a las diez de la mañana, ¿le viene bien? —le dijo el agente al otro lado de la línea.

—Estaré allí como un clavo, pero… ¿no puede adelantarme algo? No podré dormir de la incertidumbre —le pidió Jorge.

—Tan solo le diré que la explosión ha sido provocada, que tenemos a los culpables y que el seguro, con el que hemos hablado y presentado todas las pruebas, se hará cargo de la reconstrucción de la casa. Pero los detalles, se

los daré cuando estemos frente a frente, si no le importa —le dijo, y una sonrisa se formó en sus labios.

—Por supuesto. Muchísimas gracias, agente —le respondió, y cortó la llamada.

—¿Todo bien? —preguntó Lola, que había subido al ático para venirse con nosotros.

—Más que bien, mamá —le respondió Jorge, cogiéndola en brazos.

Nos contó todo lo que le había dicho el policía en esa llamada, y habló con su madre sobre lo que quería hacer con la casa y las tierras.

—Hijo, ahora tu vida, al igual que la mía, está en la ciudad. No quiero ver a mis nietos cada quince días, pero me gustaría que conservaras la casa, para ir en vacaciones o cuando queráis. Con las tierras, haz lo que te plazca. Entiendo que, en el momento en el que nazcan los niños, nada será igual, y ya pasar allí dos o tres días supervisando el papeleo, te pesará un mundo —me dijo mi madre, y entendí lo que me quiso decir.

—Hablaré con los trabajadores, por si quieren hacer una cooperativa y encargarse ellos de todo, a cambio de un porcentaje mensual para mí, a modo de alquiler. Si no están de acuerdo con eso, entonces se las venderé al señor Torres, que me ha preguntado varias veces por ellas.

Mi madre lo único que no quería era que perdiera mis raíces, que mis hijos siempre tuvieran un pueblo al que volver, en el que correr y en el que recordar a su padre y a su abuela, porque de su abuelo, ni siquiera mi madre me contó nada, sabía que había algo oculto, pero, tarde o temprano, saldría a la luz.

Llegamos al chalé, donde el día antes habíamos dejado todas las cosas que compramos para que, la chica que habían contratado se encargara de la

cena y de todo lo demás. Esa noche no brindaríamos con champán, sino con Champín, la versión sin alcohol, ya que, con las tres embarazadas no queríamos hacer distinciones. Ya tendríamos tiempo suficiente para bebernos hasta el agua de los floreros.

—Me parece una tontería, de verdad. Vosotros podéis beber alcohol, y a nosotras nos da lo mismo que lo hagáis —me dijo Naima, una vez que estuvimos todos en el salón, al calor de la chimenea, porque hacía un frío que pelaba.

—Hablar por ti, chica, que a mí no me da lo mismo. Si yo no bebo, Mario no bebe, porque este embarazo es de los dos, no solo mío —dijo Alba, fingiendo indignación, pero nos guiñó un ojo.

—Así me gusta, mi chica tan solidaria como siempre. No te preocupes, amor, que me ha quedado claro que estamos embarazados los dos, aunque el descanso y los antojos tan solo son tuyos —le contestó Mario, siguiendo la dinámica de siempre.

—Venga, dejaos de tonterías que se empieza de broma, y al final os enfadáis. El que quiera beber champán, que lo haga y el que no… pues que lo haga también —le dijo su madre a Mario, con una sonrisa.

—A mí, ahora mismo, lo que me apetece es una infusión de manzanilla, calentita y con azúcar —dijo Alba, mirando a su chico.

—Pues no se diga más, que no quiero yo que la niña nazca con una margarita en la frente, faltaría más —dijo, levantándose para preparársela.

—¿Habéis pensado ya en nombres? —preguntó Lola, en general.

—Nosotros sí. Se llamará Naima, como su tía y madrina —dijo Alba, y mi chica se quedó sorprendida.

—¿En serio?

—Por supuesto. Desde que nos conocimos, hemos ido remando en la misma dirección. Eres una luchadora, y no encuentro mejor persona que le sirva de ejemplo que tú —le dijo su amiga, que más que eso, era su hermana, dándole un abrazo.

—Nosotros también hemos pensado algo. Si son tres niños, se llamarán, Jorge, Mario y Sergio. Si son tres niñas, Alba, Eva y María, porque Naima ya estaba cogido —dijo María, con una sonrisa.

—Pues nosotros, si son dos niños, se llamarán Joaquín y Santiago. Si son dos niñas, Marina y Lola —dijo Naima, haciendo que los abuelos se pusieran a llorar de la alegría.

—Sean lo que sean, que nazcan sanos y tengan una vida preciosa, rodeados de amor y de felicidad, que es como deberían crecer todos los niños del mundo —dijo mi madre, limpiándose las lágrimas.

Estábamos hablando de todo eso, cuando llegaron Eva y Santi que, aunque pasaban la noche con sus familias de sangre, habían querido pasar a comer con nosotros.

—Tenemos una noticia que daros —dijo Santi, mirando a Eva con todo el amor del mundo.

—¡Vamos a ser papás! —exclamó Eva, en el momento en el que Mario entraba por el salón.

—Joder, pues preparaos, porque empecé yo con uno, luego Jorge con dos y, a continuación, mi hermano con tres. No quiero ni pensar lo que os va a tocar a vosotros —dijo, y todos soltamos una carcajada.

La comida transcurrió entre risas. Quien nos lo iba a decir a nosotros tan solo un par de años atrás, y que nos considerábamos tres balas perdidas en el tema de las mujeres, y ahora estábamos formando nuestra propia familia.

Tan solo me quedaba una cosa por hacer, y lo iba a llevar a cabo esa misma noche, en cuanto que pasaran las campanadas. Lo tenía todo pensado, pero no se lo dije a nadie, quería que fuera una sorpresa para todos.

—Venga, venga, que ya comienzan —dijo Alba, emocionada con su cuenco de uvitas en las manos.

—¡Feliz Año Nuevo! —dijo Joaquín, al terminar de comerse las uvas.

En ese momento, saqué la cajita que tenía guardada en mi bolsillo, y me arrodillé delante de mi chica, que me miró sorprendida, cuando se dio cuenta de lo que pretendía.

—Naima, siempre fuiste tú, y ahora lo tengo claro. Bendito el día en el que Mario me hizo la encerrona del programa, bendito el momento en el que te sentaste en mis rodillas y me pediste un novio. Ahora, este novio, quiere ser tu marido. ¿Me harías el honor de casarte conmigo? —le pregunté.

—Sí, sí, sí y mil veces sí —me dijo ella, y nos fundimos en un beso.

Capítulo 49



Jorge

Nos encontrábamos los tres en el coche, camino de la comisaría del pueblo, donde nos estaban esperando el agente que llevaba el caso, así como el responsable del seguro que tenía contratado mi madre.

No negaré que estaba nervioso, porque lo estaba, y mucho. No por el hecho de lo que había pasado que, al fin y al cabo, eso ya no tenía remedio, sino por conocer la identidad de las personas que lo hicieron, y que, por supuesto, no se iban a ir de rositas.

Nos quedaríamos unos días allí, por lo que alquilé una casita que solían reservar a algún que otro turista, porque quería dejar zanjado ya el tema de las tierras, también. Tanto mi chica, como yo, nos habíamos cogido de vacaciones hasta el día siete de enero, la agencia quedaba a cargo de Eva y Alba, con el compromiso de avisar a Naima si había algún problema. Así, tan solo tendríamos que venir para supervisar las obras de la casa, o a lo mejor, ni eso, porque daría las indicaciones de como la quería a gente de confianza.

Aparcamos en la puerta de la comisaría, y nos dirigimos con paso seguro hasta el despacho del agente.

—Buenos días, señor Cadalso, y compañía —nos dijo el policía al llegar.

—Buenos días, y disculpe por el pequeño retraso, pero es que nos ha cogido algo de tráfico al salir de Madrid —le dije, y me sonrió, amablemente.

—No se preocupe, pasen, por favor, dentro hablaremos más cómodos —nos dijo, dándonos paso a su despacho.

Una vez dentro, nos contó que habían cogido a un chico intentando vender unas joyas que aparecían como las que se perdieron en la explosión, y que resultó ser el mismo que mi madre había descrito como la persona que le hizo la última revisión del gas antes de que sucediera todo.

No hubo que apretarle mucho las tuercas para que cantara como Pavarotti. Lo había contratado Valeria, alegando que yo fui el responsable de que ella perdiera todo lo que más quería. Lo engatusó con sexo y con algo de dinero, y le puso como excusa que tan solo quería darme un susto, que no ocurriría nada malo.

Cuando se enteró de la explosión, volvió para ver si se había quedado allí algo suyo, y se encontró con las joyas, que se llevó para venderlas y sacar el dinero suficiente con el que poder huir a Portugal, donde tenía previsto empezar de cero.

—¿Qué dice ella al respecto? —le pregunté, bastante enojado.

—Que quería quitarte lo que más querías, que era tu madre y tu casa. Que no se arrepiente y que lo volvería a hacer mil veces más. Le hemos pedido un informe forense sobre su estabilidad mental, porque parece, por la forma de hablar y de pedir las cosas, que no está muy bien de la cabeza —me dijo el policía.

Una vez terminamos con él, nos tocó hablar con el señor del seguro, que nos atendió muy amablemente. Tal y como nos dijo el señor agente, ellos se

encargarían de todo el tema de la restauración de la casa, pero nos dio dos opciones.

—Pueden ustedes dejar todo en nuestras manos, y se reconstruirá tal y como estaba o, la segunda opción, es que le demos el valor en metálico de la tasación de la casa, por metros cuadrados, precio del suelo y demás, y volver a levantarla, pero esta vez, a vuestro gusto —nos dijo.

Mi madre y yo nos miramos, y supimos que elegiríamos el dinero, como así hicimos, para construirla como nos diera la gana, haciéndola más funcional y cómoda que la que ya estaba.

Una vez que nos dijeron la cantidad que nos abonarían, nos fuimos a buscar al propietario de la empresa que se encargaba de las reformas y construcciones en el pueblo.

Le dijimos el diseño que queríamos, así como la distribución de las habitaciones y demás. Anselmo, que era el responsable de obras, nos aseguró que se podía hacer, puesto que los cimientos eran buenos y teníamos suficiente terreno para hacerlo, tardaría, al menos, veinte meses, eso sí, pero como no teníamos prisa, nos daba igual.

A continuación, dejé a mi madre y mi chica en la casa que habíamos alquilado, y puse rumbo a los terrenos, donde había quedado con el capataz y administrador.

—Buenas tardes, Jorge. ¿Qué te trae por aquí? —me preguntó, estrechándome la mano.

—Buenas tardes, Manuel. Vengo a haceros una propuesta, porque queremos dejar las tierras, ya que voy a ser padre de gemelos y me va a resultar imposible venir tan a menudo como ahora —le dije.

—Bien, pues oigamos esa propuesta —me dijo, y pasamos a mi despacho.

Estuvimos más de una hora reunidos, y llegamos a un acuerdo, después de que nos reuniéramos también con los trabajadores. Al final, pedirían una hipoteca a nombre de la cooperativa en la que se iban a asociar, y comprarían los terrenos al precio en el que estuvieran tasados, ni más ni menos. Se quedarían con toda la maquinaria, pues yo no la quería para nada, y serían ellos los que se encargaran de la venta y la producción de todo lo recolectado en ellas, quedándome yo totalmente al margen.

—Nos vemos en unos días, Jorge, y ya dejamos todo cerrado —me dijo Manuel.

—Espero tu llamada. Estaremos aquí hasta el día cinco por la mañana, creo que tenéis tiempo suficiente para organizaros, pero, de no ser así, no me importaría volver un día para terminar de zanjarlo todo —le dije, despidiéndome de él.

—Haremos todo lo posible para que esté listo antes de que os vayáis y así no tengas que volver de nuevo.

Me monté en el coche y me dirigí de nuevo a la casa donde estaban mi madre y Naima esperándome. Antes de llegar, paré en el bar de Agustín y pedí varias raciones, porque no nos había dado tiempo de ir ni al súper, y comer, teníamos que comer, eso era indiscutible.

—Pero bueno, ¿qué haces tú por aquí? Ya nos hemos enterado de que, la culpable de todo lo que pasó, fue la loca de Valeria —me dijo Agustín, poniéndome una cerveza en la barra en cuanto me vio.

—A eso mismo hemos venido, a enterarnos de todo, además de a poner en venta los terrenos y a reconstruir la casa.

—Por cierto, como no sabía donde enviártelo, lo guardé en mi despacho. Ahora mismo te traigo una cosa que se quedó tirada y uno de mis hijos encontró —me dijo, y volvió con una pequeña caja fuerte.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—No lo sé, chico. Estaba entre los escombros, supongo que tu madre lo sabrá —me respondió.

Cogí las raciones y me despedí de él, indicándole que vendríamos a cenar, pues para tres días que íbamos a estar allí, no nos merecía la pena quedarnos en la casa.

Mi madre, en cuanto vio la caja, la cogió, sacó de una cadenita una pequeña llave, y la abrió, dejando al descubierto casi todas sus joyas, esas que ya pensaba que no volvería a ver, y que le hizo una ilusión tremenda. A continuación, puso la caja en manos de Naima, diciéndole que era ella la que tenía que tenerlas, que le haría mucha ilusión que las aceptara.

Epílogo



Naima

Cuatro años después…

—Estás preciosa, amiga. Cuando Jorge te vea, se va a caer de culo —me dijo Eva, que estaba en la habitación, junto a Alba y María, pues nos habíamos vuelto las tres inseparables.

—De culo se va a caer cuando sepa que vuelvo a estar embarazada, y otra vez son dos —les dije, riendo por no llorar.

—¿No me jodas? —dijo María, que se había soltado muchísimo.

—No, si la que ha jodido ha sido ella, y a base de bien, por lo que sé ve —le contestó Alba, a la que habíamos visto beber agua, como yo.

—Tú más vale que te calles, porque me parece que vas por el mismo camino —le respondí.

—Pues, si te soy sincera, no lo sé, me da miedo comprobarlo. Después del terremoto de Naima, y escuchando eso que dicen de que el segundo es peor que el primero, un escalofrío recorre mi espalda en estos momentos —dijo, muy dramática ella.

Hoy era el día de mi boda. Sí, después de cuatro años, nos dábamos el sí quiero. Elegimos para hacerlo la finca en la que celebramos nuestra primera cena de Navidad de empresa, pero advertimos que no queríamos a esa camarera insolente de la primera vez. El dueño nos aseguró que ya no trabaja allí, que la esposa de un cliente la cogió con él en la cama. Al parecer, ejercía la prostitución y utilizaba los eventos y las habitaciones de los clientes para ello.

Alba seguía feliz con Mario y con su hija, la pequeña Naima, que era igual que yo, un terremoto descarado que traía a su madre por la calle de la amargura, porque a su padre todo le parecía gracioso. Decía que tan solo tenía cuatro años recién cumplidos y que ya tendría tiempo de madurar, y es que no ideaba nada bueno.

María y yo nos pusimos de parto el mismo día, un veinticinco de febrero, tan solo que mis hijos nacieron a las doce del mediodía y los suyos a las cinco de la tarde. Jorge y yo fuimos padres de dos preciosos y rollizos niños, que se llamaron Santiago y Joaquín, tal y como teníamos pensado, pero a los que llamábamos Tiago y Quino.

María y Sergio fueron los padres de dos niñas y un niño, así que, sumados a David, ya tenían dos parejitas, y se plantaron. María se hizo un ligamento de trompas en la cesárea, porque al ser tres, el parto natural podía ser muy complicado y peligroso. Sus niños se llamaron Jorge, Mario y Eva y eran tres angelitos, tan tranquilos como su padre. Los míos, tampoco es que fueran demasiado traviesos, pero alguna que otra trastada sí que habían hecho, sobre todo cuando estaban acompañados de Naima.

La casa del pueblo se terminó hacía dos años atrás, y la adecuamos para que cupiéramos todos con nuestros hijos, además de que pusimos un pequeño parque infantil y una piscina, que por supuesto estaba vallada y no se podía abrir si no era con la llave, porque no nos fiábamos de la pequeña Naima ni un pelo, y no queríamos tener que lamentar una desgracia.

En el tema laboral, a ambos nos iba de lujo. Mientras que mi agencia se había hecho un nombre entre las grandes, haciendo colaboraciones directas con agencias de modelos y demás, Jorge había cumplido su sueño.

No es que aprobara las oposiciones, porque eso tuvo que dejarlo aparcado en cuanto que falleció su padre, pero sí que impartía clases de inglés en su propia academia, esa que montó con el dinero de los terrenos, y que situó justo debajo de mis oficinas, en un local que adecuó para ello.

De vez en cuando nos echaba un cable cuando necesitábamos a otro traductor, ya que, con su marcha, contratamos a una chica estupenda, Margot, que era londinense y hablaba cinco idiomas, así que la pobre no daba abasto.

Cada día nos íbamos juntos para el trabajo, después de dejar a los niños en el colegio, porque los primeros años se ocupó su abuela de ellos, no ya cuando habían cumplido los tres años, que empezaron en la escuela infantil.

Mi padrino era Joaquín, y la madrina Lola, que estaba en otra habitación, vistiéndose junto a su hijo. Nuestros hijos estaban al cuidado de Marina, que los había vestido iguales, para que nos llevaran los anillos.

Yo me había decidido por un vestido de corte sirena, con la espalda y las mangas de encaje, y escote en V. Ni que decir tiene que nos casamos en Navidad, el día veinticinco de diciembre, en una ceremonia íntima, en la que tan solo estábamos los nuestros, los compañeros de trabajo y nosotros, no nos hacía falta nadie más.

Cuando llegué al altar, del brazo de Joaquín, y los vi allí esperándome, no pude evitar emocionarme. Nuestros hijos iban delante, cada uno con una cosa, y saludando a todos por el camino, con esa sonrisa que era igualita a la de su padre. Porque sí, señores, mío no tenían nada, eran dos fotocopias de Jorge en miniatura. Solía bromear diciendo que yo solo había sido la incubadora.

—No te podía imaginar más bonita de lo que estás —me dijo, tomando mi mano al llegar.

—Tú también estás muy guapo —le respondí, pero su mirada bajó a mi vientre, y levanto una ceja.

—¿Tienes algo que contarme, Naima? —preguntó, con una mezcla de diversión y curiosidad.

—Pues sí, pero será mejor que lo haga después de la ceremonia —le dije, sonriente.

—No voy a salir corriendo, si es eso lo que temes.

—Ah, no, ni que tú te lo pienses. Pero no me apetece tener que retrasarla hasta que vuelvas en ti —le dije, y soltó una carcajada.

—No te apures, lo sé todo. Esta mañana llamó el doctor para decirme que ya estaban los resultados, que todo marchaba bien, igual que la otra vez, y que esperaba que esta vez fueran dos niñas —me dijo, y lo miré sorprendida.

—Vamos a casarnos, y ya luego te pongo al día —le dije, y todos rieron, hasta el sacerdote que nos iba a casar.

La ceremonia fue de lo más emotiva, donde cada uno de nuestros amigos nos dedicó unas palabras que nos llegaron al alma, pero las que más me emocionaron a la vez que me hicieron reír, fueron las de Santi.

—Recuerdo una chiflada que se sentó en mi regazo un día para decirme que quería un novio, pero que no era el que me había pedido anteriormente, que ahora quería uno que tuviera los cojones de poder con ella, que no fuera un cobarde al que le diera miedo una mujer con las cosas tan claras. No entendí nada, hasta que me topé con mi amigo, y entonces me di cuenta de

todo. Ahora sí, ahora puedo decir que Papá Noel cumplió tu deseo, porque le pediste un novio, y te ha dado el mejor de los maridos y la mejor de las familias. Tan solo puedo desearos que seáis siempre tan felices como ahora.

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora